PQ 6523
.F37 M7
Copy 1

PQ 6523
.F37 M7
Copy 1

Class PQ6523
Book F37M7

1/7

428

EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDAS NACIONALES.

EL MONTERO
DE
ESPINOSA

35
Spanish

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

PQ6523
.F37M7

2407
'01

CAPÍTULO PRIMERO.

UN EXTRAÑO PERSONAJE.

I

Corria el año 1280.

Estamos á los alrededores de Madrid por la parte del Pardo.

Es decir, por la parte del lugar donde ahora está situado el Real Sitio del Pardo, que entonces no existia.

Pero existia el monte, y mucho más trabado, rudo y espeso que ahora.

Entonces tambien abundaba más en el monte la caza mayor.

En el lugar donde ahora está la poblacion habia un grupo de cabañas de pastores.

Donde hoy está el palacio, una cabaña mayor, mejor dicho, una gran casa rústica.

Aquel venia á ser el palacio del rey de los pastores, esto es, del viejo Sancho Goiñez, su rabadan.

Era un anciano venerable... pero ya nos ocuparemos de él más adelante.

Esta casa y la veintena de chozas que la rodeaban, y que estaban ocupadas por otras tantas familias, constituian una pequeña poblacion demasiado rústica.

Las pequeñas villas que ahora rodean al Pardo existian ya.

Entre estas y los pastores del monte habia una gran inteligencia, porque no se necesitaba menos para defenderse de los bandidos, sedimento infame que habia dejado al pasar la reciente guerra civil causada por la rebeldía del Rey D. Sancho IV contra su padre el Rey don Alonso el Sábio.

Cuando sonaba á rebato una de las campanas de cualquiera de las villas, el toque, reproducido por las otras, penetraba en el monte y llegaba hasta el caserío de los pastores.

Cuando sonaba la campana del caserío, colocada en lo alto de la casa de Sancho Goiñez, aquel sonido salido del monte, hacia sonar las campanas de las villas.

Una señal particular indicaba el lugar del peligro.

Entonces vecinos, monteros y pastores, ar-

mados de ballestas, chuzos y hoces, acudian al peligro, acometian á los bandidos, mataban á los que podian, colgaban de las encinas á los que cogian vivos, y se volvian los unos á sus casas, los otros á sus cabañas.

Habian, pues, tomado miedo al monte del Pardo los bandidos y los cazadores furtivos, que venian á ser una misma cosa, y en la demarcacion del monte y en las villas se gozaba de seguridad.

II

Era poco despues de la salida del sol de un hermoso dia del principio de la primavera del año de 1280.

El hermoso cielo de Castilla la Nueva estaba refulgente.

Ese sol alegre, jóven, por decirlo así, doraba los troncos añosos de las encinas, el verde fresco, ya gris, ya esmeralda, ya casi negro de la tierra, y ese bellísimo primer verde del follaje de los árboles.

Los grillos cantaban, los insectos zumbaban, los pájaros piaban ó gorjeaban, balaban las cabras y las ovejas en los pequeños prados contenidos entre el selvático enmarañamiento del monte: alguna vez se veia un jabalí que pastaba tranquilamente, otras veces un ciervo con astas gigantescas ó un gamo admirable;

los conejos saltaban y corrian por todas partes sin que nadie los inquietase, y todo reia, todo halagaba, todo hacia sentir un no sé qué de inefable en aquella pura y hermosa naturaleza.

III

A esta hora y en este monte, cerca del sitio que hoy se llama la Portillera de los Tres Cantos, en un bello claro, entapizado de menudo césped gris, por medio del cual corria un clarísimo arroyo al pié de una encina, y oculto por unos brezos, estaba apostado un montero, apoyado en su ballesta y observando un sendero que se extendia junto al arroyo.

Este arroyo formaba en el medio del claro, entre unas peñas, un bello y trasparente estanque irregular.

El montero era mozo, como de veinticuatro años, alto, gallardo, fuerte, y trascendiendo á noble y á altivo desde siete leguas.

Su traje no estaba ni viejo ni roto, pero sí estropeado, como si despues de muchos dias no se le hubiese quitado su dueño ni aun para dormir, y hubiese dormido sobre la dura y húmeda tierra del monte.

A pesar de su ajamiento, este traje revelaba su gran riqueza.

Consistia en una gorra muy preciada, de

brocado de oro en verde, con un joyel de diamantes y una larga pluma de águila asegurada en su joyel: camisa cerrada en el cuello de finísimo lino, pero sucia y ajada; sayo descotado de velludo ó terciopelo verde con grandes mangas perdidas y todo bordado de oro, ceñido por un talabarte de brocado del que pendia un largo y ancho cuchillo de monte con vaina de marroquí encarnado y empuñadura y conteras de oro cincelado, ó por lo menos de plata sobredorada; calzas muy buenas de grana y abarcas cuyas correas tenian dos filetes de oro: llevaba además al costado derecho, pendiente de una bandolera de seda verde y oro un venablero de madera rica incrustada de marfil, cobre, plata y oro, y en esta venablera una docena de jaras fuertes, tambien de madera rica y con los hierros dorados, lo que podia notarse por la que tenia en la mano el jóven.

IV

Un hombre de aquellos tiempos que hubiera conocido la corte y hubiera visto en el monte á aquel hermoso mancebo, hubiera dicho:

—¿Qué diablos hace aquí, y solo, este señor Montero de Espinosa?

Porque el traje y las armas del jóven revelaban su oficio en la casa del Señor Rey D. Sancho IV el Bravo.

Aquel traje no era estrictamente de montería por su riqueza. .

Era el traje que llevaban en la corte, en las grandes solemnidades, los Monteros de Espinosa, como guardia la mas inmediata del Rey.

Lo hidalgo del aspecto del jóven demostraba que su traje no era un disfráz.

¿Cómo, pues, un Montero de Espinosa del Señor Rey D. Sancho el Bravo se encontraba en aquella situacion extraña, solo, estropeado el traje y de apostadero cuando ninguna señal habia de que el Rey estuviese cazando en el Monte del Pardo?

Aun no es tiempo de que lo digamos.

Ocupémonos de lo presente.

V

Este jóven era blanco y rubio.

Tenia los cabellos muy largos y rizados.

Los ojos azules, grandes, hermosos é inteligentes, pero dejando ver una chispa de fiereza.

Tal vez esta fiereza provenia de la situacion en que se encontraba colocado.

Los rasgos de su semblante constituian una grande hermosura, y su boca, entreabierta en una contraccion altiva é imperiosa, revelaba su nobleza y su alta posicion y su costumbre de dominio.

Un bello bigote dorado y sedoso completaba la belleza de su semblante.

Sufria visiblemente y visiblemente se impacientaba.

De improviso, el semblante del montero se reanimó, y su vista se fijó en la espesura del bosque que al otro lado del pequeño soto dejaba ver la abertura del sendero.

Un gentil corzo acababa de aparecer trotando.

El montero armó en su ballesta la jara que tenia en la mano, y asestó el arma á la bestiezuela que seguia trotando hasta que llegó al remanso del arroyo y se puso á beber sedienta.

Pero apenas habia tenido tiempo el pobre animal de calmar su sed, cuando dió un salto, arrojó un balido lastimero y cayó.

La jara la habia entrado por el pecho y se debatia espirante.

El montero saltó por encima de la maleza, llegó á la corza, desenvainó su cuchillo y la degolló.

Despues la desolló únicamente una pierna, se la cortó, cargó con ella y se fué á uno de los bordes del sotillo.

Allí cortó leña seca de los *tollos* que siempre tienen los grandes montes de encinas, hizo una hoguera, y cuando esta estuvo bien encendida, arrojó en ella que se asase el pernil.

Indudablemente el jóven habia matado á la corza para alimentarse; habia tomado una parte y habia dejado el resto.

Sin duda andaba fugitivo, escondido en el monte, y de tal manera, que se esquivaba hasta de entrar en las chozas de los pastores, que generalmente protejen á los huidos que no les hacen daño.

VI

Mientras se asaba el pernil, el jóven, sentado al pié de una encina, permanecia profundamente pensativo.

De improviso, levantó la cabeza en un movimiento igual al que recuerda que ha caido en un descuido importante á causa de su distraccion.

Se levantó, fué á donde estaba la corza, la arrancó la jara, y al arrancarla, dijo:

—Nadie sabe que yo me he refugiado aquí; si encontrasen en esta res esta jara, podrian conocer que por aquí andaba un Montero de Espinosa.

Y poniendo la jara en la venablera, volvió al sitio donde se asaba el pernil, se volvió á sentar al pié de la encina y recayó en su meditacion.

Al cabo de algun tiempo, desnudó su cuchi-

llo y le clavó en el pernil que sacó del fuego poniéndole sobre la yerba, que era un mantel tan bueno como otro cualquiera, y mas limpio sin duda que los de muchas de las posadas de aquel tiempo.

Despues de esto trinchó el pernil.

La carne estaba suculenta y jugosa.

Nuestro jóven comió con buen apetito.

—Ofreced por cortesía á los que están hambrientos como vos, dijo la voz de un hombre que se habia acercado al montero saliendo inmediatamente de la espesura á espaldas de él, sin que este á causa de su distraccion le sintiera.

El montero alzó la cabeza y vió delante de sí un verdadero bandido.

CAPÍTULO II.

DE LA CONVERSACION QUE TUVIERON MANRIQUE Y EL BANDIDO, Y DE LO QUE CORTÓ ESTA CONVERSACION.

I

Era este un hombre como de cincuenta años.

Su traje era tan rudo como su semblante.

Cubria sus enmarañados cabellos un casco fuerte, redondo, ennegrecido y con algunas horrorosas cicatrices.

Un capellar de gruesas mallas caia sobre sus hombros, y le ceñia los brazos y el cuerpo hasta más abajo de las rodillas un camisote de la misma malla.

Sus piernas y sus piés estaban cubiertos por unas abarcas de piel de toro y por sus ligamentos.

De un ancho cinturon de cuero crudo, pendia una espada corta y ancha sobre su costado izquierdo.

A la espalda tenia un gran escudo de madera y piel de toro, fuertemente claveteado y con planchas de acero.

Colgaban sobre su costado derecho una ballesta y una venablera.

Por último, este hombre se apoyaba en una pica corta armada con una cuchilla muy ancha y muy larga.

Llevaba además debajo del escudo un gran morral de pieles.

II

El jóven miró atentamente y sin dejar de comer al recien llegado, y no le habló en el momento, sin duda porque tenia la boca llena.

—Eso está muy bien asado, dijo el bandido; se conoce que sois un montero que lo entiende: pero la carne sin sal hace daño; esperad, no comais más; yo traigo aquí, en mi zurron, lo que es menester; sal, y además pan y vino, y algunas cebollas que, crudas, están muy buenas con el asado: puede ser que haya tambien algun pedazo de buen queso de cabra, fresco, pero oreado; me convido á lo vuestro y os convido á lo mio.

—En buen hora, dijo el montero; un fugitivo

no puede tener mejor compañía que un bandolero: si os parece poco este pernil, allí teneis la pieza.

—De buen año estaba la pobre, y hay sobrada aunque fuéramos cuatro, señor Manrique de Lara, dijo el montero, que se habia desembarazado del escudo, echándole sobre la yerba, para poder tomar su morral de sobre sus hombros.

—¿Quién os ha dicho mi nombre? preguntó con fiereza el jóven, creyendo que aquel era un hombre de justicia que se habia disfrazado para sorprenderle.

—Vuestro nombre me lo ha dicho vuestra cara, respondió el bandolero, que habia puesto sobre la yerba lo que habia sacado á luz del zurron; esto es, un medio pan de buen tamaño y de trigo, aunque moreno, una más que razonable bota llena de vino, algunas cebollas, un medio queso y una caja pequeña de hierro, que abrió, dejando ver que estaba llena de sal.

—Esto es de todo punto preciso, añadió el bandolero; cuando un hombre come durante muchos dias carne sin sal, cuando no toma la sal que necesita, acaba por podrirse como una liebre muerta que se deja abandonada; dejad que yo acabe de hacer nuestro almuerzo, y siento mucho no tener ajos, porque con su zumo está muy sabrosa la carne asada: vos teneis la culpa.

—¡Yo! exclamó con asombro el jóven.

—Sí, yo os buscaba: me interesaba encontraros.

—¡A mí! dijo el montero creciendo en asombro.

—¡A vos! hace cuatro dias os ví, pero desde muy lejos: os llamé; pero hacia un viento muy fuerte, me era contrario, y no pudísteis oir mis voces; os metísteis en la espesura y ya no pude encontraros: hoy os he tropezado por casualidad, y ya no os dejo, porque no debo dejaros.

—¿Me explicareis este misterio?

—¿Por qué nó, señor Manrique de Lara? yo os conozco; hace seis años hemos combatido juntos por el Señor Rey D. Sancho contra su padre el Señor Rey D. Alonso.

—¡Oh! exclamó Manrique, palideciendo como á impulsos de un remordimiento: creo que Dios me castiga por haber ayudado á un hijo contra su padre.

—A un Rey contra otro Rey: el reino no queria al viejo, que no pensaba más que en sus astrologías, y se fué con el hijo, que era un bravo mancebo: los nobles no querian un Rey que hacia leyes contra ellos, y que no los llevaba á la guerra contra los moros impidiéndoles aumentar sus señoríos con tierras conquistadas: además, érais muy niño, como que apenas contábais diez y ocho años; dejémonos de eso, y vengamos á lo presente: aunque yo no os hu-

biera visto hasta ahora, os hubiera reconocido porque sois la viva imágen de vuestra hermosa madre doña María de Santistéban.

—¡Yo no la conocí! exclamó Manrique mirando cada vez con mas fijeza al bandolero.

—Vuestra madre fué muy desgraciada; murió muy jóven.

—¡Ah! ¡decidme!

—Poco á poco, no se puede desembuchar todo en un momento; decís que quereis conocerme, y si no lo habeis dicho, lo supongo.

—Sí.

—Pues yo me llamo Murallon.

—¡Murallon!

—Sí: es mi nombre de guerra que me dieron hace muchos años mis compañeros; porque cuando yo esperaba á pié firme, encontrar conmigo era lo mismo que envestir con una muralla.

—¡Pero vuestro nombre!

—Esperad á que me acuerde: ¡hace tanto tiempo que no me llaman por mi nombre!

Y el rudo semblante de aquel hombre se comovió, y á sus duros ojos asomó una lágrima.

—¡Ah! ¿qué es eso? dijo Manrique.

—Es que nadie me llama Pedro desde que murió una mujer que me llamaba así; pero es necesario tener paciencia y olvidar.

Y Murallon se enjugó con el revés de la mano aquellas dos ardientes y solas lágrimas que habian rodado por sus curtidas y ásperas mejillas.

—Sí, sí: yo me llamo Pedro, añadió.

—¿Pero y vuestro apellido?

—De ese sí que es imposible que yo me acuerde, dijo Murallon: y lo tenia, sí, yo creo que lo tenia: y se me antoja tambien que era un apellido de los mas nobles de estos reinos: pero hace muchos años que lo eché en un pozo.

—¡En un pozo!

—Sí, pardiez; me estorbaba.

—¿Y por qué?

—¿Creereis, señor Manrique, que tambien se me ha olvidado la causa porqué me estorbaba mi apellido? En fin, no hablemos mas de esto: yo me llamo Murallon y basta: comamos y bebamos.

Y dió la bota á Manrique, que bebió de muy buena gana.

III

Callaron algun tiempo ambos personajes, continuaron comiendo en silencio y profundamente distraidos.

—¿Para qué me buscábais? dijo al fin el jóven.

—¡Para salvaros! dijo Murallon: aquí no estais bien seguro, y un dia ú otro darian con vos.

—¿Sabeis que ando huyendo?

—Sí.

—¿Y sabeis por qué huyo?

—Porque teneis la sangre caliente como vuestro padre, y porque como vuestro padre sois aventurero.

—Ha sido una desgracia.

—Sí; á veces es una desgracia encontrarse con una mujer hermosa y libre: con una miserable.

—¡Ah! ¡cómo sabeis!...

—¿Creeis que al barrio de las Carretas, fuera de la puerta del Sol de la villa de Madrid, van mas que rufianes, aventureros y mala gente? Suelen tambien ir nobles señores locos en busca de las blancas mujeres y de las blancas hijas de los negros carboneros.

—¡Ah!

—¡Y qué blanca que es y qué hermosa la Mari-Ardilla! ¡y qué graciosa y qué viva! para qué no la llamarán la Ardilla á la tal!

—¡Maldita! exclamó Manrique.

—¡Ya se vé! un dia salísteis vos á caballo por el camino de Alcalá, y encontrásteis á la Mari-Ardilla blanca como la leche, y con los colores mas vivos que una rosa, sobre un carro de carbon de su padre: os acercásteis á la mu-

chacha, y ella, que es muy alegre de ojos, se os sonrió: entonces la dísteis vuestra cadena de oro, vuestra cadena decaballero, que la desventurada lleva todavía en la hermosa garganta que Dios la ha dado; y ella, que no necesitaba tanto, saltó de la carreta y se echó á andar hablando con vos: la carreta iba muy despacio: á los carboneros gañanes, dos de los cuales eran hermanos de la Mari-Ardilla, les importaba muy poco que ella y vos, que llevábais vuestro caballo de la brida, anduviéseis de prisa: muy pronto las carretas se quedaron atrás, tan atrás, que ella y vos las perdísteis de vista; entonces, convidásteis á la moza á montar á la grupa de vuestro caballo, de lo que ella fué muy contenta: ahora bien, cuando los dos hubísteis montado, vuestro caballo, que era fuerte, avanzó al galope, rodeó por la parte de afuera de Madrid, y os llevó á vuestra posada en el barranco de Segovia: Mari-Ardilla permaneció allí algunos dias; pero la misma tarde en que ella entró en vuestra posada, un criado vuestro fué al barrio de las Carretas á decir á los parientes de la jóven, que no pasaran pena, que no se habia perdido, sino que estaba muy bien hallada; y como vuestro escudero llevaba una bolsa de oro, los tales parientes se dieron por satisfechos y esperaron á que volviese su hija bien dotada por vos: villanos de lo mas

despreciable de Castilla, peores que los gitanos y los judíos.

—¡Maldita! ¡maldita! repitió Manrique.

—Pero dejad, dejad, dijo Murallon, que no hay mal que por bien no venga: vuestra desventura os ha traido á buena parte: aunque por ahora es necesario huir de ella.

—¡Que es buena parte para mí el monte del Pardo, donde hace ocho dias que vago sin abrigo, alimentándome de la caza que mato!

—Si no matárais vos al señor Iñigo Lopez de Valenzuela, favorito y contador del señor Rey Don Sancho, y no os hubiérais visto obligado á huir para que no os descabezase el Rey, y no os hubiera visto cierta dama que anda por estas soledades guardando cabras.

—¡Qué decís!

—¡Ah! señor Manrique, y cuánto debeis alegraros de que yo sea vuestro amigo.

—¡Pero explicaos!

—Hemos hablado de tantas cosas que nos vamos enredando en una maraña: os repito que ha sido para vos una fortuna, que el señor Iñigo Lopez de Valenzuela estuviese ciegamente enamorado de la Mari-Ardilla, que se irritase porque la muchacha le hubiese sido infiel con vos, que os provocase y que vos le matáseis: alegraos porque vuestra pastora os ha conocido.

—¿Pero qué pastora es esa?

—¡Por Belcebú! exclamó poniéndose violentamente de pié Murallon, sin contestar á la pregunta de Manrique: ¡bocinas!

Y se quedó escuchando con la mayor atencion, como la liebre escapada de los cazadores, que los siente de nuevo desde un escondite del bosque.

—¡Bocinas! exclamó Manrique levantándose tambien violentamente.

IV

Murallon recogió apresuradamente todo lo que habia sacado de su morral, se lo echó á la espalda, cogió el escudo, la ballesta y la pica, y dijo á Manrique:

—¡Seguidme! no perdamos el tiempo: ¿oís ya distintamente las bocinas de montería y los ladridos de los perros? han olfateado la res que vos habeis hecho, y vienen hácia aquí.

En efecto, se habia escuchado son de bocinas y ladridos de perros.

Primero indistintamente, despues de una manera determinada é indudable.

Y aquel estruendo de caza se acercaba de momento en momento.

—¡Es el Rey! exclamó Manrique: conozco su bocina, que suena por encima de todas las otras.

—¡Ah! ¡estamos acorralados! exclamó Mu-

rallon: los ladridos suenan por acá, por allí, por todas partes.

Y terciando su pica, preparado á romper por todo, tomó un sendero á sus espaldas, diciendo á Manrique:

—¡Seguidme! ¡no perdamos tiempo!

Y partió á la carrera.

Manrique se puso en su seguimiento.

Pero de improviso les cortó el sendero por donde iban una aparicion encantadora que salió de entre la espesura.

—¡No, no sigais por ahí! dijo con la voz dulce y anhelante aquella aparicion: os prenderian; venid conmigo, pero no perdamos tiempo.

Y asiendo á Manrique con una mano pequeña y mórbida, suave como la seda, pero fria y agitada por un fuerte temblor, tiró de Manrique, metiéndose con él por la espesura de donde acababa de salir.

CAPÍTULO III.

UNA MONTERÍA DEL SEÑOR REY DON SANCHO EL BRAVO.

I

Esta aparicion, que hemos llamado hechicera, se metió con Manrique por un estrechísimo sendero, andando rápidamente, casi á la carrera.

Las bocinas, los gritos de los ojeadores y los ladridos de los perros se oian muy cerca.

Manrique temblaba, no porque fuera cobarde, sino porque sabia demasiado la terrible justicia que haria en él el tremendo Rey D. Sancho el Bravo para satisfacerse de la muerte de su favorito.

—Nada temais, señor caballero, nada temais, decia con la voz trémula la pastora: yo os sal-

varé; pero corred, corred, para que lleguemos cuanto antes á la cortadura.

Y en la manera de hablar de la jóven se comprendia que tenia mas miedo que Manrique.

II

Y seguian corriendo.

Muy pronto salieron de la espesura á un espacio despejado y fuertemente en declive.

Aquella era la depresion de una colina.

Una ancha y larga cortadura impedia á poca distancia el paso, á no ser aventurándose á pasar por uno de esos sencillísimos puentes de pastores que consisten en el tronco de un árbol extendido sobre un barranco.

Un grueso tronco de encina establecia la comunicacion entre el uno y el otro borde de la cortadura.

Los extremos de este tronco desaparecian bajo el terreno cubierto de musgo, así como el árbol.

La cortadura se extendia por el un lado y por el otro, hasta perderse en los accidentes del monte.

La espesura empezaba bravía, inmediatamente despues del borde contrario del barranco.

III

—Pasemos, dijo la jóven que conducia á Man-

rique; ya están encima los perros y los cazadores.

—¡Pasar! ¿Y por dónde? preguntó Manrique mirando aquel terrible puente y palideciendo: vos podreis pasar sin duda, pero yo tengo la seguridad de caer; y prefiero ser descabezado por el Rey á morir despeñado.

—¡Ah, el Rey no os descabezará! dijo de una manera valiente la pastora: vos pasareis por donde pase yo.

Y como el estruendo de la montería estaba ya encima, la jóven asió á Manrique por la cintura, lo levantó con la misma facilidad que si no hubiera sentido su peso, se lanzó hácia el barranco, puso sus piés sobre el árbol, permaneció algunos instantes balanceándose con su carga sobre el abismo, y llegó al fin al otro lado, dejó en tierra á Manrique, y corrió con él hácia la espesura, por la que ambos jóvenes desaparecieron muy pronto.

A poco, una numerosa jauría desembocó por el sendero que nuestros jóvenes habian seguido, los perros llegaron á la cortadura; pero no atreviéndose á pasar sobre el árbol, se quedaron revueltos, inquietos, levantándose sobre las patas, mirando con ojos centelleantes á la otra parte del barranco y ladrando furiosos.

Se les habia escapado la presa sobre cuya pista los habian puesto.

IV

Inmediatamente despues de los perros, aparecieron los ojeadores con sus bocinas que atronaban el espacio, y los monteros con las ballestas armadas.

Todos llevaban ricos trajes, sumamente pintorescos.

Todos llevaban sobre el pecho una cota de armas y bordado en ella el blason real de don Sancho el Bravo: esto es, un castillo de oro y un leon rojo en sus respectivos campos de oro y de gules.

Todos se precipitaron al borde de la cortadura donde estaban los perros.

Pero ninguno habia sido pastor.

Ninguno de ellos se atrevia á pasar sobre aquel tronco, como habia pasado la jóven pastora á pesar de llevar sobre sí la pesada carga de Manrique, que era alto, robusto, buen mozo.

Llegaron tambien á poco los pajes, los caballeros, los dignatarios del Rey, y por último, éste, acompañado de su tio el Infante D. Enrique el Senador y de su hermano el Infante don Juan, que arrepentido de su última rebeldía, andaba por entonces en la córte sometido á su hermano.

Iba allí tambien el jóven Infante D. Juan

Manuel, que entonces apenas contaba doce años, pero ya fuerte y robusto.

Un caballero alto, moreno, como de cuarenta años, sério y grave, dejando ver su semblante como curtido por las fatigas de la guerra, con la mirada fija, poderosa y noble, mostrando en su fisonomía algo de ese espíritu que distingue á los héroes, estaba detrás del Rey.

Aquel caballero era D. Alonso Perez de Guzman el Bueno.

El héroe de Tarifa.

El que antes que matar su honor y su lealtad, arrojó su cuchillo á los moros para que matasen á su hijo.

Y allí, junto á él, estaba el verdadero asesino, el que habia causado la muerte del hijo del héroe, el infame aliado de los moros contra su Rey y contra su pátria.

Este infame traidor era el Infante D. Juan.

Y el buen D. Alonso Perez de Guzman llevaba su lealtad y su valor hasta el punto de respetar la vida del hermano del Rey, porque el Rey le habia mandado que la respetara.

Más de trescientas personas, expléndidamente ataviadas de montería, y más de cien perros estaban al borde del barranco dejando sentir una animacion infinita.

V

El Rey D. Sancho el Bravo era alto, blanco, rubio, con los ojos azules.

Todo en él revelaba al hombre excesivamente nervioso, y por lo tanto excesivamente impresionable.

Su mirada era fija, rápida y dominadora.

Algunas veces aquellos ojos, de un límpido azul de cielo, se oscurecian.

Resplandecia en ellos un fuego lúgubre, y los músculos de aquel semblante blanco y mate se agitaban en una casi imperceptible convulsion, y aquellos lábios, generalmente pálidos, se tornaban lívidos; y aquella sedosa y luenga cabellera de oro se encrespaba como la melena del leon.

Entonces, cuantos estaban cerca de él, inclusa su buena esposa la noble y la grande doña María de Molina, temblaba.

Porque cuando el Rey se conmovia de tal manera, mataba.

Así se habia mostrado el dia en que mató á su tio el conde D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya.

Y así temblaba, así estaba pálido de ira el señor Rey D. Sancho el Bravo (bisabuelo de aquel otro terrible Rey que se llamó D. Pedro

el Cruel) el dia en que le presentamos á nuestros lectores.

Estaba avanzado al borde del barranco, y con un pié puesto en el tronco que servia de puente.

Miraba al otro lado y al sendero que se abria entre la espesura, por donde habian desaparecido Manrique y su salvadora, de una manera terrible.

En sus ojos brillaba lúgubremente la muerte.

Todos callaban, estremecidos por la cólera del Rey.

Solo los perros seguian ladrando, porque para ellos no era perceptible el estado de furor en que su amo se encontraba.

VI

—¡Es imposible, imposible qne haya escapado por aquí! decia el Rey midiendo la longitud del puente y la profundidad del barranco con una mirada lúgubre.

—Sin embargo, señor, se atrevió á decir el montero mayor Pedro Garcerán, los perros no se enfurecerian de este modo si no se vieran imposibilitados de seguir la pista.

—¿Pero cómo Lara ha podido atreverse á pasar por este tronco sobre ese ábismo? dijo el Rey.

—Si ha encontrado un pastor, y este pastor ha querido salvarlo, contestó el montero mayor, lo habrá salvado conduciéndole sobre sus hombros.

—¿Y hay en mis tierras vasallos infames, que se atreven á salvar á traidores? exclamó el Rey acreciendo en furor.

Nadie contestó.

—¿Y no hay uno que se atreva á pasar por donde un pastor pasa? dijo el Rey.

Sucedió el mismo silencio.

—No le ha bastado su primer delito, continuó el Rey roncamente y como hablando consigo mismo: era necesario que se atreviese á matar reses en uno de mis cotos: ¡por Belcebú! ¿Quién es ese hombre que se atreve á tanto?

Continuó el silencio entre los que rodeaban al Rey.

—¿Decís, continuó éste volviéndose á su montero mayor, que solo un pastor puede haber salvado á Lara, porque solo un pastor puede pasar por ahí?

—Tal creo, señor, contestó Pedro Garcerán.

—¡Pues, sús! exclamó el Rey: ¡á donde habitan los pastores!

Y haciendo una señal á uno de sus grandes escuderos que tenia su caballo, y acercándoselo éste, montó.

Montaron los señores de la córte, los mon-

teros recogieron los perros y los atrillaron, y toda aquella brillante montería, se encaminó por el borde del barranco hácia la majada de los pastores.

VII

Estaba en lo más alto y más despejado del monte.

Como hemos dicho, componian aquella pequeña poblacion pastoril veinte ó treinta cabañas agrupadas en derredor de una gran casa rústica.

Sentado á la puerta de esta casa, al sol, en un gran escabel, habia un anciano, de largos cabellos blancos y de larga barba blanca, y cuyo aspecto era de todo punto venerable.

Vestia un traje de pieles de cordero.

A sus piés estaba tendido un viejo lebrel que tiritaba de fria, á pesar de que el sol calentaba bien.

VIII

Al acercarse la montería real á las cabañas pastoriles, los zagales, las mujeres, los niños y los viejos que no habian ido al monte con el ganado, salieron en tropel ávidos de curiosidad por ver una cosa tan magnífica como el Señor Rey con sus caballeros, y sus escuderos, y sus pajes, y sus ojeadores, y sus monteros, y sus

jaurías, y sus hombres de armas: porque aún cuando nada habian visto, como solo el Rey podia cazar en el monte del Pardo, las bocinas de los monteros y los ladridos de los perros, les habian dicho claramente que era el Rey el que se acercaba.

El mismo Lope Andaya, que así se llamaba el anciano rabadan que con su viejo lebrel á los piés estaba sentado al sol en la puerta de su casa, se levantó vacilante, se quitó por respeto, por un respeto exajerado, muy de aquellos tiempos, aunque no se veia al Rey, su caperuza de pieles y gritó:

—Venid acá, Pascual, Diego, Anton, y vosotras tambien, Paloma, Inés, Juana, que el señor Rey se acerca, y esto no se vé todos los dias.

El anciano habia llamado á su jóven familia, pero esta no habia tenido necesidad de que la llamasen, porque en el punto mismo en que los llamaba, habian aparecido todos, menos María de la Paloma, que era la jóven que habia salvado á Manrique de Lara.

En aquel momento, por la vertiente de la colina en cuya parte superior estaba situada la poblacion pastoril, aparecian saliendo de un accidente del terreno los ojeadores del Rey tocando sus bocinas, y luego los monteros con las ballestas armadas, y despues los servidores conduciendo las traillas; luego guardias á caballo,

magnífica y vistosamente armados á la gineta; despues el Rey y sus magnates, y sus caballeros, y sus escuderos, y sus pajes; todos magníficamente montados, y por último, los guardias en un vistoso escuadron con un pendoncillo rojo y oro.

IX

Con gran asombro de Lope Andaya, la montería real, en vez de correr á lo largo del soto, empezó á trepar por la vertiente de la colina, sobre la que estaba situado el caserío de los pastores.

La palidez natural del viejo acreció visiblemente.

El temblor natural de su decrepitud creció, convirtiéndose en temblor de miedo, y exclamó:

—¿Habrá sabido el señor Rey quién es Paloma? ¿Vendrá á llevársela?

En aquel momento, los primeros hombres de la montería habian llegado á las primeras chozas de la majada, y dejando de adelantar, se habian extendido á derecha y á izquierda por sus flancos, dando claras muestras de cercarla.

Esto aumentó el terror del viejo.

Entonces, por la otra parte de la colina, apareció á la carrera una pastora que se metió en la casa del anciano por el porton del corral que servia para entrada y salida de los carros.

Poco despues, la majada estaba guardada en redondo por los ojeadores, los monteros, los perreros y los guardias del Rey, que con su nube de caballeros avanzaba por el repecho.

X

Lope Andaya, permaneció inmóvil por miedo ó por respeto, ó por ambas cosas á la vez.

Su familia y los otros pastores, estaban como petrificados.

Tal era el poderoso efecto que causaba á aquellas pobres gentes la alta, la inusitada honra de tener entre sus pobres viviendas al señor Rey.

Tal sentimiento era muy de aquellos tiempos, y á cada tiempo es necesario darle lo que es suyo.

XI

Sancho el Bravo, en quien duraba aun la cólera, echó pié á tierra á poca distancia del anciano Lope Andaya, que se asió á su nieta Pascuala que tenia junto á sí para poder arrodillarse.

—¡Alzad, vive Dios! dijo el Rey, que á pesar de su cólera sentia la especie de veneracion pavorosa por las canas que habia contraido desde el dia en que supo que le habia maldecido espirante, airado por la desventura rebeldía, por su

anciano padre, el Rey D. Alonso el Sábio; alzad, estando así teneis las canas muy cerca del suelo.

Pero este homenaje del Rey á la ancianidad, no queria decir que su cólera, aquella letal cólera de leon que le acometia cuando se irritaba, se hubiese templado.

Y el Rey D. Sancho el Bravo se irritaba hasta llegar á los accesos del furor por muy poco.

Despues le acometia una tos seca, terrible, síntoma de la tísis que habia contraido y que debia llevarle muy pronto, jóven aún, al sepulcro, con el remordimiento de haber acortado los dias de su anciano padre, y con el acre y punzante recuerdo de los asesinatos de Alfaro, donde envuelto en una traicion real habia caido su tio el Infante, señor de Vizcaya, D. Lope Diaz de Haro.

Estos terribles recuerdos que aquejaban contínuamente al Rey, habian llevado al extremo su propension á la ira.

XII

El viejo Lope Andaya se habia levantado trabajosamente, obedeciendo al Rey.

Pero temblaba de los piés á la cabeza, y su mirada vaga y cobarde no se atrevia á fijarse

en la espantable mirada de su señoría, que estaba pálido como un difunto.

XIII

—¿Sois vos, dijo D. Sancho, el Rey de estas soledades?

—Señor... contestó balbuceando el viejo, estas soledades son tierra de vuestros reinos, y en vuestros reinos no hay mas Rey que vuestra señoría.

—Pues se me antoja, dijo el Rey, que sin los muchos que se creen más reyes que yo en mis reinos, como si mi buen tio el Infante D. Enrique el Senador y como mi buen hermano el señor Infante D. Juan, vos tambien os creeis el Rey.

Hay que advertir, que el Infante D. Enrique y el Infante D. Juan estaban á dos pasos del Rey, á quien la embriaguez y la locura de la cólera hacian decir lo que sentian.

Calláronse, sin embargo, los dos Infantes, como si no hubieran oido aquellas palabras, porque se acordaron que en Alfaro, el Rey don Sancho habia rematado por su propia mano á espadadas, á su sobredicho tio el señor de Vizcaya y á algunos de sus servidores, y no les parecia sin duda cosa gustosa, que aquel amable Rey hiciese con ellos otro tanto en el monte del Pardo y á la luz de un hermosísimo dia

de primavera, que hubiera sido gran lástima se manchase con sangre humana.

En cuanto al pobre Lope Andaya, estaba tan aterrado, que el temor no le permitió contestar.

—Vos, dijo el Rey con la voz opaca y amenazadora, habeis amparado en vuestros términos á un traidor.

—Yo no me trato con traidores, exclamó rehaciéndose con la voz entera y alzando la cabeza con energía el honrado viejo.

—¿No habeis visto vos en el monte, añadió el Rey, ni le ha visto ninguno de vuestros zagales á un Montero de Espinosa con galas de córte, porque en medio de la córte y ante Nos mató á uno de nuestros mas leales servidores y huyó con lo que tenia puesto.

—Yo no he visto á ese hombre, señor; ninguno de los zagales ni de las zagalas le ha visto, yo lo juro por mi alma.

—No jureis por vuestra alma, padre, dijo una voz sonora, fresca, firme, porque le he visto yo.

Y al mismo tiempo apareció saliendo por entre el grupo que habia á la puerta de la casa, una hermosísima pastora y adelantó hácia el Rey.

XIV

D. Sancho dió involuntariamente dos pasos atrás.

El asombro habia ocupado en él el lugar de la cólera.

La extremada, la inconcebible hermosura de María de la Paloma, le habia fascinado.

Permaneció mudo devorando con una mirada avara á la jóven.

En los demás de la corte que estaban cerca, la hermosura de Paloma habia causado tambien una profundo admiracion, y sobre todo la majestad, la bravura, el dominio de que daba tan raras muestras aquella hija de las agrestes espesuras.

—Señor, dijo Paloma con un acento firme y bravo; si quien oculta á un traidor merece la muerte, no toqueis á inocentes cabezas, tocad la mia que es la culpable.

—¿Vos habeis salvado á Manrique de Lara? exclamó el Rey, en cuyo acento no aparecia la cólera, sino la extrañeza.

—Sí, contestó con valentía la jóven, mientras temblaba aquel viejo á quien ella habia llamado padre, mientras temblaban las restantes personas de la familia.

—¿Le conociais?

—Sí, contestó Paloma, le conozco desde hace diez dias.

—Cabalmente, desde que mató al desdichado Venezuela, dijo el Rey.

—Le mató con razon, dijo enérgicamente la jóven.

—¡Con razon! dijo el Rey cada vez mas templado. ¿Y quién os ha dicho que Lara tuvo razon para matar?

—Ese caballero, dijo Paloma, lleva su buen corazon en la cara, y quien tiene buen corazon no mata sin mucha causa para ello.

—Vos le amais, observó con acento singular el Rey.

—¿Y si yo le amara, ofenderia por ello ni á Dios ni al mundo? Libre es él y sin empeño con ninguna mujer; libre soy yo y sin empeño con ningun hombre; pero él es un noble caballero y yo una pobre rústica; un casamiento entre nosotros sería imposible; y aunque yo le amara, nunca sabria que yo le amaba, un hombre que no podria ser mi marido.

—Sin embargo, dijo el Rey con un tanto de sarcasmo, estas verdes espesuras os habrán visto muchas veces en grata compañía con él.

—Ved lo que decís, señor, exclamó con altivez Paloma, porque el Rey me puede matar, pero no me puede obligar á que yo reciba una ofensa sin volverme contra ella.

Con gran asombro de todos el Rey no se irritó, por el contrario, se sonrió.

—¡Vive Dios! dijo, cuando muy pronto rompa yo por la frontera del Reino de Granada contra los moros, os echaré delante para que me los quebranteis, de manera que pueda yo vencerlos fácilmente. ¿Sabeis, mi buena hija, que á mí me llaman D. Sancho el Bravo?

—Por mas bravo que seais, señor, dijo con firmeza, pero sin insolencia Paloma, más bravas que vos son la verdad, la razon y la justicia.

—Decidme, decidme, mi buena hija, contestó el Rey, ¿cómo habeis conocido á ese escapado de mi justicia? Me place oiros: sin ser nada mio, no parece sino que mi brava sangre corre por vuestras venas. Decid, con ese amor que teneis á la verdad, todo lo que ha pasado entre ese hombre y vos.

—Señor, dijo Paloma, hace diez dias, al caer la tarde, me volvia yo de la Fuen-Blanca con mis ovejas á la majada. De improviso, mi perro, Galan, que venia acariciándome, se apartó de mí y se metió venteando por entre la espesura.

—Algo ha sentido Galan, dije yo.

Y me fuí tras el perro.

A poco, encontré un cervato muerto, al que faltaba solamente un pernil.

—Montero libre tenemos, me dije; pero que le acuse otro, yo no acuso á nadie.

Y como oyese los leves gruñidos de mi perro, fuí adelante, y á poco encontré dormido al pié de una encina, junto á una hoguera ya apagada y teniendo junto á sí un pernil asado, al que faltaba una parte, un señor Montero de Espinosa.

—¿Cómo conocísteis vos que ese era Montero de los de Espinosa? dijo el Rey.

—Por sus ricos vestidos de seda y oro.

—¿Cómo conoceis vos el vestido de los Monteros de Espinosa?

—Yo, señor, he estado muchas veces en Madrid desde que está en la villa Vuestra Señoría, y os he visto ir con toda la corte á la santa casa de Nuestra Señora de la Antigua. Yo ví á unos señores muy galanos que llevaban venablos de oro; pregunté quiénes eran aquellos señores, y me respondieron que eran los Monteros de Espinosa.

—Continuad, mi buena hija, continuad.

—El montero dormido dejaba ver una gran pena en su semblante: yo me dije:

—Cuando este caballero está aquí, algo duro y terrible debe acontecerle.

Pero no le desperté.

—Unicamente cuando me volví, arrojé el cervato muerto en una espesura impenetrable, pa-

ra que no pudiesen verle los pastores que pasaran.

—¿Y por qué eso?

—Porque se hubieran puesto en acecho, por lo que al montero libre le hubieran cogido y le hubieran ahorcado.

—Hubieran cumplido con las ordenanzas.

—Sí, pero yo no queria que ese caballero muriese.

—¿Y habeis seguido velando por él?

—Sí señor.

—¿Y no os habeis dado á conocer á él?

—No señor, hasta hoy que le he visto en peligro.

—¿Y de quién os habeis servido para salvarle?

—De mí misma.

—¿Ha pasado Lara por ese puente hecho con el tronco de un árbol, por el cual no se ha atrevido á pasar ninguno de mis monteros?

—Ese caballero tampoco se ha atrevido.

—¿Cómo ha pasado, pues?

—Le he pasado yo sobre mis hombros.

—¿Y vos sois, exclamó el Rey con severidad, la que habeis dicho que la verdad puede mas que yo?

—Jamás he mentido, señor.

—Decís, sin embargo, que habeis pasado vos misma á Lara; ¿cómo ha sido eso?

—Le he cargado sobre mis hombros.

—Ved lo que decís.

—Veis esa piedra, señor, dijo Paloma señalando una enorme que habia cerca metida hasta la mitad entre la yerba.

—Y bien ¡qué! dijo el Rey.

XV

Paloma se inclinó sobre la piedra, la asió por uno de sus resaltes, hizo un esfuerzo, la desencajó, la levantó, y luego, asiéndola con sus dos brazos la suspendió, y despues la hizo rodar por la vertiente.

El Rey permaneció mudo de asombro algunos segundos.

Luego se hizo dos pasos atrás.

Por último, se volvió al gran escudero que tenia su caballo, tomó las riendas, montó, revolvió el bruto, y sin decir una sola palabra, se alejó seguido de sus nobles, y de sus monteros y de sus soldados.

Llegó al llano y puso su caballo al galope.

Muy pronto la montería real habia desaparecido.

Pero no sonaban sus bocinas.

Parecia que los perros habian comprendido la situacion, porque no ladraban.

XVI

—¿Qué os parece de esto, Infante D. Juan? dijo el Infante D. Enrique.

—Paréceme, contestó el Infante D. Juan, que Lara está perdonado.

—¿Y no os parece más?

—Paréceme que hay alguna persona sentenciada.

—¿Quién?

—Nuestra buena prima la reina doña María.

—¡Cómo!

—A una nueva infidelidad del Rey nuestro señor.

—Pues me parece que nosotros no estamos seguros.

—Pues qué, ¿habiais creido que lo estábamos? observó el Infante D. Juan.

—Será necesario prevenirse, dijo D. Enrique.

—Haced vos lo que querais, dijo D. Juan, que yo por mi parte sé ya lo que debo hacer; pero adelantémonos y pongámonos junto al Rey: vamos demasiado lejos y pudiera sospechar.

Y los dos Infantes picaron á sus caballos y se pusieron á nivel del Rey, que iba profundamente pensativo.

CAPÍTULO IV.

DE LO QUE PASÓ ENTRE MARÍA DE LA PALOMA Y LARA.

I

Volvamos un tanto atrás, al momento en que Paloma, despues de haber pasado aquel peligroso puente, se perdió con Lara por la espesura.

—Andad, andad de prisa, señor mio, dijo la jóven acreciendo siempre en interés; puede ser que algunos de los hombres que vienen con el Rey se atrevan á pasar á este lado, y entonces estaríais perdido.

—¡Ah! ¡Dios os pagará la buena obra que me haceis!

—¡Buena obra!

—No sabeis cuán iracundo y cuán terrible es el Rey nuestro señor.

—Sí, pero dicen tambien que es muy justiciero.

—¡Mata!

—Pero si ha matado á algunos señores es, segun dice todo el mundo, porque le han hecho traicion.

—Yo no he hecho traicion al Rey: yo le amo, yo soy leal para él, y si me coge me matará.

—¿Pero qué habeis hecho vos? exclamó palideciendo Paloma.

—He matado á un hombre.

—¡Ah! ¡Vos matais tambien!

—¿Y quién no mata cuando le llaman cobarde y perro judío?

—¡Ah! ¡Os han dicho eso!

—Sí, contestó con energía Manrique.

—¡Ah! Pues si os han dicho eso, exclamó con firmeza Paloma, habeis hecho bien en matar.

Pongámonos en el espíritu bravío de la época y en la idolatría que se sentia entonces por la honra, para no pensar mal de Paloma por las palabras que la acabamos de oir.

Estas palabras estaban en el espíritu de aquella época de creencias, de heroismo, de caballería.

¿Cómo, fuera de aquella época, comprender la generosa, la sublime accion de Guzman

el Bueno, prefiriendo perder su hijo antes que perder su honor?

II

—Dejad, dejad, añadió María de la Paloma; para correr bien es necesario no hablar, y es fuerza correr bien para llegar cuanto antes á un lugar donde estareis completamente seguro.

Y la jóven corrió por un estrecho sendero que se abria delante de ellos.

Manrique la siguió.

Media hora despues, llegaban á unas grandes peñastajo, en lo alto de las cuales se veia un agujero negro, una especie de nido de águila.

Y lo era en efecto.

Dentro se oia el graznar de los aguiluchos hambrientos.

Su madre se habia lanzado al salir el sol al espacio para buscar el alimento de la familia.

III

—Aquí será necesario que yo tambien os ayude: la subida es áspera y difícil.

—Yo no la veo, dijo Manrique mirando con terror el peñon tajado.

—Pues yo la veo perfectamente: mirad, ¿no veis esos dentellones de la roca?

—Sí.

—Pues bien, son una escalera...

—Pero se necesita una cabeza demasiado firme.

—La tengo yo.

—Pero yo sentiré de seguro algo que me hará caer.

—Asíos á mí y no me repliqueis, dijo Paloma.

Y volviendo á asir por la cintura á Manrique, trepó, no sin fatiga.

Antes de llegar á la tercera parte del ascenso, se detuvo.

Manrique la sintió estremecerse poderosamente; parecióle que la escuchaba rezar.

Manrique era muy bravo para el combate, ya fuera en batalla, ya de solo á solo.

Pero estos peligros frios, en que no hay excitacion de ningun género que nos haga olvidarnos de la muerte, naturalmente terrible para todos los séres vivientes; estos peligros, arrostrando los cuales no se espera gloria ni satisfaccion de ninguna de las pasiones que agitan el corazon humano, le aterraba, como aterra generalmente á todos los hombres, por bravos que sean.

La certidumbre de que no somos bastante fuertes para contrarrestar el peligro, la idea de una muerte cierta, nos hace sentir un vértigo semejante á la agonía.

Manrique experimentó algo de esto, cuando al detenerse Paloma la sintió temblar, la escuchó rezar.

Creyó que todo habia concluido.

Y no sabemos si el terror vertiginoso de Manrique fué más bien por la generosa jóven que por sí mismo.

Hubo un momento, en fin, en que Manrique no supo lo que pasaba por él.

En que perdió la conciencia de sí mismo.

María habia vacilado de una manera sensible.

Se habia doblegado como por efecto del peso de Manrique.

Este creyó sentir que la mano de Paloma le abandonaba.

Pero no era esto.

María habia asegurado mal un pié y habia resbalado un tanto.

Durante un segundo, se habia sentido sin un verdadero punto de apoyo.

Durante aquel segundo, habia temblado, se habia doblegado, habia rezado.

Durante aquel segundo, Manrique habia creido que ambos se despeñaban, y habia sido acometido de un vértigo.

Pero Paloma hizo un esfuerzo desesperado, ganó un resalto de la roca, se hizo firme en él, redobló sus esfuerzos, atrajo á sí á Manrique, y

logró rodearle la cintura con su brazo izquierdo y retenerle fuertemente.

María de la Paloma era, por decirlo así, una hija de la naturaleza.

Se repuso de su terror, cobró fuerzas y continuó el ascenso, que desde allí, aunque peligroso aún, era mucho más fácil por lo más pronunciado de los puntos salientes de la roca.

Al fin, y sin invertir en ello mucho tiempo, logró llegar con su carga á aquel agujero, que desde abajo parecia pequeño, y que una vez en él, dejaba ver la entrada de una grande caverna.

Manrique habia recobrado el uso de sus sentidos y miraba inefablemente á su hermosísima salvadora.

—¡Y vos! ¡cuando vos descendais! dijo.

—Yo descenderé como por las mejores escaleras, contestó Paloma; no paseis miedo; lo que importaba era poneros en salvo y ya lo estais; pero metámonos más adentro; este lugar está muy alto y pueden vernos: lo que importa es que no os vean á vos; en cuanto á mí me han visto muchas veces.

—¡Ah! ¡qué buena y qué hermosa sois! dijo Manrique.

—Llamadme buena si quereis, contestó la jóven con una encantadora sencillez, pero no me llameis hermosa.

—¡Ah! ¡yo os amo! exclamó con una vehemencia infinita Manrique.

Paloma nubló el bello semblante.

—¿Os habeis enojado, señora mia? la preguntó anhelante el jóven.

—Me habeis hecho mal.

—Diciéndoos que os amo.

—Sí, me habeis hecho mal en el alma.

—¡Ah! ¡yo no os he dicho más que la verdad!

Paloma se puso pálida y tembló de los piés á la cabeza.

Manrique se alentó.

—¡Oh! ¡Vos me amais tambien! dijo.

—¡Que yo os amo! exclamó María con un acento supremo: ¡que os amo! ¿Quién os lo ha dicho?

—Me lo están diciendo vuestros ojos.

—Mis ojos no saben lo que dicen; mis ojos no saben lo que es amor, contestó cambiando su palidez en rubor la jóven.

—¡Ah! ¡vos no habeis amado antes que á mí á ninguno!

—¡Oh! exclamó la jóven con una inmensa dignidad: ¡me habeis ofendido!

—Si así es, perdonadme: yo no he querido ofenderos.

—¡Oh! ¡es una ofensa terrible, terrible, la que me habeis hecho, preguntándome si he

amado! pues qué, ¿una doncella honrada, puede amar más que á un hombre?

—¡Oh, alma de mi alma! exclamó Manrique; vos acabais de confesar que me amais.

—No hagais caso de mis palabras, señor, porque yo no sé lo que digo.

—¡Ah! ¡qué dichoso soy, Dios mio!

—Dichoso, ¿y por qué?

—Porque vos me amais.

—¿Y el que yo os ame, es para vos una felicidad?

—Sí, sol de mi vida; porque sois hermosa, y buena, y pura como un ángel.

—Dejad los ángeles en el cielo y no los compareis con las criaturas de la tierra.

—Muchas veces Dios envia uno de sus ángeles al mundo para que hagan felíz á una criatura.

Y Manrique, en el cual todo temor habia pasado ya, excitado por la pasion que le inspiraba la extraordinaria hermosura de Paloma, y aprovechándose del descuido de la jóven, la asió una mano y se la besó.

María retiró la mano como si la hubiera tocado un hierro ardiendo; se puso pálida, su hermoso semblante se descompuso en una espresion semejante á la de la agonía; se sentó sobre sus rodillas; se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Manrique.

—Y bien, ¿qué he hecho yo, exclamó María rehaciéndose de improviso y levantándose indignada, para que...

—¡Ah! vos quereis que yo muera, exclamó Manrique con una expresion desesperada: vos os apartais de mí aborreciéndome: ¡Vos! ¡vos que sois mi vida!

—¡Ah! ¡yo no os aborrezco, no! ¡yo no puedo aborreceros! dijo Paloma fascinada de nuevo por Manrique.

—¡Ah! ¡decidme, decidme que me amais! exclamó Manrique: ¡no me desprecieis! ¡yo no puedo vivir sin vuestro amor!

—¿Y por qué querer mi amor, dijo con una gran dignidad Paloma, si vos no podeis ser mi esposo?

—¿Y por qué no?

—Porque vos sois un gran caballero, y yo una pobre rústica, una villana.

—¿Y qué importa todo, si vos sois un cielo?

—En la córte, dijo María, y se interrumpió.

—¿En la córte, qué? preguntó Manrique.

—Dicen que las damas de la córte son muy hermosas, dijo Paloma poniéndose vivamente encendida.

—Indudablemente, dijo Manrique: pero ninguna puede compararse á vos: ninguna me ha hecho sentir el amor, y vos... vos me habeis

robado la voluntad y el alma desde el punto en que os he visto.

—¿Es decir, que vos no estais obligado á ninguna mujer?

—No: como vos no estais obligada á ningun hombre.

—¡Ah! ¡no!

—¿Quereis que nos obliguemos el uno por el otro?

—Yo no amaré á nadie, dijo bajando los ojos y ruborizándose María.

—Y á mí...

—¡A vos!...

María se detuvo.

Permaneció algunos instantes en silencio mirando de una manera inefable á Manrique, y luego dijo con la voz trémula:

—¡A vos!... ¡á vos os amo desde el momento en que hace diez dias os ví dormido en el monte... sí, sí, os amo... ¿qué importa que os lo diga, si en el momento en que esteis completamente en salvo me meteré en un monasterio?

—¡Oh! ¡no! ¡vos sereis mi esposa!

—¡Silencio! ni una palabra mas, dijo María; es necesario que os deje: quiero saber lo que ha hecho el señor Rey cuando haya visto que no ha podido encontraros: temo que castigue á alguno de los pastores creyendo que alguno de ellos os ha ayudado á pasar por el barranco...

nada me digais, no me detengais, dejadme ir: yo volveré, y volveré muy pronto: es necesario que tengais viandas que comer y agua que beber.

—Sí, sí, id, señora, pero volved presto, porque estaré muriendo hasta que vuelva á veros.

—Sí, volveré; pero ahora, adios.

Y María de la Paloma se deslizó por la cortadura, y con una agilidad y una fuerza prodigiosas, ganó muy pronto el terreno y se perdió á la carrera por entre los árboles.

Manrique se quedó esperando lleno de ansiedad á aquella hermosísima jóven, que al fin le habia rendido al amor á él que nunca habia amado, que nunca habia considerado en la mujer mas que un entretenimiento.

La sangre de Manrique hervia.

Su corazon latia fuertemente.

Habia desaparecido María de la Paloma y Manrique creia tenerla aun delante.

IV

El lugar en que Manrique se encontraba era un profundo espacio irregular.

Una caverna, en una palabra, colocada en lo mas alto de una peña.

Un nido de águila.

En un ángulo, sobre una cama de pequeños pedazos de maleza, de plumas y de pedazos de pieles de liebre y de conejo, habia dos aguilu-

chos, no cubiertos aun, por su plumaje pardo.

Estos pequeños animales graznaban sin cesar y abrian unas bocas inconmensurables.

El suelo de la gruta estaba cubierto de escrementos secos de águila, de huesos de pequeños animales y de fragmentos de pieles.

Manrique examinó los dos animalillos que se debatian hambrientos en el nido.

Eran dos pollos de águila real.

—Se prepara un combate, dijo Manrique; cuando la madre vuelva será preciso matarla: estos pollos morirán de hambre: hé aquí que mi desgracia ha traido á esta familia de aves de rapiña una desgracia mayor.

Manrique oyó entonces, allá abajo, deslizándose á lo largo del monte, al otro lado del encinar, estruendo de Montería.

—Me buscan sin duda, dijo; pero no me encontrarán: Dios ha hecho que me guie un ángel.

Y Manrique se quedó esperando, dominado por la impaciencia, la vuelta de Paloma.

Esta llegó al fin, al cabo de una hora.

Apenas habia montado á caballo el Rey, como sabemos, ella, aprovechándose del estupor general, habia entrado en la casa, habia puesto en una cesta algunas provisiones y habia salido por el portalon del corral.

Poco despues estaba junto á Manrique, en el nido del águila.

CAPÍTULO V.

DE CÓMO LA HERMOSURA TIENE INFLUENCIA HASTA EN LOS ANIMALES FEROCES.

I

Venia sobrescitada y magnífica.

No hemos hecho la descripcion de Paloma, y antes de pasar adelante necesitamos hacerla.

Era alta, gallarda ó mejor dicho, majestuosa.

Blanca, con una blancura nacarada y con una suavidad de tez infinita.

Con la palidez de las criaturas que están animadas por un espíritu apasionado.

Esta blancura límpida, esta suavísima y trasparente blancura, que dejaba ver la circulacion de la sangre, estaba contrastada por una

magnífica cabellera larga, rizada, sedosa, brillante, rubia, con el rubio delicado y bellísimo del oro vírgen.

Sus ojos eran garzos, con las pupilas sumamente negras, y tenia una fuerza incontrastable, una expresion á la par noble, dulce, ardiente, inteligente, y sobre todo esto, tranquila y pura.

A través de la mirada de estos ojos se veia la hermosa alma de Paloma, como á través del agua tranquila de una clarísima fuente se ve su fondo.

Las disposicion de los cabellos de la jóven, agrupados sobre su frente, cayendo á lo largo de sus mejillas, recayendo luego en dos gruesas y largas trenzas; la infinita armonía de las formas de su semblante; la escesiva juventud, la exhuberancia de vida que rebosaba este sér hechicero, constituian una hermosura excepcional.

Y la forma voluptuosa de su garganta, de los hombros, de su seno; la largura y la esbeltez de su talle, el suave y dulce contorno de sus brazos y la pequeñez y la turgencia de sus piés y de sus piernas, que se veian por debajo de su saya corta de pastora, de lana de diversos colores, acababa de constituir una criatura casi perfecta: la copia de un ángel sobre la tierra.

II.

—No ha venido á lo que veo, dijo Paloma apenas entró en la cueva.

—¿Y quién habia de venir? preguntó con interés Manrique.

—Ella, contestó Paloma.

—¿Y quién es ella?

—El águila.

—¡Ah! es verdad, dijo Manrique tranquilizándose: si hubiera venido la hubiera muerto.

—Sí, es muy fiera, y os hubiérais visto obligado á matarla: os hubiera acometido; yo lo hubiera sentido mucho; ella habria perecido y vos hubiérais salido mal parado. ¡Ah! ¡Yo la quiero mucho! Es un hermoso animal. ¡Es mi amiga!

—¿Vuestra amiga? exclamó con asombro Manrique.

—Sí, repuso Paloma: es mi amiga desde hace tres años; pero comed, comed de esto que os traigo; es muy bueno: solomillo, pan blanco, queso, manzanas y vino.

—Dios os lo pague, exclamó Manrique, y os confieso que me vienen bien, porque tengo un gran apetito: ayer comí apenas, y hoy interrumpió mi almuerzo la llegada de ese bandido, al cual habeis visto conmigo.

—¡Un bandido! dijo con desden Paloma, po-

niendo ante Manrique un paño muy limpio, y sobre él los manjares que sacó de la cesta: pero ese bandido debe ir de paso, porque nadie le ha visto en el monte.

—Pues él, á lo que creo, os ha visto á vos.

—Es posible que me haya visto, escondido entre la espesura.

—Cuando iba sin duda á hablarme de vos, sobrevino la montería real; pero habladme, habladme de vuestra amiga.

—De Arrogante, ¿no es verdad? exclamó Paloma riendo.

—¡Ah, se llama Arrogante!

—Yo la he puesto ese nombre porque la conviene: es un soberbio pájaro; ya la vereis y sereis tambien su amigo.

—¡Las águilas son indómitas!

—¡Ah, no! Arrogante á lo menos no lo es para mí: escuchad, hace tres años, solo tenia yo catorce, y era audaz, atrevida, estaba yo apacentando mis cabras allá abajo, á la entrada de la espesura, cuando sentí un ruido extraño sobre mi cabeza; miré, y si yo me hubiera asustado alguna vez, me habria asustado entonces; un águila enorme revoloteaba por encima de mi cabeza: hice un movimiento, no para ahuyentarla, sino pretendiendo atraerla, y Arrogante, que era ella, se remontó, y se metió en su nido, aquí. Si una de mis cabras hubiera

subido á la cortadura y se hubiera empoyatado sin poder ir ni adelante ni atrás, yo hubiera subido allá otras tantas veces para desempoyatarla; porque sabedlo bien, señor mio, no es buena pastora la que no puede ir por donde van sus cabras.

Para mí, pues, no era una gran cosa trepar hasta el nido del águila y trepé.

—¡Oh! ¡qué imprudencia!

—Ya os he dicho que yo soy audaz y que yo nada temo; pero dejad, dejad, voy á dar un pedazo de solomo á esos animalillos; nos miran los pobres que nos quieren comer: nos piden.

Y Paloma, con su pequeño puñal que tenia á la cintura, cortó dos pedazos de carne, y acercándose al nido, los dió á los aguiluchos, que los deglutieron con una voracidad y una rapidez pasmosa.

—¡Glotones! dijo Paloma; serian capaces de comerse un jabalí pedazo á pedazo; pero con lo que les he dado ya tienen bastante para esperar sin impaciencia á su madre, que les traerá alguna cosa buena; pero yo os aseguro que esa cosa no será ni una gallina ni un conejo de mi corral, porque ella sabe que son mias.

—Me estais contando cosas maravillosas: primero, que habeis domesticado un águila; y luego que esa águila es tan inteligente, que conoce lo que es vuestro y lo respeta.

—El águila es la reina del viento,—dijo Paloma,—y Dios la ha hecho enteramente reina; la ha dado una inteligencia tan viva, tan perspicaz como su vista.

—¡Contadme, contadme! que así que me hayais contado, yo os aseguro que el águila vendrá porque la llamaré yo.

—¡Ah! ¿vos sabeis hacer el reclamo del águila macho?

—Sí.

—Y yo tambien.

—¡Y el del águila hembra! dijo Lara.

—Sí.

—Y yo tambien. Vamos, está visto; añadió Paloma sonriendo, sois un buen cazador.

—Como que he nacido en Espinosa de los Monteros.

—Y por lo mismo, sois ó érais Montero de Espinosa del señor Rey. Y ya que os asombrais de que haya domesticado un águila, y ya que del Rey hablamos, sabed que tambien he domesticado á ese nuestro terrible Rey á pesar de que le llaman el Bravo.

III

Púsose mortalmente pálido Manrique y dejó de comer.

—¿Cuándo habeis visto al Rey? dijo.

—Hoy, hace muy poco tiempo, antes de volver aquí,

—¿Dónde?

—En la majada, á la puerta misma de la casa de mi abuelo.

—¿Y á qué fué el Rey allí? preguntó Manrique.

Paloma contó á Lara todo lo que habia tenido lugar poco tiempo antes entre el Rey y ella.

—¡Ah! ¡desdichados de nosotros! exclamó Manrique, más pálido de momento en momento. El Rey se ha enamorado de vos.

—Tanto mejor, contestó tranquilamente Paloma; porque si eso es verdad, el Rey os perdonará la muerte de su favorito y os volverá su gracia.

—¿A costa de mi corazon y de mi vida?

—¿Y quién os ha dicho eso? contestó con altivez, pero sin dureza, Paloma. ¿No os dije antes de separarme de vos, que una mujer honrada no puede ni debe amar más que á un hombre?

Y una mirada involuntaria, pero intensa, dulcísima, infinita, una ardiente mirada de amor, se exhaló de los ojos de arcángel de Paloma.

—¡Oh! ¡perdonad, perdonad! exclamó Manrique; ¡yo estoy loco!

—Pues para que os perdone, curaos de vues-

tra locura y no volvais á adolecer de ella, porque nos enojaríamos. Hablemos de mi águila. Cuando yo entré aquí, esperé que el águila defendiese sus polluelos; estaba preparada á un combate en el cual queria sujetarla, someterla á mí; pero ese combate no tuvo lugar, porque el águila no me acometió, por el contrario, se puso á pasear gravemente alrededor de mí y á mirarme de medio lado, levantando la cabeza, y luego cogió con el pico mi saya, y me llevó á donde estaban sus hijos.

—No lo creeria, á no contármelo vos.

—Pues me parece que vais á juzgar al momento de ello, porque siento muy cerca el zumbido de su vuelo.

IV

En efecto, un momento despues, una águila magnífica plegaba sus inmensas alas y caia en medio de la gruta que la servia de nido.

Miró inquieta á Manrique, pero Paloma dijo, dirigiéndose al águila como si hubiera podido entenderla:

—Vamos, no hay cuidado, *Arrogante*: es un amigo mio, un buen señor que no hará daño á tus hijos. Es necesario que seas amiga suya.

Despues de esto, Paloma se inclinó hácia el animal y la rascó la cabeza, que el águila es-

tendió, mirando siempre, aunque con mucho menos recelo, á Manrique.

V

Arrogante era un animal magnífico.

Su altura alcanzaba hasta la cintura de Paloma, aunque ya sabemos que esta era alta.

Las águilas son muy gallardas, muy finas, y pudiéramos decir muy elegantes.

Las plumas de sus patas llegaban hasta el suelo, cubriendo á medias las enormes garras á la manera de calzones mamelucos.

Habia en aquel animal algo de régio, ó mejor dicho, algo de imperial.

La bravura indomable y la escesiva fuerza, aparecian en ella á primera vista; y el estilo de la fiereza, por decirlo así, se revelaba en todas sus líneas.

Para patentizar su fiereza, junto á ella, inerte, abierta, con las entrañas de fuera, habia una enorme liebre que habia traido en las garras.

Los aguiluchos batian sus alones sin plumas y estiraban los pescuezos, abriendo desmesuradamente sus bocas amarillas en direccion á la víctima miserable.

El águila, entretanto, desatendiendo por un momento la necesidad de sus polluelos, se dejaba acariciar por Paloma, y continuaba miran-

do á Manrique cada vez con menos prevencion.

De cuando en cuando, como satisfecha de las caricias que se la hacian, encrespaba su pardo plumaje y desplegaba ráudamente las alas.

Entonces aparecia monstruosa.

—¡Vamos! ¡vamos! dijo Paloma, sé buena madre; tus hijuelos tienen hambre.

Y empujó al hermoso animal hácia el nido.

Este dió un lijero picotazo á cada uno de sus pollos, como si dijéramos, una leccion de educacion, y los animalillos se encogieron y se quedaron mirando perfectamente sérios á su madre; pero manifestando, por cierto movimiento inquieto que no podrian contener, que su subordinacion no duraria mucho tiempo.

La raza se manifiesta en los séres vivientes entera, tal cual es, aun en los primeros dias de su existencia.

El lobo, antes de tener dientes, muerde.

V

Arrogante cogió con el pico la liebre, la volvió, la acabó de desgarrar, como pudiera haberlo hecho el más hábil cirujano, la arrancó las entrañas y los intestinos, y los entregó á sus polluelos que los devoraron.

Y despues de esto, ya hartos, encog i

los pescuezos y dejaron ver en sus pequeños ojos amarillos una especie de adormecimiento.

VI

El águila volvió á dar vueltas enrededor de Paloma.

—Acariciadla ahora, dijo ésta á Manrique, y os habreis hecho amigos; tendreis en ella, no sola una compañera, sino una defensa y algo más: si os faltara yo, tendriais una proveedora.

Manrique, no sin cierta repugnancia, porque esperaba cuando menos un cruento picotazo, tendió su mano á la cabeza del águila, y con asombro vió que el bravío animal, en vez de resistir sus caricias, las aceptaba, es más, las correspondia.

—¡Ah! Vos debeis ser hechicera, exclamó Manrique, mirando con un inmenso amor á Paloma. No solamente sabeis hechizar á los hombres, sino que hechizais tambien á los animales bravíos.

—Pues si eso es cierto, me alegraré, porque hechizaré al Rey y volvereis á ser lo que érais.

—¡Oh! se hechiza á las fieras, dijo Manrique, pero no se hechiza á los locos.

—¿A los locos? ¿Está loco el Rey?

—Sí; está loco y enfermo desde que le maldijo su padre; la locura le hace ser cruel, y la enfermedad que se ha apoderado de su pecho le

matará muy pronto. ¡Pobre Reina doña María que se va á quedar sola, rodeada de ambiciosos traidores y potentes, y con un niño Rey á quien defender!

—Dios la ayudará, dijo con una ardiente fé Paloma, porque Dios ayuda siempre á los buenos: ahora, adios, no quiero estar mucho tiempo fuera de mi casa; los pastores son maliciosos; saben que os tengo oculto, pero no en dónde, y murmurarían de mí; hasta esta noche, muy tarde.

—¿Hasta esta noche?

—Sí; es necesario traeros provisiones, algo con que os abrigueis, una cuerda para que podais echarla abajo en las noches oscuras en que yo no podria subir. Ahora hace una luna clarísima; no quiero subir de dia, podrian verme; sed dócil, obedecedme, y adios, adios.

—¡Adios! exclamó Manrique; ya veis que os obedezco, cuando no insisto que os quedeis por más tiempo á mi lado.

—¡Adios! repitió Paloma con una voz opaca, ardiente.

Y como si ella tambien hubiera sentido una gran violencia en separarse de Manrique, hizo un esfuerzo y se avanzó al borde de la roca.

—No os asomeis para verme bajar, dijo, antes de descender, podrian veros; basta con que si me ven descender á mí, sospechen; pero yo

no puedo permanecer aquí y hay que arriesgar algo.

Y descendió.

Manrique miró al cielo desesperado.

—¡Oh! ¡este amor, este amor incontrastable, y por una mujer que no puede ser mi esposa!

Y despues de esta exclamacion, se quedó replegado en sí mismo, inmóvil, con la mirada fija y pálido como un cadáver.

El águila le miraba de hito en hito.

De improviso, corrió al borde de la cortadura; extendió las alas y se lanzó en el espacio.

Su vista desde su altura estaba fija en Paloma, que atravesaba rápidamente el otero á poca distancia de la roca.

El instinto de los animales toma á veces la apariencia de la razon.

CAPÍTULO VI.

DE CÓMO VOLVIÓ TERRIBLEMENTE IMPRESIONADO DE SU MONTERÍA EL SEÑOR REY DON SANCHO EL BRAVO.

I

En el momento en que el Rey llegó al viejo Alcázar de Madrid, sin hablar ni una sola palabra á sus caballeros ni á sus servidores, se metió en su cámara, se encerró y se puso á pasear agitado por el extenso y magnífico espacio.

Sus espuelas de oro producian un sonido metálico, singular, que tenia algo de siniestro, marcando los pasos del Rey.

Su ancho y robusto pecho se alzaba y se deprimia violentamente, y por su boca entreabierta salia un hálito difícil, ardoroso.

II

Sancho el Bravo era aún jóven y hermoso.

Pero habia en su hermosura algo de siniestro.

Como todos los de la terrible raza de los Alfonsos, era rubio y con los ojos azules.

Pero aquellos hermosos cabellos, como los de sus abuelos, se encrespaban al influjo de la cólera, como la melena de un leon, y como en los de sus abuelos, ardia en los ojos de Don Sancho un fuego rojo y aterrador, cuando á impulsos de la cólera pasaba por su alma un pensamiento de sangre y de esterminio.

Como sus bravos abuelos, Don Sancho resistia á la rebelde, á la soberbia nobleza, mal subordinada al poder real.

Y como sus abuelos, el Rey Don Sancho mataba á aquellos de sus grandes vasallos que se permitian el más leve acto de traicion.

Muchas veces, Don Sancho, como sus abuelos, mataba por solas sospechas.

Y él habia sido rebelde contra su padre y su señor.

Pero el Rey Don Alonso el Sábio no lo habia matado, sin duda, porque no habia podido.

Su rebelde hijo habia sido apoyado por toda la nobleza, que habia mirado con sobrecejo que el sábio Rey hacia leyes que atacaban los privilegios señoriales.

Don Alonso el Sábio levantó en las *Siete Partidas* un monumento inmortal.

Pero aquel monumento le derribó del trono y le sirvió de tumba.

Magnífica tumba, sin embargo, que constituye la apoteósis del Rey Don Alfonso X.

Don Alfonso se encontró impotente ante los hombres para castigar la rebeldía, mejor dicho, el parricidio de Don Sancho.

Pero no era impotente ante Dios, y maldijo al hijo desnaturalizado y cruel.

Dios oyó la maldicion del anciano ultrajado y asesinado por su hijo.

Dios arrojó sobre aquella cabeza maldita el remordimiento.

Dios quiso que el remordimiento fuese la muerte para Don Sancho.

Su sangre se habia inflamado, y la tísis, esa terrible enfermedad que no perdona á su víctima, devoraba la existencia del Rey.

Y la fiebre de la tísis le habia hecho mas terrible.

Aquel Rey pálido, infirme, que no podia ya montar á caballo sino por cortos espacios, que con mucha frecuencia guardaba por largos dias el lecho, hacia temblar más á sus vasallos que cuando fuerte y en la flor de su mocedad cabalgaba en batalla para arrancar la corona de las sienes de su padre.

La organizacion del Rey estaba terriblemente exasperada, y todo habia llegado en él á la exageracion, la cólera, la crueldad, la sensualidad.

III

Estaba mortalmente irritado contra Manrique de Lara, cuando á causa de él conoció á María de la Paloma.

Lara habia matado, sin miedo y sin respeto al Rey, á uno de los nobles de su casa.

A su favorito, cortesano que le servia de cuantas bajas maneras puede servir un esclavo á su señor.

La irritacion del Rey se habia doblado, cuando habia sabido que aquel su vasallo fugitivo se habia atrevido á hacer piezas, como un montero libre, en un coto real.

Sin embargo, Paloma, defendiendo valientemente á Lara, le habia dominado.

Su hermosura habia hechizado, por decirlo así, al Rey.

Le habia magnetizado.

Habia anulado su voluntad indomable.

Esto habia sido una escitacion, que habia hecho que la cólera del Rey llegase á un límite al que no habia llegado nunca.

Por eso se paseaba sombrío y fatídico en su cámara.

Por eso ardian sus ojos con una mirada sanguinaria.

Por eso estaban trémulos y lívidos sus lábios, contraidos por una espresion de crueldad.

Por eso su paso era incierto, desigual, marcado con una acentuacion, por decirlo así, terrible.

Por eso salia abrasador de su pecho, como si hubiera salido de un horno, su aliento trabajoso.

IV

Pasó algun tiempo en su paseo y en sus meditaciones el señor Rey.

Al fin se detuvo.

Luego se dirigió á una magnífica panoplia que habia en la cámara colgada entre dos ventanas, desnudó su puñal, y con el pomo de oro macizo dió un fuerte golpe sobre el borde de un ancho escudo que formaba el centro de la panoplia.

Despues el Rey envainó su puñal y volvió al centro de la cámara.

El golpe habia producido un sonido sonoro como el de una campana.

Poco despues entró en la cámara un hombre rudo, y al parecer de muy humilde nacimiento, aunque sus ropas eran de caballero y muy ricas.

Aquel hombre no habia entrado por ninguna de las puertas de la cámara, sino por una secreta que estaba disimulada por la misma panoplia á que correspondia el escudo que habia tocado el Rey para llamar.

V

Aquel hombre tenia semblante de lobo y de zorro á la par.

Sus pequeños ojos grises se revolvian con un movimiento inquieto, con una espresion maligna.

Su frente era estrecha y comprimida, y una montaña de cabellos ásperos y enmarañados abultaba su cabeza.

Por lo demás, era de mediana estatura y muy membrudo.

—¿Estás dispuesto, Garcillán? preguntó el Rey á aquella especie de verdugo ennoblecido.

—Yo siempre estoy dispuesto á servir con el alma y con la vida á Vuestra Señoría, respondió aquel sayon.

—¿Has notado bien lo que ha acontecido hace tres horas en el Monte del Pardo?

—Sí señor.

—¿Has oido que la jóven pastora ha dicho que sabe donde está Lara?

—Sí señor.

—¿Conocerás tú bien á la pastora?

—Sí señor.

—Esa jóven irá sin duda al sitio donde está escondido Lara.

—Puede ser.

—Sigue á esa pastora y averigua cuanto antes puedas dónde se oculta Lara.

—Muy bien, señor.

—Cuando lo supieres, acechas á Lara y lo matas.

—Muy bien, señor.

—Cuando lo mates, ocultas el cadáver.

—Muy bien, señor.

—Si te sorprenden te dejas prender.

—Muy bien, señor.

—Pues manos á la obra Garcillán; quítate las divisas de mi casa, ponte un vestido humilde y oscuro y á ver si mañana vienes á decirme que ese hombre no existe.

—Muy bien, señor.

—Véte.

El verdugo desapareció por donde habia entrado.

En cuanto al Rey, ni aún se habia tomado el trabajo de justificar por ante su sicario la razon de su sentencia contra Lara.

¿Y para qué?

El Rey D. Sancho era Rey de derecho divino, y como tal tenia en la mano la vida de sus vasallos y su conciencia ante Dios.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL NIDO DE ARROGANTE SE CONVIRTIÓ EN UNA HOSPEDERÍA.

I

Lara estaba entretanto pasando un malísimo rato por muchas causas á la vez.

De una parte estaba terriblemente enamorado de Paloma, como se enamoran los rebeldes que se han burlado siempre del amor, y no ven en la mujer mas que un entretenimiento, un placer ó un medio, cuando encuentran en su camino su ángel humano.

Que un ángel de luz ó de tinieblas es para los hombres que sienten, la mujer de su amor.

Y como no hay amor sin celos, Lara estaba celoso.

El respeto que el Rey habia mostrado por Paloma, le decia harto claro que el Rey se habia enamorado de ella.

¡Y puede tanto un Rey, y un Rey como don Sancho el Bravo!

Los celos producian una terrible cólera en Lara, que maldecia la hora en que habia conocido á la hermosa carbonera, entretenimiento de un hombre á quien se habia visto obligado á matar por insolente.

Sin este prólogo, no hubiera tenido lugar la triste y quién sabe si la terrible historia de los primeros amores de su vida y tal vez los últimos.

II

Manrique se desesperaba.

El graznido insistente de los aguiluchos se le hacia insoportable.

Momentos hubo en que pensó en matarlos.

Pero esto hubiera sido corresponder muy mal á la amistad que le habia mostrado Arrogante.

Lara tomó el partido de todos los que se aburren cuando no tienen otra cosa mejor que hacer.

Se echó á dormir.

Sobre la dura piedra, es cierto, pero Lara

era un buen Montero, un hombre fuerte capaz de dormir sobre la punta de una espada.

Y como estaba fatigado de tantos dias de andar á salto de mata, y además enamorado, excitado de una manera terrible, en cuanto se echó, se durmió.

III

No pretendemos ocuparnos de su sueño.

Pero como comprenderán nuestros lectores, Manrique soñó con María, con el Rey, en su situacion; su sueño, pues, fué apurado y triste.

Pero profundo.

Y de tal manera, que no pudieron interrumpirle los graznidos desesperados de los aguiluchos que habian vuelto á tener hambre.

Dos horas despues del medio dia volvió Arrogante.

Traia una gallina.

La despedazó y la dió á sus hijuelos.

Luego ella puso la liebre que habia traido anteriormente sobre el nido, se echó en él y se puso á hacer su comida formal, mondando los huesos que arrojaba despues completamente secos y que iban á reunirse á la capa de estos que rodeaba el nido.

Despues, y á puestas del sol, salió á dar un paseo, como si dijéramos, á hacer ejercicio, y además á llevar algo de cena para sus hijos.

Volvió cuando empezaba á caer el crepúsculo.

Traia un gazapo.

Parecia como que elegia los manjares tiernos para sus pollos.

Al crecer el crepúsculo se recogió, y permaneció inmóvil, triste.

Arrogante era viuda.

Su macho habia cometido algunos dias antes la imprudencia de ponerse al alcance de un venablo.

Arrogante le vió caer, agitar el polvo con sus alas y ser conducido despues por el impío cazador.

Arrogante lo vió desde la altura sin poder socorrer á su amado.

IV

Muy pronto cerró la noche.

Todo era silencio en el nido.

Lara continuaba durmiendo.

El águila y sus polluelos, hartos de carne, dormian tambien.

Pasó así algun tiempo.

El viento trajo la vibracion de las campanas de Fuencarral y de Hortaleza, y las de algunos conventos situados en el campo que tocaron la oracion de las ánimas.

Entonces el águila se espeluznó de repente

y lanzó un graznido poderoso, avanzándose á la cortadura de la roca, fiera y terrible.

El graznido del águila habia sido tan vibrante, que despertó á Lara.

Vió á la dudosa claridad de una noche serena al águila, que batia pesadamente sus alas como si estuviese acometida por una convulsion poderosa, y comprendió que habia algun peligro.

Se alzó y se avanzó tambien á la cortadura con la ballesta armada.

—¿Quién vá? gritó.

—¡Pardiez! dijo una voz ronca, ya muy próxima; no hay que asustarse, señor Manrique de Lara: soy yo, Murallon, que estoy metido en la tarea de subir á lo alto; ya se lo contaré yo á ese pájaro, que si no se ha tirado á acometerme en la subida, es porque le espanta la noche.

—Guardaos bien de hacerle daño, dijo Manrique, porque es mi amiga, y porque me da una generosa hospitalidad.

—No os fieis mucho de la mansedumbre de las bestias bravas, dijo Murallon, que cuando menos se cree se acuerdan de lo que son.

—Nada temais, subid tranquilo, dijo Lara.

—Sí, sí, subid tranquilo, dijo una voz dulce; pero dejad que suba yo primero.

—¡Ah! la hermosa niña recogida por el viejo pastor, dijo Murallon.

—¡Recogida! exclamó Paloma trepando rápidamente.

A poco estaba en la cortadura y cogia á Arrogante como si hubiera sido un pavo, y la sujetaba y la acariciaba, procurando amansarla para cuando subiese Murallon.

Al fin éste estuvo arriba.

Pero cansado y sudoroso, á pesar de que la noche era fresca.

V

El águila hizo algunos esfuerzos, pero al fin se amansó.

Miraba, sin embargo, de reojo á Murallon.

Parecia, por otra parte, que no le gustaba mucho que hubiese tantos huéspedes en su casa.

Murallon se quitó su morral y lo arrojó al suelo.

Le abrió y sacó un pernil de venado que arrojó en el nido.

El águila, para quien aquella carne que no podia cazar era un gran regalo, se arrojó sobre ella.

Se habia establecido ya una especie de relacion entre Arrogante y Murallon.

La luna asomó entonces en el Oriente, y muy pronto llenó con su pálida luz el nido.

A la luz del melancólico luminar de la no-

che, el semblante de María, iluminado por ella, aparecia irresistible.

La jóven tenia en la mano una cesta cubierta con un paño blanquísimo, y por un lado salia la espita de una bota.

—Bien haga mi fortuna, dijo Murallon, que creo que vamos á cenar bien y con buen vino.

—Sí, dijo María.

Pero cortamos este diálogo en su principio, porque bien merece un capítulo aparte lo que hablaron los tres personajes.

CAPÍTULO VIII.

EN QUE MURALLON SE ENGRANDECE CONVIRTIÉNDOSE EN UN PERSONAJE MISTERIOSO.

I

Aquel cuadro era muy original.

La luz de la luna, iluminando á medias aquel nido, grande como una gruta, producia un efecto fantástico.

Una jóven hermosísima con el pintoresco traje de las pastoras, y de las pastoras de entonces, extendia sobre el suelo del nido un paño blanquísimo, y ponia sobre él un enorme pedazo de carne asada, un gran pan candeal, queso, huevos y frutas secas, y dos botas, la una mayor que la otra.

La que habia alegrado el ojo á Murallon,

esto es, la única que habia conocido por salir su boca entre el paño que cubria la cesta, debia causarle un gran entusiasmo.

—Y bien, señor mio, dijo Paloma á Manrique, procurando en vano que su acento no revelase el amor que le tenia: ¿os ha ido bien? ¿Se ha portado bien con vos Arrogante?

—¡Oh! muy bien, dijo Lara; lo he pasado tan bien, como que poco despues de haberos vos apartado de mí he estado durmiendo y soñando.

—¡Bah, bah! es necesario aprovechar el tiempo, dijo Murallon, porque indudablemente esta señora tendrá que volverse muy pronto á casa de *su abuelo.*

Y Murallon marcó de una manera particular las dos palabras que hemos subrayado.

Estas palabras, por su acentuacion, causaron una sensacion extraña en los dos jóvenes.

—Sí, dijo María, tengo que volverme muy pronto; tomad, añadió dando á Lara una cuerda enrollada, esto es para que mañana no me vea obligada á subir; ahora cenemos, que aunque he cenado en casa, por animaros cenaré otra vez, señor Manrique.

—Y ciertamente no esperábais encontrar un convidado, dijo Murallon.

—Importa poco: hay para todos, dijo María.

—Pues bien, yo soy franco y rudo, dijo Murallon: yo no como bien si antes no me hago el

paladar con buen vino; permitidme, pues, señora: bebed vos, caballero.

—No, yo no bebo sino despues de haber comido, dijo Lara.

—Bebed, bebed, dijo María.

Murallon tomó la gran bota y se la embocó.

—¡Voto á tantos! exclamó inmediatamente dejando de beber: esto es agua.

—El agua es en muchas ocasiones mas preciosa que el vino, dijo María, y este caballero no puede salir de aquí ni aun dejarse ver.

—Ya podrá dejarse ver, y pronto, dijo Murallon; yo os lo aseguro.

Y para indemnizarse del chasco del agua, tomó la otra bota, que estaba llena de excelente vino.

Bebió durante algunos minutos.

—¿Teneis seguridad de que pronto podré salir de aquí? dijo Lara.

—¡Oh! contestó Murallon sonriendo y limpiándose la boca con el revés de la mano; pero cenemos, si os place, añadió, que se habla muy mal con el estómago vacío.

María partió la carne con un pequeño y cortante puñal que llevaba á la cintura.

Se pusieron á comer.

Arrogante dormitaba en su nido abrigando á sus hijuelos.

II

Por algun tiempo Murallon no habló.

Estaba ocupado en la importante tarea de comer.

Lara miraba con arrobamiento á María.

Comió muy poco.

María no comia absolutamente.

Estaba profundamente pensativa.

—¿Y por qué no comeis, señora, dijo Murallon.

—Yo he cenado ya con mi abuelo y con mi familia, contestó Paloma.

—¡Con vuestro abuelo! ¡Con vuestra familia! dijo Murallon.

—Sí, contestó María, con mi abuelo.

—¿Y sabeis vos quién es vuestro abuelo?

—Un excelente hombre.

—Ya lo creo: un hombre como ha habido pocos, contestó Murallon.

—¿Le conoceis vos?

—Le he servido y le he deservido.

—¡Cómo! ¿vos habeis sido pastor?

—No; yo he sido lobo.

—No os entiendo.

—¿Habeis visto vos, señora, algun pastor que tenga por cayado una lanza, una espada al cinto, y en vez de sayo un camisote de mallas bajo un coselete de Milan?

—¡Ah! ¡Vos habeis sido soldado!

—Y de los buenos, señora, de los buenos.

—¿Y habeis vos servido á mi abuelo?

—Sí, ¡vive Dios! y he tomado de él soldados.

—¡Cómo! Pues qué, ¿mi abuelo ha tenido soldados?

—Y ejércitos, y naves por la mar.

—¿Y cuándo?

—Antes de que su hijo se rebelase contra él y le destronase.

—¡Ah! exclamó Manrique.

—Vos no hablais de mi abuelo, dijo María.

—De vuestro abuelo hablo, respondió Murallon, solo que vos, señora, no habeis conocido á vuestro abuelo ni sabeis siquiera su nombre.

—¿Y vos le habeis conocido?

—Si no le hubiera conocido, si no supiera como sé que soy Murallon, que vos sois su nieta, no os llamaria señora, como si estuviese hablando con una Infanta.

—¡Infanta! exclamó Manrique.

—¡Infanta! dijo María poniéndose densamente pálida.

—Sí, sí señor, Infanta de Castilla, contestó Murallon, porque para decirlo de una vez, vos sois hermana...

—¿De quién? dijeron á un tiempo los dos jóvenes.

—De un maldito de Dios y de su padre, que se ha enamorado de vos.

—¡El Rey!

—Sí, sí, señores mios; el Rey es hermano de doña María, porque doña María es hija del señor Rey D. Alfonso, padre del señor Rey don Sancho.

III

Sucedió un silencio de estupor.

Aquel estupor duró algunos segundos.

—¡Hermana yo del Rey! dijo al fin Paloma.

—Pues esto es peor, mucho peor, dijo Manrique; esta señora se hace entonces imposible para mí.

—¿Y por qué? ¿Por qué imposible? exclamó Paloma de una manera ardiente.

—Porque además de que el Rey quiere matarme, suponiendo que me perdonara, nunca querria darme por esposa una hermana suya.

—Y dado el caso de que eso sea cierto, contestó Paloma, yo no seria otra cosa que una hermana bastarda.

—¡Una hija reconocida por el señor Rey don Alfonso! contestó solemnemente Murallon.

—¿Pero quién sois vos que sabeis esto? preguntó severamente Lara.

—Yo he sido mucho, contestó Murallon, y mis desgracias me han obligado á encubrir mi nombre y á andar de monte en monte y de breña en breña como un salteador.

—Entonces, si habeis sido mucha persona, dijo Manrique, y habeis conocido tanto al Rey D. Alfonso, que conoceis sus secretos, ¿vos no habeis mentido, vos no habeis sido un soldado oscuro?

—Quien soy yo ó quien no soy, lo sabe demasiado el señor Rey D. Sancho, que si tiene empeño en mataros á vos, no le tiene menos en matarme á mí.

—¡A vos! exclamó María.

—¡Pues! ¡y ya lo creo!... ¡A mí!... Castilla anda muy revuelta y han sucedido muy grandes cosas: hoy asisten á su córte, muy ennoblecidos, y muy honrados, y muy al lado del Rey, y muy suyos, aventureros oscuros, que antes andaban por los caminos reales; y otros, que eran muy nobles y muy señores, andan ahora huidos de la córte por temor al Rey, y echados para poder vivir á los caminos reales como aventureros, y de tal manera ignorados, que se les cree muertos: y estos son los resuldos de las guerras civiles; pero llegará un dia en que el Rey sabrá quién le sirvió bien y lealmente, y no fué recompensado, sino perseguido, y lo que son esos que ahora honra y favorece, y que le hacen traicion.

—Pero hablad claro, dijo Manrique.

—En lo que toca á mí, dijo Murallon, no hablaré más claro de lo que he hablado; pero en

lo que toca á esa hermosa señora, voy á contar una historia muy entretenida y muy interesante para ella, y para que la ameis, señor Manrique de Lara.

—¡Ah! yo no puedo oirla ahora, dijo Paloma; me veo obligada á irme: me pueden echar de menos, y creerian tal vez cosas contrarias á mi recato.

—Sí, sí, volveos, señora, volveos, que mañana iré yo á buscaros, y os contaré esa historia.

—¡Ah! ¡Voy á pasar una muy mala noche! dijo María.

—Os voy á decir cómo podeis entretener vuestra impaciencia.

—¡Cómo!

—Despertad al que creeis vuestro abuelo.

—¿Y para qué?

—Cuando le hayais despertado decidle: padre, os turbo el sueño, porque necesito hablaros á solas de una cosa que me importa mucho, y nunca podríamos hablar sin que nadie conociera que hablábamos de una cosa muy importante como ahora que todos duermen.

—¡Oh, Dios mio! ¡el pobré anciano quitarle su reposo!

—Es fuerte como una encina, y cuando vos le digais que un montero libre á quien habeis encontrado en el encinar de la Cruz Roja os ha

dicho que sois hija del Rey D. Alfonso el Sábio, miradle bien á la cara, y vereis que se turba y se extremece.

—¡Oh! ¡sí! ¡despertaré á mi abuelo! dijo María.

—Yo os oseguro que no le despertareis, porque vos no sois la trompeta del juicio final, dijo Murallon.

—Bien, al que yo he creido mi abuelo, dijo María: ahora bien, ¿cuándo y dónde me encontrareis para contarme mi historia?

—En el encinar de la Cruz Roja, dijo Murallon, mañana al medio dia.

—Iré, contestó con energía la jóven.

Y tomando la cesta vacía, y dejando los restos de la cena, el mantel y las botas, dijo á Manrique:

—Adios, amigo mio, adios, hasta mañana á la noche, si Dios quiere.

—¡Ah! ¡las horas que van á pasar, serán para mí eternidades, señora Infanta! dijo con voz anhelante Manrique.

—No me llameis Infanta ni señora, que me haceis mal, dijo Paloma, y adios en fin, y hasta mañana.

—¡Hasta mañana! dijo Manrique.

María adelantó hácia el borde de la roca, y desapareció muy pronto por ella.

—Brava y noble como los de su casta, dijo

Murallon, que habia ayudado á bajar á María, y permanecia al borde de la cortadura viéndola descender.

—¡Oh! ¡Infanta! ¡Infanta, aunque bastarda! dijo tristemente Manrique.

—Será vuestra esposa, yo os lo aseguro; dijo aquel extraño personaje que se hacia llamar por el prosáico nombre de Murallon.

Y se retiró al borde de la roca, llevándose consigo á Manrique.

Luego se sentó en el suelo, tomó la bota en que quedaba algun vino, y luego se recostó en el suelo.

—¿Y esa historia? dijo Lara.

—Esperad, esperad: contestó Murallon con una voz de que rebosaba el imperio y que causó una impresion de respeto en Lara: siempre despues de comer descanso algo, y no he de romper por vos mi costumbre: cuando haya dormido una hora, sabreis lo que deseais; entretanto, pensad en vuestra Infanta, y dad gracias á Dios de que ella os ame.

Y acabó de tenderse.

Lara no se atrevió á contrariarle, y se quedó con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente pensativo.

CAPÍTULO IX.

DE LA MALA AVENTURA QUE LE SOBREVINO Á GARCILLAN POR SEGUIR Á PALOMA.

I

Sigamos á Paloma.

Descendió con suma facilidad por la roca.

Antes de que acabara de descender, un enorme perro mastin, armado de unas grandes carlancas de acero se puso á dar saltos y á ahullar lastimosamente.

—No te impacientes, Galan, no te impacientes, dijo Paloma, que allá voy.

Y de un salto se puso junto al perro que la colmó de caricias.

—Vamos, vamos, Galan; no me entretengas, dijo Paloma, que ya sé que me quieres, pobrecillo, y tenemos que volver al momento á casa.

Como si el perro hubiese entendido las palabras de María, echó á andar rápidamente.

La jóven le siguió casi á la carrera.

Tenia una viva ansiedad por llegar cuanto antes á la casa.

El viejo rabadan Sancho Goiñiz, á quien hasta entónces habia creido su abuelo, debia explicarla el misterio que acababa de presentarse ante su vista.

II

Andaba maquinalmente, ó mejor dicho, corria, impulsada por su deseo.

En su cabeza se revolvia un torbellino.

Ya la hemos presentado fiera y altiva ante el Rey Don Sancho.

Lo que quiere decir que tenia el carácter muy elevado.

La noticia de que era hija, nieta y hermana de Rey, aunque fuera bastarda, habia acabado de desarrollar su altivez.

Podríamos decir que sentia fiebre.

Y aun añadir que su amor por Manrique habia crecido.

—¡Oh! ¡si soy hermana del Rey, exclamó, le salvaré: y despues le suplicáré tanto, que el Rey me casará con él.

Entonces se acordó con terror de la mirada candente y absorta que el Rey habia fijado en ella, mientras le habia hablado.

—¡Ah! ¡no! dijo, ¡no! el Rey cuando sepa que yo soy su hermana, me amará, sí; pero con un amor fraternal, casto y puro: ¡no, no! ¡El Rey no puede ser un infame!

Y seguia corriendo.

III

Embebida en sus pensamientos, no notó que Galan se detenia de tiempo en tiempo, que adelantaba hácia la derecha, rastreando, y que luego volvia á seguir el camino recto hácia la majada.

Galan se habia apercibido de la aproximacion de un extraño y vigilaba.

IV

En efecto, un hombre armado con una ballesta y con traje de monte, aunque no de Montero libre, seguia la marcha de Paloma por una línea paralela, pero que por su situacion le permitía encubrirse con los árboles.

Aquel hombre, ya lo habrán adivinado nuestros lectores, era Garcillán, verdugo privado del Rey, y su medio para toda esa clase de oficios menudos que requieren un servidor bajo y miserable.

Garcillán habia partido aquel mismo dia hácia el Pardo cumpliendo las órdenes de su amo.

Conocia demasiado el terreno, y pudo observar, sin ser visto desde la espesura, la majada.

Garcillan era un hombre práctico.

Comprendió perfectamente que la mejor hora para acechar á aquella hermosa jóven, de quien de tal manera se habia apasionado su real amo, era la noche.

Porque con la noche iría sin duda la bella pastora á ver á su amado.

La noche era tambien mejor para acechar encubierto, y para seguirla sin ser visto.

Esperó pues.

Acababa de sonar, traido por el viento, el toque de la oracion de las ánimas.

Acababa tambien de salir la luna.

Entonces Garcillán vió aparecer por entre las chozas y adelantar á lo largo de ellas una sombra blanca.

Era una mujer.

La acompañaba un enorme perro.

Garcillán la dejó pasar, y luego se puso en su seguimiento.

Garcillán iba detrás y á distancia, y el viento venia contrario.

Por consecuencia Galan no podia ventear á Garcillán.

Este siguió, siguió hasta alguna distancia de la roca tajada.

L. of C.

Cuando vió que Paloma se dirigia á su pico, dijo para sí:

—¿A qué diablos va ahí esa moza? ¡ya! este sitio es muy apartado; le esperará ahí: si se ven ahí esta noche, mañana á la noche no estarán mucho tiempo solos: yo por mí mismo no puedo hacer nada; ese enorme perro me devoraria.

Pero cuando vió que Paloma trepaba á lo alto de la roca, y con una cesta debajo del brazo, se sonrió ferozmente.

—¡Ah! dijo: el amado caballero está allí, en lo alto: ¡pero aquel es el nido de un águila, señor; ¡ya! ¡habrán matado al águila! el escondite no podia ser mejor: pero no habian contado con que yo soy un buen sabueso.

Y Garcillán esperó hasta que descendió Paloma.

Entonces se puso en su seguimiento.

Pero no le favorecia el aire, y Galan le olfateó.

V

Iban á pasar por una estrecha y sombría garganta entre rocas.

Estas rocas eran pequeñas.

Especies de dentellones de montaña que salian por encima de un terreno de aluvion y que no son otra cosa que derivaciones de la sierra

de Guadarrama, que llegan hasta poca distancia de Madrid.

Aquel lugar era extremadamente sombrío.

Las copas de las encinas se cruzaban, mezclando sus espesos follajes y no dejaban pasar la luz de la luna.

Era necesaria la costumbre que Paloma tenia de pasar por aquellos agrestes y solitarios lugares para no sentir miedo en el pavoroso sitio por donde adelantaba.

Galan extremó su vigilancia.

VI

De improviso Paloma sintió un ronco, irritado y terrible regañar del perro y que este se lanzaba sobre alguien, que inmediatamente lanzó un alarido de terror y de dolor á la par.

Esto sucedia á alguna distancia.

Paloma corrió allá.

La luz de la luna penetraba por una abertura de las encinas.

A aquella luz dulce y pálida, Paloma vió á un hombre á quien Galan habia derribado, sobre cuyo pecho tenia puestas las enormes patas y á quien miraba encarnizadamente con la enorme boca abierta, regañando y amenazando.

La sangre corria del rostro de aquel hombre.

Paloma llamó viva y enérgicamente á su perro.

Este abandonó á su víctima, pero de muy mala gana, y con notables señales de rebeldía al mandato de su ama.

Esta le asió por el collar.

El perro se abalanzaba, regañando siempre, y meneando de una manera impaciente y amenazadora la cola.

VII

—Vamos, levantaos, dijo Paloma, y si sois montero libre ó bandolero, idos.

—No me puedo levantar, mi buena señora, dijo Garcillán; vuestro perro es una fiera y me ha destrozado.

—Vuestra es la culpa, contestó severamente Paloma; este sitio no es camino para ninguna parte, y para ninguna cosa buena os encontrais aquí á estas horas.

—No soy montero libre ni salteador, señora, dijo Garcillán.

—¿Por qué me llamais señora?

—Porque lo sois.

—Yo soy pastora.

—¡Fuera yo tan pastor como vos! dijo Garcillán, y me daria por contento.

—¡A vos os ha enviado alguien!

—¡Oh! sí, si señora, una persona á quien no puedo dejar de obedecer.

—¡El Rey!

—Sí señora, el Rey.

—¿Y para qué os envia el Rey?

—Socorredme y os lo revelaré todo.

—Yo no os puedo socorrer ahora, dijo Paloma; pero alzaos, sois muy cobarde; lo que teneis en el rostro no es más que un rasguño de una zarpa de mi perro.

—Pero me ha destrozado al derribarme.

—El miedo es lo que más os duele.

Garcillán hizo un esfuerzo.

Se incorporó y dijo:

—No me atrevo á levantarme, señora; en cuanto me levante, vuestro perro se arrojará sobre mí, porque vos no le podreis contener.

—Mi perro me obedece mejor que vos obedeceis al Rey, y además yo tengo sobradas fuerzas para sujetarlo.

Garcillán se levantó temblando.

Habia perdido, sin duda al caer, su ballesta, porque no la llevaba en la mano.

—Acercaos á mí sin miedo, dijo Paloma; Galan nada os hará.

Garcillán se acercó.

—Teneis cara de asesino, dijo Paloma con repugnancia viendo de cerca á la luz de la luna el avieso semblante de Garcillán, mucho más

terrible por la gran mancha de sangre que pintaba completamente una de sus megillas.

—Yo soy un buen hombre, señora, dijo Garcillán.

—¿Y un buen hombre anda por estos sitios y á estas horas acechando á quien ningun daño le ha hecho, y obedeciendo las órdenes de un Rey tirano?

—Si no obedeciese al Rey, el Rey me ahorcaría.

—Cuando los reyes son así se debe vivir lejos de ellos.

—Mi desdicha me obliga á servir al Rey.

—Junto á los reyes tiranos no hay más que esclavos.

—Por el amor de Dios, señora, no penseis mal de mí... yo os diré... ahora tened lástima de mí; mirad que esto de la cara me duele excesivamente.

—Mi perro os va á curar, dijo Paloma.

—¡Ah! ¡no por Dios! exclamó Garcillán retrocediendo espantado.

—¡Estaos quedo, dijo Paloma con una terrible energía, ó vive Dios que por miserable os suelto el perro!

Garcillán permaneció inmóvil.

—Vamos, Galan, ven acá amigo mio, límpiale á este hombre la sangre del rostro y consuélale con tu lengua la herida; vamos, inclinaos,

dadme la mano y esto bastará para que mi perro os acaricie.

En efecto, Galan lamió el rostro á Garcillán, pero de muy mala gana y regañando siempre.

VIII

Cuando el perro hubo lamido bien la herida, Paloma le dijo:

—Vamos, Galan, échate y permanece quedo,

El perro se echó.

—Hablad, dijo Paloma á Garcillán que temblaba aun.

—Preguntadme lo que quisiéreis, señora, dijo Garcillán, que yo os responderé en verdad lo que sepa.

—Decidme claramente por qué me llamais señora.

—Porque lo pareceis.

—¿No más que por eso?

—Os lo juro.

—¿Nada os ha dicho el Rey acerca de esto?

—Nada, señora, yo os lo juro.

—¿Qué os ha mandado el Rey?

—Que os robe.

—¿Que me robeis?

—Sí, señora; el Rey os ama.

—¿Os ha dicho eso el Rey?

—Si no os amara no me hubiera mandado que me apoderase de vos.

—¿Y acostumbra el Rey á apoderarse de las mujeres que tienen la desgracia de parecerle bien?

—Sí, señora.

—¡Qué vergüenza! ¡un Rey cristiano! ¡un hombre casado!

—El Rey no tiene más Dios ni más ley que su voluntad.

—Es, pues, un tirano.

—Pero un tirano que mata.

—Dios le castigará.

—Pero mientras Dios le castiga, es necesario obedecer para no morir.

—Debia yo mataros por infame, dijo Paloma, y escribir al Rey diciéndole: «Enviad otro de vuestros esclavos para que pueda probaros otra vez que contra vuestras tiranías me proteje el poder de Dios.»

—No hagais ni lo uno ni lo otro, señora; primero porque debeis perdonarme, vos que sois buena, y despues porque el Rey no os perdonaría nunca el que le desafiárais.

—Pues bien, porque soy buena no os mato; pero id y decid al Rey que yo le desafío, sin miedo, porque cuento con el amparo de Dios que puede más que él.

—Yo os agradezco, mi noble señora, exclamó Garcillán, el que me dejeis ir, y en prueba de mi agradecimiento os digo que yo no

diré al Rey lo que me mandais que le diga.

—Si no jurais con la mano levantada á los cielos que direis al Rey lo que para él os he dicho, no os suelto.

—¡Ah, señora!

—No os suelto; por el contrario, os hago devorar por mi perro.

—Diré á Su Señoría lo que vos querais.

—No: levantad vuestra mano derecha ante Dios.

Garcillán levantó la mano.

—¡Jurad!

—¡Lo juro! exclamó Garcillán.

—No, no; repetid el juramento que yo os diré.

—Decid, señora.

—Juro á Dios uno y trino, dijo Paloma, y á su Santísima Madre la Vírgen María, y á todos los Santos y sobre la salvacion de mi alma, decir al Rey lo que María de la Paloma me ha mandado que le diga.

Garcillán repitió palabra por palabra el juramento, teniendo levantada al cielo la mano derecha.

—Dios os lo premie ú os lo demande, dijo Paloma.

—¡Amen! dijo con la voz trémula Garcillán.

—Libre sois, dijo María; pero antes respondedme: ¿desde dónde me habeis seguido?

—Desde las cabañas de los pastores.

—¿Habeis visto á dónde he ido?

—Sí.

—¿A dónde he ido, pues?

—A un peñon tajado, en lo alto del cual hay un nido de águila.

—¿Qué he hecho?

—Habeis subido al nido.

—¿Qué habeis pensado?

—Que en aquel nido hay un hombre.

—¿Le conoceis?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Manrique de Lara.

—¿Está huido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ha matado á un favorito del Rey.

—¿Teneis órden de buscarle?

—Sí.

—Pues bien; decid al Rey que dentro de poco no estará en el nido del águila el señor Manrique de Lara.

—Se lo diré.

—Que le he salvado yo.

—Se lo diré.

—Ahora, idos.

Garcillán no se lo hizo decir dos veces.

Se separó de Paloma, y escapó á la carrera.

IX

La jóven permaneció algun tiempo inmóvil, con la mirada fija en el suelo y meditabunda.

El reflejo de la luna sobre un cuerpo brillante la sacó de su distraccion.

Aquel cuerpo que estaba sobre la yerba era una ballesta.

Paloma la recogió, y vió que era rica y que en su astil tenia las armas del Rey.

Mas allá habia un venablo.

Paloma lo recogió tambien, y luego se puso en marcha hácia el nido del águila.

CAPÍTULO X.

LA FUGA.

I

Dormian profundamente Murallon y Lara, cuando llegó al pié de la roca Paloma.

A Murallon le habia causado sueño la buena comida, y á Manrique el estado de excitacion en que se encontraba.

Pero un estridente graznido del águila, que habia sentido acercarse á Paloma, los despertó sobresaltados.

El águila seguia graznando.

—Alguien se acerca, dijo Manrique armando precipitadamente una jara en su ballesta.

—Dejad vuestras armas, dijo Murallon; el

que se acerca es amigo: los graznidos de alegría del águila lo manifiestan, y siendo amigo, no puede ser otra persona que nuestra Infanta pastora; voy á ver.

Y Murallon se asomó al borde de la cortadura.

—¿Sois vos, señora? dijo desde allí.

—Sí, yo soy, contestó Paloma.

—¿Qué sucede?

—Mucho.

—¿Y malo?

—No muy bueno; pero dejad, dejad, que dentro de un momento estoy ahí.

Poco despues, Murallon daba la mano á Paloma.

II

El águila cesó de graznar.

—Es necesario partir al momento, dijo Paloma.

—¿Y por qué, señora mia? preguntó dejando notar una especie de sobresalto Murallon.

—Porque hemos sido descubiertos.

—¿Por el Rey? dijo Lara.

—Sí, por un hombre enviado por el Rey; y como ese hombre puede tener cerca algunos otros que le ayuden, es necesario no perder tiempo.

—Pues cuanto antes, dijo Murallon; colgaos

vuestra venablera y coged vuestra ballesta, amigo mio, y venid, yo os ayudaré á bajar.

—No, no, dijo vivamente Paloma; vos no conoceis bien el descenso de la roca.

—Se me ocurre un medio mejor, dijo Murallon.

—¿Cuál?

—¿No habeis traido antes una cuerda?

—Sí.

—Pues esa cuerda puede servir para descolgar al señor Manrique de Lara.

—Perfectamente, dijo Paloma.

III

Poco despues Manrique, atado por debajo de los brazos, era descolgado.

Como si Galan hubiera comprendido que el hombre que descendia era mucha cosa de su ama, antes de que Manrique llegase al suelo, empezó á hacerle fiestas.

Murallon y Paloma estuvieron poco despues al pié de la roca.

—¡Oh! ¡Magnífico animal! dijo Murallon al ver á Galan.

—Y fiero como un leon, contestó Paloma.

—Pues entonces, dijo Murallon, somos un ejército, y podemos defendernos bien en un apuro.

—El Rey arrojará sobre nosotros tanta gente que no será posible la defensa: ¿pero no oís?

—Sí, el águila.

—¡Pobre Arrogante! dijo Paloma: parece que comprende que no va á vernos en mucho tiempo, y que la va á acontecer una desgracia: esperad, esperad: yo me la llevo, yo no la dejo aquí abandonada.

Y Paloma trepó.

El águila estaba avanzada al borde aleteando y graznando de una manera tristísima.

Paloma se dirigió al nido, cogió los aguiluchos y los metió en su cesta.

Esta operacion hubiera sido peligrosísima para otro cualquiera: Arrogante le hubiera acometido: pero tratándose de Paloma, solo dió señales de vivísima inquietud.

IV

Cuando Paloma estuvo abajo, echó á andar rápidamente y dijo:

—Es necesario no perder tiempo: no sabemos si se pueden poner pronto en nuestro seguimiento, y no vuelvo por ahora á la majada, ni fuera del monte conozco camino alguno.

—Ni yo, dijo Lara.

—Guiaré yo, dijo Murallon, y antes del amanecer estaremos en lugar donde el Rey no po-

drá hallarnos y donde nos encontraremos seguros.

Y se encaminó hácia el monte, metiéndose decididamente por la espesura.

El águila, dolorida, anhelante, vaciló un momento.

Despues, á pesar de la noche, se lanzó en el espacio.

Verdad es que hacia una luna muy clara.

Describrió un ancho círculo y descubrió á los fugitivos.

Estos oian los lastimeros graznidos del noble animal.

Por su parte, los aguiluchos graznaban tambien.

Nuestros tres personajes andaban; andaban cuanto podian.

Arrogante los seguia describiendo grandes círculos y graznando cada vez más dolorosamente.

V

No habia sido en vano la prevision de Paloma.

Aun no hacia una hora que nuestros fugitivos habian dejado la roca, cuando ésta estaba rodeada por una veintena de ballesteros que llevaban en sus cotas las armas reales del señor Rey D. Sancho el Bravo.

A pesar de su herida y de su estropeamiento, Garcillán estaba con ellos.

Los habia llevado al Pardo, los habia dejado en la choza de un guarda-bosque para poder espiar á Paloma sin ser sentido, y faltando villanamente á su juramento, habia ido por ellos para prender á Lara.

Una vez al pié de la roca, Garcillán dijo:

—Es necesario subir.

—¿Y quién sube? contestó uno de los ballesteros; era necesario ser una araña para trepar por ese peñon tajado.

—Pues sin ser araña ha trepado por él, viéndolo yo, la mejor moza de Castilla.

—¡Cómo! ¡una mujer! dijo otro ballestero.

—Sí; ¿os acordais de la pastora que esta mañana, durante la montería, habló de una manera tan brava con el señor Rey?

—Valiente moza, dijo otro.

—Pues esa brava hembra, añadió Garcillán, ha trepado ahí para traer la cena á su amante, al señor Manrique de Lara, dijo, que está refugiado en esa roca, en el nido de un águila.

—Mirad lo que decís, señor Garcillán, dijo otro ballestero que era muy cazador; en el nido de un águila no entra nadie, porque ellas se ponen donde no se puede entrar, y además de eso, si ahí hubiera águila, nos habria sentido y estaria graznando.

—¡Verdad es! dijo un poco aturdido Garcillán, pero eso nada prueba; habrá matado al águila el señor Manrique de Lara.

—Ese caballero no ha podido subir ahí, yo os lo aseguro; cuando más, cuando más, puede subir una cabra.

—Para salir de dudas que suba uno, dijo Garcillán.

Ninguno respondió.

—Al que se atreva á subir, dijo Garcillán, le regalo esta cadena de oro que llevo al cuello que pesa tres marcos.

Entonces quisieron subir todos.

—Bien, dijo Garcillán, pues para todos el valor de diez marcos de oro.

VI

Todos los ballesteros se lanzaron á la cortadura, y lentamente trepando por los dentellones de la roca, empezaron á subir.

No tardó el primero menos de media hora en llegar á lo alto.

Entre tanto, nuestros fugitivos ganaban una ventaja inmensa.

Se encontraban ya fuera del monte del Pardo, y se dirigian por un estrecho sendero solitario á campo raso atravesando hácia la sierra de Guadarrama.

Arrogante, que los habia seguido hasta allí,

habia abatido varias veces el vuelo, habia tocado la tierra y habia pedido graznando sus hijos á Paloma.

Esta la asió al fin y la puso sobre el hombro de Murallon.

Arrogante estaba ya tan domesticada, como un ave de cetrería.

Nuestros personajes seguian andando á gran paso.

Como que sabian por el relato que les habia hecho Paloma el peligro en que se encontraban.

Aunque Garcillán hubiera sabido la direccion que habian tomado, no hubiera podido alcanzarlos.

VII

Entretanto, el primer ballestero que habia subido al nido y que le habia registrado, habia dicho asomándose á la cortadura:

—Aquí ha habido, pero ya no hay.

—¿Y qué ha habido? preguntó Garcillán.

—Un águila.

—¿Y no está muerta?

—No señor; ni muerta ni viva.

—¿Y los pollos?

—Nada, no hay pollos.

—Imposible.

—Aquí hay algo.

—¿Y qué hay?

—Un mantel de mesa, dos botas vacías, algunos pedazos de pan, algunos restos de manjares, y nada mas.

—¿Con que ahí ha estado? dijo con una colérica desesperacion Garcillán.

—Sí señor, aquí ha habido alguien, pero ese alguien ha volado con el águila y con sus pollos: ¡y vaya una obra! ¡por este tiempo los pollos de águila no tienen pluma y no pueden volar!

—A esa mujer la ayuda Satanás, exclamó completamente irritado y completamente desesperado Garcillán.

En fin, poco despues, cabizbajo, asustado, triste, tomó con sus ballesteros el camino de Madrid, al que llegó al amanecer.

Al salir el sol, Sancho el Bravo sabia que Paloma y Lara se le habian escapado, y mandaba prender al viejo Sancho Goiñez, y que le llevasen á Palacio.

CAPÍTULO XI.

EN QUE SANCHO GOIÑEZ CUENTA UNA HISTORIA DE MISTERIOS AL REY.

I

El anciano, aterrado, fué presentado al Rey, que se encerró con él en su cámara.

Sancho IV estaba terrible y miraba al pastor con los ojos encarnizados.

Sancho Goiñez alentaba apenas.

—Recobraos, vive Dios; dijo el Rey levantándole; no tembleis de esa manera: necesito que esteis tranquilo para responderme á lo que voy á preguntaros.

—Señor, señor; yo no os he ofendido en nada.

—Decidme, ¿qué dama es esa que habeis tenido con vos, en vuestra familia?

—¿Vuestra Señoría me habla de mi nieta?

—¿Y os atreveis á llamar vuestra nieta á esa señora? dijo con acento terrible el Rey.

—Ella es hija de mi pobre hija Mencía, respondió temblando el anciano.

—¿Y quién era vuestra hija?

—La mas hermosa pastora que jamás ha guardado cabras, señor.

—¿Estuvo alguna vez vuestra hija en la córte?

—No señor; pero la córte estuvo alguna vez en mi majada.

—¿Quién fué el padre de vuestra nieta?

—Un señor muy poderoso, que por mi mala ventura la vió en el monte.

—¿Cómo se llamaba ese señor?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿A lo que parece, vuestra hija tuvo amores con él?

—Amores desdichados que mataron á mi hija, porque yo al verla deshonrada la maldije... y la maldicion de un padre...

Tembló de los piés á la cabeza el Rey.

—La maldicion de un padre mata, añadió con acento hueco y terrible á pesar de su debilidad, el viejo.

Y guardó silencio.

II

El Rey permaneció tambien silencioso durante algunos minutos.

—¿Y por qué maldice un padre á su hijo? exclamó al fin el Rey: yo no maldeciría á mi hijo por nada del mundo, aunque se revelase contra mí.

—¡Dios, para desdicha de los padres, oye su maldicion! ¡luego se llora mucho, cuando ya no hay remedio! ¡Yo la ví ponerse pálida y flaca, mas pálida y mas flaca cada dia, y la perdoné: pero ya era tarde! ¡Dios habia oido ya mi maldicion!

—Muchas veces sucede, dijo el Rey caviloso, que el padre que maldice, muere antes que el hijo maldito: sí, muchas veces sucede que el padre muere sin perdonar.

—Mi perdon no pudo salvar á mi hija: su madre, su pobre madre habia muerto de dolor y de vergüenza por la liviandad de Mencía; porque los pobres que vivimos en el campo á la faz de Dios, no podemos resistir la deshonra... y ved ahí, ved ahí... el vicio y malas artes de un poderoso caballero perdieron á mi hija, mataron á su madre, la mataron á ella: ¡pero ya se vé! ¿para qué ha hecho Dios á las flores del campo, sino para que llegue un rico y noble

cazador, y las corte y las marchite, y las arroje luego al lodo?

—¿Pero quién fué, quién fué ese caballero? preguntó anhelante el Rey.

—Si yo lo hubiera sabido, no os lo podria decir.

—¡Cómo!

—No, porque me hubieran ahorcado.

—¡Ahorcado!

—Sí, porque hubiera matado al infame... ¡Ah! yo era entonces fiero y fuerte como un lobo... ahora... ahora soy viejo y débil... ahora... si otro caballero hiciese desgraciada á mi nieta, no podia hacer mas que llorar y maldecir.

—Pues dicen que un cierto caballero que está en desgracia mia, se ha llevado á vuestra nieta.

—No, no, señor; mi nieta habrá ido á poner en salvo á ese caballero.

—Vuestra hija se rebela contra mí, es brava y terrible: y por lo mismo, porque no creo que la hija de un pastor pueda ser tan valiente y tan noble, he creido que seria alguna doncella noble, recogida ó robada por vos.

—¡Señor! exclamó el viejo.

—Perdonad: pero la extraordinaria hermosura de vuestra nieta, y un no sé qué misterioso que he visto en ella, me hicieron sospechar.

—Habeis de saber, señor, dijo Sancho Goiñez.

que mi esposa, la madre de Mencía, era una noble dama.

—¿Y una noble dama fué vuestra esposa?

—Sí señor.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Oid, dijo Sancho Goiñez: es una historia.

—Veamos vuestra historia.

III

Por algun tiempo guardó silencio Sancho Goiñez, como coordinando sus recuerdos.

Al fin dijo:

—Hace treinta años, pastoreaba yo, no aquí, sino allá en la Vieja Castilla, cerca de Búrgos.

Tenia yo entonces cincuenta años.

Pero en el campo, señor, con los aires puros y la vida honesta, la juventud dura mucho.

Yo parecia un hombre de treinta, y me llamaban, no lo debia yo decir... pero la verdad es que me llamaban el hermoso Sancho.

Habia yo tenido una mujer muy buena que habia muerto sin dejarme hijos.

Tanto la amaba yo, que juré solemnemente á Dios en las manos de un sacerdote, no volverme á casar.

No deben pronunciarse juramentos temerarios, porque son difíciles de cumplir; y faltar á un juramento solemne, es llamar sobre nuestra cabeza la cólera de Dios.

IV

Calló el anciano é inclinó abatido la cabeza sobre el pecho.

El Rey le escuchaba con una profunda atencion.

Al fin, Sancho Goiñez levantó otra vez la cabeza y dijo con voz débil:

—Pastoreaba yo, pues, un dia cerca de Búrgos, en las dehesas del Vivar.

De improviso, sentí las pisadas de un caballo, y poco despues ví salir por un sendero de entre la espesura un caballero armado.

Este caballero llevaba sobre el arzon una doncella vestida de blanco.

Una doncella como de diez y siete años.

Se conocia que el caballero venia muy apresurado y muy cuidadoso.

Era jóven, de veinticuatro años.

Refrenó en llegando junto á mí su caballo, puso la dama en tierra, desmontó y me dijo:

—Yo soy uno de los primeros de Castilla; pero he venido en desgracia del Rey, y me veo obligado á huir á Navarra para que el Rey irritado no me tome la cabeza: me persiguen de cerca: mi caballo no puede seguir, fatigado con el peso de tanta carga; tú tienes cara de hombre honrado: ¿eres tú por ventura el mayoral de estos pastores?

—Sí, señor caballero, contesté yo.

—Pues bien, te dejo mi hermana: ocúltala y guárdala: yo enviaré dentro de algunos dias por ella persona de confianza que ella conoce bien.

—Yo guardaré vuestra hermana, señor caballero, como si fuera mi hija; respondí yo.

—Así lo espero, y si no la guardares, peor para tí, porque yo soy poderoso: el enojo del Rey pasará porque es injusto, y volveré á mi privanza.

Y el caballero me miraba con semblante severo.

En fin, señor, la noble doncella se quedó conmigo.

V

—¡Ya! dijo el Rey: ¿y tú te enamoraste de ella y faltaste á la confianza que de tí se habia hecho?

—No, señor; ella se enamoró de mí, ó por mejor decir, nos enamoramos los dos á un tiempo, porque estaba de Dios.

—¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres! exclamó el Rey; hé aquí una noble dama que se olvida de su alcurnia y se convierte en pastora.

—¡Y qué señor! ¿los pastores no somos criaturas de Dios? ¿no puede una reina enamorarse de un rústico, si este rústico encuentra gracia en sus ojos?

—No conozco ninguna Reina, ni siquiera Infanta de Castilla, que se haya perdido por una dehesa, dijo el Rey.

—Yo no digo que ella fuese Reina ni Infanta, dijo el pastor.

—¿Qué era, en fin?

—Yo no lo sé.

—¡Cómo!

—Nó, señor; ni aún siquiera su nombre: ella no quiso decírmelo.

—¿Tomó un nombre supuesto?

—Nó, señor; no tomó nombre ni de santo ni de santa, porque decia que no queria ser infiel á la santa de su nombre; pero para que se la pudiera llamar, tomó el nombre de Rosa Blanca.

—¡Ah! ¡hermoso nombre!

—Era ella muy más hermosa aún.

En fin, señor, pasaron muchos dias y la persona que debia venir por Rosa Blanca no parecia.

Nadie sabia que estaba en mi poder, porque yo la habia escondido en una cueva, cueva á la que llevé pieles para que la sirviesen de lecho, y donde yo mismo la hacia de comer.

La soledad, la contínua compañía y el diablo que siempre anda suelto, hicieron que ambos nos olvidáramos de nuestras obligaciones.

Y no venia la persona que debia enviar por Rosa Blanca, su hermano.

Al fin, por la honra de Rosa Blanca, fué preciso que nos casáramos.

Entrambos nos fuimos una mañana al convento de San Juan Bautista, que era de Benitos, y que estaba en el campo.

Ella confesó con el prior, y ella debia ser mucha persona, porque el prior me dijo severamente:

—Antes que todo es la honra; pero ni esta dama ni vos habeis pensado bien en las consecuencias de vuestra falta: remediémosla con el Santo Sacramento del matrimonio, pero os aconsejo que os vayais de esta tierra á donde nadie os conozca, porque podria costaros muy caro: ¡no sabeis vos, Sancho, quién es la dama que vais á tomar por mujer!

Y despues de esto, nos casó.

Yo vestí de pastora á Rosa Blanca y la llevé á mi majada, con la partida de desposorios que me habia dado el prior de San Juan Bautista.

—¿Era muy viejo ese prior? preguntó el Rey.

—Nó, señor, contestó Sancho Goiñez; apenas tenia treinta años.

VI

El Rey llamó.

Poco despues se oyó un golpe respetuoso á la puerta de la cámara que el Rey se habia olvidado de abrir.

Se levantó el Rey y abrió.

Encontró á uno de sus grandes escuderos.

—Rodrigo, le dijo el Rey; montad al momento á caballo, id al monasterio de Benitos de San Juan Bautista, cerca de Búrgos, preguntad si vive aún el prior que lo era hace treinta años, y si vive, traéoslo con vos, aunque sea necesario traerlo en litera; pero no: esperad.

Y el Rey fué á su mesa, tomó un pergamino y escribió largamente.

Despues selló este pergamino, le enrolló, le envolvió en otro pergamino que selló tambien, y volviendo á la puerta donde permanecia inmóvil el escudero, le dió el pergamino.

—Matad caballos, dijo el Rey, pero mañana á la noche necesito tener una contestacion á estas mis letras que llevais.

El escudero partió.

El Rey cerró la puerta, se volvió á su mesa, se sentó en un gran sillon de respaldo dorado y blasonado, y dijo con voz breve y seca á Sancho Goiñez, que permanecia de pié y temblando de tiempo en tiempo.

—Seguid.

—Y bien, señor, yo no eché en saco roto lo que el prior me habia encomendado con grandes instancias.

Vendí mis rebaños, quedóse de rabadan un mi pariente, y yo, con mis hermanos y mi es-

posa, salí de Castilla la Vieja, sin decir á dónde iba; compré en las dehesas de Madrid otros rebaños y vine á poner mi majada en el monte del Pardo.

—¿Y nadie os buscó?

—Nadie.

—¿Y no procurásteis saber si alguien os habia buscado en vuestra antigua majada de la Vieja Castilla?

—Nó, señor; yo no procuré informarme; la pobre Rosa Blanca murió al dar á luz á mi hija Mencía.

Y el pastor tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas.

VII

—Dios me castigaba, dijo despues de algunos minutos de silencio Sancho Goiñez.

Yo habia jurado solemnemente no volverme á casar.

He sido muy desgraciado, mucho.

Mencía era la viva imágen de su madre, como María de la Paloma es la viva imágen de Mencía.

A los trece años Mencía era tan alta y tan hermosa como su madre, y parecia tan dama como ella, aunque se habia criado en el monte. Todos los pastores y todos los labradores ricos la querian por esposa; pero altiva y fiera como

su madre, los despreciaba á todos. Al fin un dia, cuando aún no habia cumplido catorce años, Mencía volvió triste y pensativa á mi casa. Aquel dia habian andado de montería por nuestras dehesas, nobles y jóvenes y ricos caballeros de Madrid, donde estaba entonces el Rey D. Alonso, vuestro padre. Algunos meses despues... ¡yo me ví obligado á maldecir á Mencía!... ¡Habia deshonrado mis canas y no queria decir quién era quien la habia burlado!... Ella decia que era un principal caballero, que no sabia su nombre, y se negaba á darme sus señas... Yo fuí á quejarme al Rey.

—¿Y el Rey? preguntó D. Sancho.

—El Rey me escuchó con una grande atencion, y luego me dijo: «Procuraré averiguar quién ha sido aquel de mis caballeros que ha burlado á vuestra hija, y os haré justicia.»

—¿Y os la hizo?

—El Rey nada pudo averiguar.

—Seguid.

—Mencía murió al dar á luz á Paloma, como Rosa Blanca habia muerto al dar á luz á Mencía.

—¿Y nada habeis podido averiguar?

—Nada, señor.

—¿Y no habeis tenido resultado alguno que indique que el burlador de vuestra hija se acordaba de ella?

—Sí señor: un dia encontré sobre mi mismo

lecho una carta. En aquella carta, que conservo, decia:

«En la Cruz Roja, enterrado bajo la yerba, y señalada con cuatro piedras en cruz, encontrareis un saco de cuero: lo que ese saco contiene es un dote para vuestra nieta.»

Yo fuí y encontré mil doblas castellanas de oro.

—Muy rico debia ser, pues, el padre de vuestra nieta, dijo profundamente el Rey.

—¡Oh! ¡sí, señor, muy rico, pero muy duro de corazon! contestó el pastor. ¡Dinero! Los nobles, los grandes señores, creen que los villanos no tenemos alma ni honra; que se pueden burlar de nuestras hijas y decirnos luego: ¿qué os importa? ¡Tomad oro! ¡Esa muchacha es una cosa que se paga! ¡Hemos cumplido con Dios y con nuestra conciencia dándola un dote para que se case con otro, y si ha muerto, para que se case su hija!... ¡Ah, señor! ¡Los ricos, los nobles, los grandes señores que hacen eso, están malditos de Dios; porque ellos han matado el alma de una pobre criatura; porque ellos han deshonrado á una familia! ¡Ah, no, no, señor! ¡El alma y la honra no se satisfacen con oro! ¡El oro es infame!

—¿Y qué habeis hecho vos del oro que os dieron para vuestra nieta?

—Ella no necesita oro de nadie: soy yo muy

rico, muy rico, más rico que muchos nobles señores, y todo lo que tengo es de mi nieta... si es que mi nieta no se ha perdido... si es que mi nieta no perece como perecieron su madre y su abuela. Aquel oro infame lo dí yo al convento de franciscanos de la Gracia de Dios para los pobres.

VII

Miró el Rey con cierta estimacion á Sancho Goiñez, y le dijo dulcificando su acento:

—¿Decís que conservais la carta en que os avisaban del lugar donde encontraríais el oro que no quisísteis guardar?

—Sí, señor; aquel oro era la deshonra de mi hija, y esa carta puede ser un dia la honra de mi nieta.

—Traedme esa carta, buen viejo: tal vez por ella saque yo algo en claro, y os juro que os haré justicia.

—Así servireis á Dios, señor.

—Volveos á vuestra majada, y si por acaso encontrais en ella á vuestra nieta, traedla y entregadla á la Reina doña María, mi mujer; amparada por ella, su virtud estará á salvo de todo; pero si no la encontráseis, avisádmelo que yo la haré buscar.

—Dios os premie, señor, por vuestra buena voluntad, dijo Sancho Goiñez.

Y como el Rey hubiese abierto la puerta de la cámara, Sancho Goiñez salió de ella, y luego del alcázar, y tomó apresuradamente la vuelta de su majada.

CAPÍTULO XII.

EN QUE SE VE LO BUEN SUGETO QUE ERA EL ALCALDE DE LOS ESCUDEROS DEL MISTERIOSO PERSONAJE QUE SE LLAMABA MURALLON.

I

Al amanecer, Manrique, Paloma y Murallon estaban ya muy embreñados en la sierra de Guadarrama, y adelantaban por los agrestes y solitarios lugares que hoy se llaman los *Tres panes de azúcar*.

Entonces se llamaban los *Cuernos del Diablo*.

Sobre el mas alto, sobre el del centro, habia un castillejo de muros renegridos por el tiempo y de torres agrieteadas.

Algunas de ellas estaban desmochadas, casi en ruinas.

Solo una, la mas alta, estaba entera con todas sus almenas.

La mayor parte de las almenas de los muros estaban rotas.

A todas luces aquel era un castillo abandonado.

La yedra le cubria en muchas partes, dándole un aspecto sumamente pintoresco.

Nuestros fugitivos adelantaban á buen paso.

Pero ninguno de ellos, ni aun Paloma, daba señales de fatiga.

Arrogante parecia adormilado sobre el hombro de Murallon.

Los aguiluchos graznaban dentro de la cesta de Paloma, y sacaban por encima de su borde las cabezas calvas aún.

Manrique daba el brazo á la jóven, sin duda más por placer y galantería, que por necesidad, y la miraba con éxtasis.

Paloma, cada vez que se encontraba con la ardiente mirada de Manrique, se ponia colorada y bajaba los ojos.

II

Antes de aventurarse por el escarpado sendero que terminaba en el castillo de los *Cuernos del Diablo*, que así se llamaba, Murallon se

detuvo, silbó de una manera larga y poderosa y esperó.

El eco repitió de peñasco en peñasco el silbido de Murallon.

Apenas habia resonado este silbido, cuando una puerta chapeada de hierro que se veia al pié de la gran torre, se abrió y salió por ella un hombre tan rudo como Murallon, de una edad semejante, y vestido y armado como él.

Tras este hombre aparecieron una veintena de la misma fecha y facha.

III

—¡Diablo! dijo Manrique; pues teneis todo un ejército.

—Esos bravos, contestó Murallon, son vasallos mios; ¿cómo queríais que me viniese solo donde podria peligrar mi cabeza?

—Solo os hemos encontrado, dijo Paloma.

—En efecto, hija mia; al irme al monte bajo, no era prudente llevar conmigo un número de hombres que hubieran podido hacerse notar: mi objeto era buscaros.

—¿A mí?

—Ciertamente; yo hubiera querido buscar á otra persona á quien dejé hace treinta años en poder de vuestro abuelo; pero solo hubiera encontrado una tumba.

Por estas palabras ven nuestros lectores que

Murallon era aquel caballero, que segun el relato de Sancho Goiñez, le habia dejado su hermana.

—¡Una tumba! exclamó Paloma.

—Sí, la tumba de vuestra abuela.

—La tumba de mi abuela está en el pobre cementerio de la aldea de Fuencarral; yo voy de tiempo en tiempo á cuidar las flores de esa tumba, en la cual está enterrada tambien mi pobre madre.

—Gracias, dijo un tanto conmovido Murallon; ¡pobre Blanca!

—¡Blanca habeis dicho! exclamó Paloma: mi abuela se llamaba Rosa Blanca.

—Rosa de hermosura era cuando la conoció vuestro abuelo... pero hija mia, este sendero es muy áspero y no se puede hablar subiendo por él, porque la respiracion se corta.

Y Murallon calló.

Era evidente que la conversacion sobre aquel asunto le conmovia y que la evitaba.

IV

Los que habian salido del castillo descendian, y al fin se encontraron con los que subian en la mitad del acceso, en una pequeña meseta formada por una saliente de la roca.

—¿Tenemos cautivos, capitan? dijo uno de aquellos hombres.

—Nó, ¡vive Dios! Zorro-gris, dijo Murallon; lo que tenemos son dos personas casi parientas mias, muy mis amigas, y por consecuencia, señoras tuyas y de los otros.

—Yo saludo respetuosamente á esas personas, dijo Zorro-gris haciendo una reverencia que demostraba que era un hombre fino.

—¿Sabes que hace frio, Zorro? dijo Murallon; en Guadarrama nunca hay primavera y el verano no llega nunca; á ver, dos de vosotros, arriba, cargad de leña la chimenea de la gran cámara; los demás á ver si se matan un jabalí, un corzo, algunos conejos, algunas liebres y algo de volatería; se necesita pan tierno y buen vino: con que á buscar todo eso; quédate tú, Zorro-gris, tienes que informarme.

Todos los bandoleros, que lo eran, se fueron cumpliendo las órdenes de Murallon.

Zorro-gris se quedó á su lado.

V

—¿Qué ha sucedido en los ocho dias que yo falto de aquí? preguntó Murallon continuando el ascenso al lado de Zorro-gris.

Los dos jóvenes iban detrás haciendo observaciones acerca de lo que veian.

—Ha sucedido, dijo Zorro-gris, que hemos cobrado pecho y tributo al rico-hombre de Cercedilla que iba á la córte.

—¿Y qué ha sido ello?

—Dos mil doblas cendradas juzefinas.

—¡Magnífico!

—Un cofrecillo de la rica-hembra de que iban alhajas que valian bien otras mil doblas.

—Perfectamente; ¿y qué más?

—Dos cofres llenos de ropas y de lencería.

—Muy bien: ¿y qué más?

—Cuatro acémilas.

—¿Y qué más?

—¡Qué más... qué más...! Que la rica-hembra ha estado dando conmigo vueltas por la sierra, admirando la naturaleza lo menos dos horas.

—¿Y es hermosa?

—Hermosísima.

—Y el rico-hombre...

—El pobre rico-hombre era viejo y feo.

—¿Cómo que era?

—Figuráos que cuando salimos á él, se le ocurrió terciar la lanza y venirse contra nosotros con otros dos criados que con él venian en mulas, y como Cola-del-Diablo tiene muy malas entrañas, se echó la ballesta á la cara, él dice que para contener al rico-hombre únicamente, sin otra mala intencion; y dijo bien, porque le contuvo de tal manera, que el pobre de Melchor Gloria-Dei cayó muerto de la mula al suelo.

—¿Y los sirvientes?

—Pusieron á galope sus mulas, pero...

—¡Qué!

—Un venablo corre mas que una mula, y los dos escuderos cayeron.

—Muy bien; así se excusan bocas que hablen: ¿y se ha quedado muda tambien la ricahembra?

—¡Muda de amor!

—¡Ah, canalla! ¡Te has hecho entender de ella!

—Ella se habia casado muy á disgusto con él, solo por ser rica; porque ella era huérfana de un hidalgüelo de Gotera, que la dejó encomendada á un su hermano viejo, que despues de casar á su sobrina con el rico-hombre del pueblo, se murió.

—Y con haberle despues muerto el marido, á quien aborrecia, se ha quedado como el pez en el agua.

—¿Sabeis, señor, que tengo que deciros una cosa?

—¿Y qué?

—¿Os hago yo mucha falta?

—Segun y conforme: Ranunculo es tambien un buen mozo.

—Por lo mismo, señor, podíais dejar á Ranunculo de alcaide de vuestros escuderos, y dejarme á mí que me fuera á Cercedilla.

—¿Y á qué diablos quieres tú irte á Cercedilla.

—A casarme con doña Sol.

—¡Ah! ¿Se llama doña Sol la viuda del rico-hombre?

—Sí señor, y es como un sol de hermosa, y muchacha, como que aún todavía no tiene diez y ocho años.

—Déjate de tonterías: ¡casarte con una dama que quiere vivir á lo rico y á lo noble!

—¿Y qué le hace si es riquísima?

—¿Pues no se casó por el dinero?

—Sí señor, pero el señor Gloria-Dei, que no tiene pariente alguno, hizo un embrollo con el escribano del pueblo, del cual embrollo se vino á sacar en claro, aunque no en limpio, que doña Sol era parienta suya, y como tal parienta la reconoció, é hizo en su favor el testamento; de tal manera, que ahora doña Sol es rica-hembra propietaria de Cercedilla, y está hermosísima con su luengo vestido de luto, y á pesar de que ella delante de las gentes gimotea y llora, y dice que está sin consuelo por su Gloria-Dei, perdiendo al cual, dice, ha perdido la gloria de su alma, todos los hidalgos de la villa andan tras de ella procurando consolarla; pero nadie la consuela ni es su gloria más que yo, que voy á buscar el sol á la media noche.

—Pues mira, me viene bien ese conocimiento

tuyo; pero vamos á otra cosa: habeis hecho demasiado, os tengo ordenado que no mateis.

—Fué necesario, señor, porque el tal ricohombre era muy bravo.

—Tendremos encima á los cuadrilleros.

—¡Qué, no señor! el criminal está preso y un dia de estos le ahorcarán.

—¡Cómo! ¡qué dices!

—La culpa ha sido de doña Sol, porque á mí no se me hubiera ocurrido.

—Explícate.

—Yo no sé por qué, señor, doña Sol, que se habia negado terriblemente á que yo la apartase del lugar del lance, apenas pasó algun tiempo cambió del todo al todo: ¡lo que son las mujeres! se enamoró de mí como una loca y me dijo:

—¡Ay Dios mio! que yo no sabia lo que era querer hasta ahora: bien haya el momento en que mi marido quiso que fuésemos á ver al Rey en su córte; no siento mas siño que despues de lo que ha sucedido, vos no podais venir á verme á Cercedilla.

—Quedáos vos conmigo, mi señora, la dije:

—No tal, me contestó, que yo soy heredera de mi marido: pero esperad, se me ocurre una cosa.

—¿Y qué?

—Echaremos la culpa de lo que ha sucedido á los pastores.

—¡Bribon!

—Y así ha sido; pero no es esto todo: yo me fuí á buscar pastores, y á poco descubrí uno que dormia.

—¡Ah!

—Le metí en el zurron algunas ricas alhajas de doña Sol que yo me habia apropiado para regalárselas á nuestra zagala; despues volví, y dí las señas de este pastor á doña Sol; esto es, un hombre grande con la barba y los cabellos bermejos y pellica blanca.

—Muy bien.

—En seguida me llevé á doña Sol al camino real, y la dejé en él á tiempo que veniar unos viandantes, y me volví donde habian quedado los nuestros; picamos con las mulas hácia las entrañas de la sierra y bien pronto nos perdimos: por la noche fuí á Cercedilla y me encontré por un postigo que me abrió doña Sol en su casa y en su camarin, sin ser sentido de nadie.

—¿Y bien, qué?

—Doña Sol habia dicho á los viandantes que un pastor, armado de una ballesta los habia acometido, que habia matado á su marido y á sus escuderos, y los habia robado; que ella habia escapado por milagro y habia llegado medio muerta al camino, y que les rogaba la siguieran para prender, si era posible, al pastor y vengar á su marido.

Dichas las señas del pastor, y como por acaso, sobrevinieron cuatro cuadrilleros de los de la Hermandad de Toledo, doña Sol se entró otra vez con ellos y con los viandantes en la sierra, y á poco que anduvieron encontraron al pastor que dormia aun, y le despertaron, y le registraron, y le hallaron las alhajas que yo le habia puesto en el morral, y con los muertos, que recogieron y pusieron en bestias, se lo llevaron á la villa, donde acusado y con la prueba de las alhajas, le pusieron en el tormento, y no lo resistió y se acusó de todo porque no le volviesen á atormentar; de modo que, como nadie nos conoce aquí, yo puedo entrar sin temor y con el rostro descubierto en Cercedilla; mejor no podia haber sucedido.

—Pues yo digo que ha sucedido muy mal; importa poco la muerte de Gloria-Dei, porque era un asesino; por su culpa y por falsas delaciones suyas, el Rey ha matado más de un caballero inocente; sus escuderos importan poco tambien, porque Gloria-Dei se hacia servir por malhechores, y tenia tiranizados sus señoríos; ¡pero ese pobre pastor! es menester salvarle, Zorro-grís; en fin, ya veremos: ¿y dices que no se han advertido todavía de nuestra presencia en la sierra?

—No, señor.

—Pues mejor, dentro de poco no estaremos

en ella sino en la córte, honrados y favorecidos y á la luz del sol.

—Quiéralo Dios, porque esto es una vida de aperreo que cansa.

—Esta noche iremos á ver á tu doña Sol.

—Muy bien, señor: ya la he hablado de vos y desea conoceros.

—Pues ahora silencio, dijo Murallon deteniéndose, porque habian llegado á la puerta del castillo; te advierto que trates con mucho respeto á estos dos jóvenes, y que lo adviertas á los otros.

—Muy bien, señor.

En aquel momento llegaron Manrique y Paloma y todos entraron en el castillo.

CAPÍTULO XIII.

DE COMO SI TENIA BUENAS ENTRADAS TENIA TAMBIEN MALAS SALIDAS EL INFANTE DON PEDRO DE NAVARRA.

I

Aquella noche, al mediar, Murallon y el jefe de sus escuderos, esto es, Zorro-gris, salieron del castillo de los Cuernos del Diablo, bajaron al valle, y tomando por un sendero, se encaminaron á la villa de Cercedilla, que está encaramada en lo mas áspero de la sierra de Guadarrama. Pero en vez de seguirlos, que la noche está muy fria y no es cómodo andar por sierras en tales noches, veamos ligeramente lo que habia pasado durante el dia en el castillo de los Cuernos del Diablo.

A Paloma se la habia aposentado en la cá-

mara principal que, á pesar de su desmantelamiento y de su abandono, aparecia magnífica.

Como que aun quedaban su ensambladura de roble de labor maravillosa, las ricas esculturas de sus muros, su revestimento, aunque muy estropeado, todavía bello, de cuero de cordoban, y su gran chimenea de piedra escultada á manera de dosél.

En aquella chimenea se habia arrojado un monte de madera de encina.

Se habia acomodado el lecho que ocupaba á Paloma.

Se la habian dado las llaves de la cámara.

Paloma se habia acostado para descansar y soñar en su amor.

Manrique habia sido fácil de acomodar.

En cuanto á Arrogante, se la habia aposentado con sus hijos en un zaquizamí de la gran torre.

Habia mejorado de nido.

Aquel era mas pequeño y por consecuencia mas abrigado.

II

Al medio dia se habia despertado Paloma.

El almuerzo estaba preparado.

Los hombres de Murallon habian encontrado abundante caza, de cuyas entrañas habian comido con delicia hasta saciarse los hijos de Arrogante y esta misma.

Se almorzó bien.

Despues Murallon bajó con Zorro-grís á los sótanos del castillo y á las caballerizas.

En los primeros estaban los dos cofres y el dinero robado á Gloria-Dei; en las segundas las cuatro mulas.

Habia además veintidos caballos de batalla.

Entre ellos uno magnífico.

Este animal era el que servia á Murallon.

Detrás de cada caballo, pendiente de una escarpia, habia un caparazon de hierro y una cobertura de malla.

Una larga lanza acompañaba á cada uno de estos arneses.

¿Cómo habia llegado hasta allí sin ser notado con tal aparato de guerra Murallon?

Eso lo sabremos mas adelante.

III

Durante el almuerzo, que fué bueno, nada se habló, porque estaban delante los que servian la mesa.

Despues del almuerzo, Paloma y Manrique salieron á pasear por los pintorescos contornos.

Lo que mas les importaba era su amor.

A la comida, que fué muy corta, sucedió lo mismo que al almuerzo; nada se habló importante á causa de los testigos.

Manrique y Paloma volvieron á empezar su conversacion de amores.

A la cena, que fué á las ánimas, como al concluir hubiesen quedado solos, Murallon dijo:

—Paréceme que es necesario casaros, hijos mios; yo no puedo estar á vuestro lado como una dueña, y el decoro aconseja que seais marido y mujer; eso será asunto de mañana: yo buscaré un fraile, ó mejor, todos juntos iremos á buscar un fraile que os casará; despues ya veremos cómo hacemos que todo se arregle: muy buenas noches.

Y Murallon se fué.

Se metió en una cámara donde le habian puesto un mal lecho, y mandó á Zorro-grís le llamase antes de las doce.

Por supuesto que no tenian otro reló que las estrellas.

Pero este reló es un cronómetro admirable de que se sirven las gentes del campo y que no les cuesta nada.

IV

A la media noche, pues, bien armados y por el camino más corto, se dirigieron señor y criado á la inmediata villa de Cercedilla, á la que llegaron muy pronto, porque eran andadores.

La villa, como todas las de aquel tiempo, estaba fuertemente murallada.

Por consecuencia tenia cerradas sus puertas; pero no era necesario entrar en la villa para ver á la rica-hembra.

Esta habitaba en el castillo y era su alcaidesa, porque aquel castillo pertenecia al señorío que habia heredado como parienta de su difunto marido.

Este castillo, que era grande y fuerte, se veia en lo más encumbrado de un peñon, unido á los muros de la villa alta.

Por la parte de afuera se llegaba al castillo por una especie de escalera labrada á pico en la roca.

Esta escalera iba á parar á una estrecha plataforma, sobre la cual, y mirando á la villa, se levantaba la torre de honor del castillo.

En aquella plataforma se veia un profundo postigo por el cual se penetraba en la torre.

En tiempos de guerra, ó cuando el bandidaje por resultado de ésta arreciaba, un guarda asistia por la parte de adentro al postigo, y en cada torre vigilaba otro guarda.

Pero como entonces el señor Rey D. Sancho estaba en buena amistad con sus grandes vasallos rebeldes, y no corrian la tierra partidarios, no se ejercia vigilancia alguna.

V

Sobre este postigo, y á una grande altura,

se veia un ajimez bizantino preciosamente calado, y con ricas vidrieras de colores que trasparentaban una luz del interior.

—Esa es su cámara, dijo Zorro-grís señalando el ajimez; en cuanto yo silbe como una lechuza, y por quedo que sea, vereis, señor, cómo esa vidriera, ahora tan hermosa, se vuelve negra: señal clara de que mi doña Sol ha tomado la luz y ha salido de su cámara para venir á franquearme el postigo.

Zorro-gris silbó, en efecto, como una lechuza, y de una manera ténue.

Inmediatamente la vidriera se ennegreció, se borró, ó mejor dicho, sus brillantes colores se hundieron en la sombra.

Algunos minutos despues se oyó el fuerte rechinar de un cerrojo, y luego el no menos desapacible de los goznes del postigo.

Zorro-grís adelantó.

—No vengo solo, señora de mi alma, dijo Zorro-grís: viene conmigo mi señor.

—Entre en buen hora el señor Infante de Navarra, dijo una voz dulce, fresca, sonora, deliciosa, la voz de una mujer que aún no ha dejado de ser niña; en una palabra, como diríamos ahora, una voz de polla.

—¡Cómo Infante! exclamó Murallon, á quien por última vez daremos este nombre. ¿Cómo te has atrevido á vender mi secreto?

—¡Ay señor! exclamó Zorro-grís, que yo no creia que doña Sol cometiera la imprudencia de decíroslo.

—Nada tema vuesamerced, señor Infante don Pedro, dijo la misma voz, que soy un pozo para guardar un secreto, aunque muchacha aún, y estoy aquí para serviros: entrad.

Y al entrar D. Pedro, sintió que le asia la mano otra mano suave, mórbida, ardiente, y que temblaba de una manera ténue.

—¡Vive Dios, dijo el Infante, que estoy deseando llegar á donde haya luz para veros, señora, porque debeis ser muy hermosa!

—Pues pronto saldreis de dudas, señor Infante, dijo la jóven, porque la luz está en lo alto del caracol. Cerrad el postigo, Ruy Perez.

Ruy Perez, que este era el nombre propio de Zorro-grís, cerró el postigo murmurando:

—Me parece que recibe muy amorosamente á mi señor, Doña Sol; y es el caso que yo no me puedo alabar de nada respecto á ella.

Y subió con el alma negra de celos las escaleras detrás del Infante y de la dama.

VI

Llegaron al fin á lo alto de las escaleras, y á una estrecha galería en la cual, sobre un escaño, habia una lamparilla de plata de mano.

El Infante lanzó un grito de asombro.

Tenia delante de sí una hada.

Una mujer admirable en toda la fuerza de la juventud.

Y á más de esto, una mujer que parecia, por la espresion de su semblante y por un no sé qué misterioso, ser muy buena.

—¡Báh! dijo para sí el Infante al concebir este pensamiento benévolo en favor de doña Sol; ¡buena una mujer que se ha convertido en la amante del asesino de su marido!

Y siguió á doña Sol, que continuaba conduciéndole por la mano.

Abrió la jóven una rica mampara de marroquí y entró en una pequeña cámara.

—Quedaos, aquí, Ruy Perez, dijo dirigiéndose á Zorro-grís.

Este ahogó un rugido de rabia y obedeció.

Doña Sol pasó adelante, abrió otra mampara y dejó á oscuras á Ruy Perez.

Este sintió el ruido de una llave en una cerradura.

—¡Ah! exclamó: el Infante te parece mejor que el escudero, dijo Zorro-grís; tú que te casaste con un viejo para ser rica-hembra, te casarás con un casi viejo por sér Infante... pero nó, nó; mi señor no es viejo; el diablo le ha conservado su hermosura; cincuenta y cuatro años, es verdad... pero está verde y fuerte; es muy galan y puede enamorar á una muchacha:

¡ah! pero yo que he matado tu marido, mataré al que puede ser tu marido, y tú no te atreverás á querer á otro, porque entonces tú serás la que morirás.

Y Ruy Perez, aunque á oscuras, se puso á pasear agitado por la cámara.

VII

Pasó mucho tiempo.

Al fin se oyó de nuevo la llave en la cerradura.

Se oyó una puerta que se abria.

Luego se abrió la mampara y apareció doña Sol guiando al Infante.

Ni una sola palabra dijo al pasar á Zorro-grís.

Este se fué tras ellos.

Llegaron al fin al postigo y doña Sol le abrió.

Salió el Infante D. Pedro.

Lo siguió Zorro-grís.

Nada le dijo al salir doña Sol, pero dijo sí con la voz dulce y un tanto trémula á don Pedro:

—¡Que no falteis á vuestra promesa, señor Infante! ¡me va á parecer una eternidad el tiempo que tiene que pasar!

—Y á mí un infierno, mi hermosa señora, contestó el Infante.

Doña Sol cerró el postigo.

Zorro-grís se puso en seguimiento del Infante, convertido en Zorro-negro.

Es decir, con las intenciones mas negras del mundo.

La escarpadura por donde tenian que descender se torcia y se retorcia al borde de un gigantesco tajo.

Al pié de aquel tajo se derrumbaba un torrente causado por el derretimiento de las nieves.

Sabido es que, en la edad media, siempre que se podia, se colgaba un castillo de lo alto de un peñon tajado como un nido de águila.

La situacion del castillo de Cercedilla era terrible.

—¡Pasa adelante! dijo D. Pedro antes de aventurarse en el descenso de la escarpadura.

—¿Desconfia Vuesamerced de mí? dijo Ruy Perez con un acento extraño.

—Me parece que tú me insultas, canalla, dijo el Infante.

Y su voz tenia una entonacion, una acentuacion tal y tan amenazadora, que Zorro-grís hízose un paso atrás y armó instintivamente su ballesta.

—¡Ah, infame, traidor! exclamó D. Pedro.

Y se lanzó sobre Zorro-grís.

Pero este disparó al mismo tiempo y su ve-

nablo dió de lleno en medio del pecho del Infante.

Este vaciló un momento.

Luego, y antes de que Zorro-grís pudiera armar otro venablo ni intentar otro golpe, se lanzó sobre él, le asió por el cuello, le derribó en tierra y le puso una rodilla sobre el pecho.

El venablo disparado por Zorro-grís habia encontrado la fuerte loriga del infante y habia sido rechazado.

VIII

Zorro-grís gemia sordamente bajo la rodilla del Infante, y apenas podia hacer entender estas palabras:

—Perdonad, señor, he tenido miedo; he creido que me íbais á matar.

—Y lo has creido bien, miserable, exclamó con voz terrible el Infante desnudando rápidamente su puñal: has asesinado, cuando yo te habia prohibido que vertieses sangre; has vendido un secreto mio, y por último, has pensado en asesinarme; debes morir y morirás.

Y al decir estas palabras asió con la una mano la cabellera de Ruy Perez que al caer habia perdido su capacete, y con la otra mano, en que llevaba el puñal, y de un solo golpe le degolló.

Luego asió el cadáver por los piés, le arrastró y le arrojó por el precipicio.

El cuerpo rebotó pesadamente haciéndose pedazos en los dentellones de las rocas y cayó al torrente.

El Infante dió con el pié primero al capacete y luego á la ballesta de Zorro-grís.

Los dos cayeron al torrente.

Despues el Infante descendió tranquilo por la escarpadura murmurando:

—Con un infame he sepultado dos secretos.

CAPÍTULO XIV.

EXPLICACIÓNES.

I

Retrocedamos al momento en que doña Sol dejó encerrado á Ruy Perez, desapareciendo con el Infante.

Doña Sol le llevó á una magnífica cámara y le señaló á un alto sillon blasonado.

—Este es un sillon de señorío, mi buena señora, y os corresponde.

—Yo quisiera poder ofreceros sillon y cortina de Infante, como os corrresponde, dijo doña Sol.

—Sentaos, señora, sentaos, dijo D. Pedro; yo me sentaré en el escabel á vuestros piés, si

es que soy tan dichoso que me permitais que yo á vuestros piés me siente.

—Ved, señor, que llevo blanca jerga de luto.

—¡Cómo! ¿pues no os habeis vos alegrado mucho de que un crímen os haya libertado de vuestro viejo y odioso marido?

—¡Ah! D. Pedro: exclamó con acento sentido doña Sol; el desdichado Gloria-Dei era mi padre.

—¡Pardiez! dijo para sí el Infante mirando fijamente á doña Sol; pongámonos en defensa; me parece esta hembra una sirena.

Y como si doña Sol hubiera comprendido el pensamiento del Infante, dijo con acento triste:

—Vos, D. Pedro, pensais mal de mí porque me juzgais por las apariencias.

—Me asombra el oiros, señora, contestó el Infante, porque muy de otra manera me ha hablado de vos mi escudero Ruy Perez.

—¿Y qué os ha dicho?

—Sentaos primero, señora, dijo el Infante, que me causa pena veros de pié.

Doña Sol se sentó en el sillon señorial.

Don Pedro fué á sentarse á sus piés...

—Nó, señor Infante, nó, dijo la jóven; á mis piés no se ha sentado nadie todavía.

—¿Ni vuestro marido? preguntó D. Pedro tomando otro sillon y sentándose en él junto á

la chimenea, á alguna distancia de la jóven.

—Ya os he dicho que el infortunado Melchor Gloria-Dei, señor de Cercedilla, no era mi marido, sino mi padre; pero decidme, decidme lo que de mí os ha dicho vuestro escudero.

El Infante contó punto por punto á doña Sol lo que de ella le habia dicho Zorro-grís.

—¿Y no habeis encontrado todo eso muy extraño? dijo doña Sol: ¿no habeis visto en ello un misterio?

—Qué quereis, señora; no se sabe á dónde pueden llegar los caprichos de las mujeres; perdonad, señora, pero yo he tenido una hermana que se enamoró de un pastor y se casó con él.

—Sí, doña Blanca de Estella, dijo doña Sol; pero un pastor puede ser honrado, tener el alma noble, y vuestro escudero ni es noble, ni honrado, ni siquiera hermoso.

—Pues él cree que vos le adorais.

—Esto quiere decir que le he engañado bien, porque necesitaba dominarle para servirme de él.

—¿A qué propósito?

—Para conoceros.

—¿Y cómo sabíais vos que Ruy Perez me conocia?

—Tenia motivos para suponerlo.

—No os comprendo.

—Voy á explicarme: vos habeis sido la causa de la muerte de mi buen padre, y por su muerte os he conocido yo.

—A cada momento os comprendo ménos.

—Voy á explicarme.

—Os escucho.

Doña Sol empezó de esta manera.

II

—Soy hija de Yago Saez de Silva, rico-hombre de Egea, en el reino de Leon.

—No digais más, señora, yo os saludo: vuestro padre fué uno de los buenos caballeros que cayeron bajo el loco furor del Rey en Alfaro.

—Pero mi padre no andaba en tratos ni con el señor de Vizcaya, ni con el Infante D. Juan.

—Pero el Rey necesitaba matar aquel dia, y mató á cuantos pudo, entre ellos cayó vuestro padre, y por poco caigo yo tambien: pero pude ganar primero las puertas del Alcázar, despues las de mi posada, cobrar mi caballo y salir á la carrera; yo he nacido para andar á salto de mata: mucho tiempo me tuvo escapado el buen Rey D. Fernando, no poco su hijo D. Alfonso, y por último, su hijo D. Sancho me obliga á ocultarme.

—Lo sé por Gloria-Dei.

—El buen Gloria-Dei no era tan bueno como parecia.

—No me toca á mí juzgarle, que he recibido sus beneficios.

—Lo que quiere decir que vuestra hermosura ha domesticado á un lobo.

—Dejad en paz mi desdichada hermosura de una parte y de otra las sangrientas cenizas de mi protector, y oid.

—Oigo, señora.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! por la muerte de mi desdichado padre. Pues bien; mi madre, doña Brenda de Meneses, enfermó de dolor por la desastrosa muerte de mi padre, dolor llevado al colmo por la confiscacion que de sus tierras, rentas, pechos y derechos le habia hecho el Rey (Dios le perdone). Mi pobre madre se puso tan al cabo, que conoció que se moria, y no teniendo á quien confiarme, me envió á Cercedilla al convento de Jesús, donde tenia una prima monja: esta monja, que era una santa, se llamaba la madre Angélica del Espíritu-Santo. Yo era muy niña cuando vine á Cercedilla y entré en el convento triste y desesperada, porque un secreto instinto me decia que no volvería á ver á mi madre. En efecto, mi madre murió un año despues de mi entrada en el convento: mi tia quiso que yo fuese monja; pero Dios no me llamaba desgraciadamente por ese camino: me ahogaba el cláustro. Lo conocieron al fin, y pensaron en casarme, porque habian pasado los

años y habia llegado á los diez y ocho; pero, ¿y con quién? Yo era noble, muy noble, mas sin fortuna. Sucedió entonces, que disgustado con el Rey se vino á la villa un rico-hombre, esto es, Melchor de Gloria-Dei. No me conocia, porque durante muchos años habia estado ausente de Cercedilla, acompañando al Rey en su córte; pero me vió, conoció mi triste historia y se compadeció de mí: empezó á amarme, pero como ama un padre á su hija.

Doña Sol se interrumpió, y durante algun tiempo guardó silencio.

III

—Hace seis meses, continuó doña Sol, mi tia, la madre Angélica, que estaba gravemente enferma, se acabó de tal modo, que se tuvo por segura su muerte próxima. Entonces el señor de Cercedilla me llamó al locutorio y me dijo: —Os vais á quedar completamente sola en el mundo; no teneis vocacion para el cláustro: ¿quereis ser mi hija?—¿Y cómo puede ser eso, señor? le respondí.—Es posible que seamos parientes, me dijo, porque yo soy algo pariente de vuestra tia; pero no os puedo tener en mi casa sino de cierta manera, porque aunque yo os adoptase, las lenguas maldicientes supondrian cosas infames: ¿quereis ser mi mujer? yo os afirmo que os miraré como si fuérais mi hija.

—Milagro que pensara de una manera tan casta el señor Gloria-Dei, que tratándose de mujeres era una especie de diablo.

—Yo solo puedo decir de él buenas cosas.

—Estoy seguro de que todo no era mas que fingimiento por ver si á pesar de que era feo y viejo, viéndole tan bueno, os enamorábais.

—Yo he pretendido de la manera que puede pretenderlo una mujer honesta: cumplir con mis deberes de casada, y Gloria-Dei me ha dicho:—Ámame como una hija; Dios no ha querido que tú seas mi esposa mas que en la apariencia.

—Vuestro padre-esposo tenia algo de adivino, doña Sol.

—Por último, señor Infante, un dia Gloria-Dei me dijo lleno de alegría:—¿Sabes que he descubierto que eres mi parienta, y mi parienta próxima?

—Esa era una segunda maniobra, doña Sol, no lo dudeis: yo conocia demasiado á Gloria-Dei, y no le cabia en el corazon tanta nobleza, tanta generosidad, como lo que abulta un grano de mostaza.

—Fueran las que fueran las intenciones de Gloria-Dei, dijo doña Sol, la verdad es que se probó por el árbol genealógico que yo era prima segunda suya, y como tal, hizo testamento en mi favor.

—Magnífico testamento; por el que sois ricahembra y señora de Cercedilla.

—Dios se lo pague á la buena alma que lo ha hecho.

—Amen.

IV

—Hace pocos dias, continuó doña Sol, Gloria-Dei, que habia ido á caza, cuando volvió me dijo:—¿Crees tú en los aparecidos, Sol?—¡Y cómo no he de creer, contesté yo, si de ellos hablan los Santos Libros!—Pues debe ser una aparicion la que he tenido, añadió, porque he visto cruzando por una cañada del monte del Pardo un señor Infante que yo creia muerto.

—Es verdad, dijo D. Pedro; todos han creido que el Rey D. Sancho me mató en Alfaro; pero fué un escudero mio el que se quedó allí; y como vestia ricamente y llevaba mis armas al pecho, y los ballesteros del Rey le aplastaron la cabeza á mazadas y le desfiguraron, todos, incluso el Rey, creyeron que yo habia perecido.

—Gloria-Dei se preocupó mucho con esta que creyó aparicion, pero me decia:—Yo creo que los muertos no se aparecen de dia á la luz del sol.—Todo es segun Dios lo quiere, decia yo. —Indudablemente, añadió Gloria-Dei, pero yo creo que los aparecidos no cazarán.—¡Quién sabe!—Creo tambien que los aparecidos no co-

men, añadia Gloria-Dei, y el señor Infante de Navarra, D. Pedro de Agramunt, se comia con cierta delicia el solomillo asado de un corzo que estaba hecho pedazos á alguna distancia de él. —En efecto, decia yo, esto es grave: un muerto que caza y come, no deja de ser extraño. Gloria-Dei me contó toda vuestra historia que sabia bien.

—Como que, punto por punto, se la he contado yo creyéndole tan amigo como vos le habeis creido vuestro padre; perdonadme, doña Sol, si os contrario, pero el tal Gloria-Dei era un pícaro, un mal hombre: si no le hubiesen matado á tiempo, estoy seguro que no hubiera tardado mucho en convertirse para vos de padre en tirano.

—Perdonad; pero yo hablo de lo que he esperimentado: ahora bien, á Gloria-Dei no se le iba de la memoria lo que llamaba vuestra aparicion. Vino por estos dias la córte á Madrid, y como se hubiese templado algo el enojo que Gloria-Dei sentia contra el Rey, determinó ir á la córte y llevarme.

—¿Sabeis que se me figura una cosa infame, doña Sol?

—¿Y qué?

—Que no era Gloria-Dei el que estaba enojado contra el Rey, sino el Rey contra Gloria-Dei, y que éste os llevaba á la córte para des-

enojar á D. Sancho, que tiene una sed insaciable de mujeres hermosas.

—¡Ah, sois terrible! exclamó doña Sol, en cuyos ojos brilló algo extraño.

—Terrible no, experimentado, desconfiado de los hombres y conocedor de ellos; pero continuad, señora, creo que vamos llegando al punto principal.

—En efecto, hace ocho dias nos pusimos en camino para la córte: llevábamos ricos trajes, ricas alhajas y mucho dinero.

—Ya lo creo: Gloria-Dei queria que no solo resplandeciéseis por la hermosura, sino tambien por la riqueza.

—Al llegar á cierto punto del camino, Gloria-Dei dijo:—Por aquí hay un trecho que acorta su media legua la jornada: entremos por aquí á ver si se nos aparece el Infante de Navarra.—Y entramos. A poco caia muerto de su mula Gloria-Dei y éramos robados: yo huí, pero comprendí que no podia escapar. Entonces apelé á la astucia: sonreí al asesino de mi esposo, y le dije que me habia hecho un favor librándome de él; entonces se me ocurrió que aquella gente podia ser vuestra, señor Infante: perdonad.

—No hay que perdonar, señora, porque acertásteis: ¿cómo quereis que viva un Príncipe á quien han quitado sus feudos y que no cabe en

ninguna parte? Pero yo he prohibido de todo punto á mis escuderos que maten.

—Lo creo; pero continuando, habeis de saber que no sé por qué me propuse conoceros: halagué á Ruy Perez, me presté á callar, consentí en el engaño del pastor y me fingí enamorada de ese miserable. Así he logrado que me revelase que vos érais el Infante de Navarra D. Pedro de Agramunt, y más que eso, que os traiga á mi castillo.

—Pero en medio de todo esto hay una cosa negra.

—¿Y cuál?

—Ese pobre pastor, que aterrado por el tormento, ha confesado un crímen que no ha cometido, y por el que será ahorcado y descuartizado.

—Id mañana á la cárcel de la villa y preguntad por él.

—¿Y bien?

—Lopera, que así se llamaba el pastor, está á estas horas camino de Aragon, y rico.

—¡Cómo!

—Sí, mi oro ha roto sus cadenas, y acompañado de su guardian, tambien enriquecido por mí, está en salvo.

—¡Ah! señora, voy creyendo que sois un ángel.

—No: ni era como creíais un demonio,

ni soy como decís un ángel: soy una mujer.

—Pero una mujer que se parece á una divinidad.

—Os vuelvo á decir que están muy nuevas aun mis vestiduras de luto.

—¡Pardiez! yo os las trocaria de buena gana, señora, en vestiduras de boda.

—No me casaré nunca, señor Infante; me dan miedo los hombres.

—Cuando se llaman Gloria-Dei ó Ruy Perez, ¿pero y cuándo se llaman el Infante D. Pedro de Agramunt?

V

Dijo de tal manera estas palabras el Infante, miró de tal manera al decirlas á doña Sol, que esta se puso vivamente encendida y bajó los hermosos ojos.

No habia amado nunca.

El Infante, á pesar de sus años, la preocupaba; y era además el Infante muy audaz, con esa audacia que no ofende á la mujer mas pura.

—Empecemos, dijo D. Pedro, porque yo os devuelva esas alhajas, esos trajes y esos dineros que os fueron robados.

—Guardadlos hasta que...

—¿Hasta qué?

—Hasta que sean tan vuestros como mios.

—¿Pero esa es una promesa formal, doña Sol?

dijo desconcertado el Infante, porque le gustaba demasiado la jóven.

—Creo, dijo ésta, que me habeis hablado como caballero.

—¿Y quién lo duda?

—Pues bien: no os amo aún, no puedo amaros aún, no os conozco; pero como no he amado nunca, podrá suceder que os ame, y entonces...

—Entonces...

—Si vos me amais me prometo á vos.

—¡Oh! yo acepto la promesa; pero pensadlo bien, señora; mirad que yo soy muy desgraciado, y que si os unís á mí puede alcanzaros la maléfica influencia de mi estrella.

—La mia no es buena; tal vez juntas nuestras dos estrellas miserables dejen de serlo.

—¿Sabeis que me pesa de haber venido?

—¿Y por qué?

—Porque me habeis hecho incurrir al fin en la debilidad del amor.

—Esperad, esperad, todavía es pronto; además que es necesario que deis una prueba de amor.

—Pedid, señora.

—Justicia contra el asesino de Gloria-Dei.

—Morirá esta noche.

—Sí, que muera... el asesino debe morir.

—¿Me recibireis todas las noches, señora?

—Sí.

—¿Por el mismo sitio?

—Sí.

—Pues bien, me aparto de vos por esta noche; es muy tarde.

—Sí, id con Dios; necesito reposar.

—Echadnos, pues, fuera á ese hombre y á mí, señora, dijo D. Pedro levantándose.

Y como doña Sol estuviese muy cerca y se levantase al mismo tiempo D. Pedro, la asió por la cintura, la levantó en alto y la besó en la garganta.

Doña Sol lanzó un grito de dolor.

—¡Ah! dijo el Infante soltándola; no habeis amado jamás.

Y sin dar tiempo á doña Sol para que diese cuerda á su ira, la dijo:

—Hacedme la merced, señora, de permitirme que salga.

Doña Sol descendió, confusa, sobrescitada, abrió la puerta de la cámara y condujo hasta donde estaba Ruy Perez al Infante.

Lo demás ya lo sabemos.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO SE CELEBRARON LOS DESPOSORIOS DE LARA Y DE MARÍA DE LA PALOMA.

I

Al dia siguiente muy temprano, al salir Paloma de su cámara, se encontró con el Infante D. Pedro que hablaba con gran interés con Lara.

Pero lo que llamó extraordinariamente la atencion de la jóven, fué el ver que ninguno de los dos vestia el traje del dia anterior.

El Infante tenia en la cabeza un birrete de brocado rojo con pedrería y corona de infanzon; un sayo ó ropon talar con grandes mangas perdidas de velludo ó terciopelo negro de Medina del Campo, de lo mas rico, con los bordes, tanto de la orla como de las mangas, como de

la abertura, bordados de oro; las mangas ceñidas sobre el brazo de brocado de oro en rojo como el birrete; debajo de este ropon, y por su abertura, se veia un sayo corto á la francesa, de terciopelo rojo, bordado de oro con los bordes de piel de armiño, calzas de grana; botas altas arrugadas de rica gamuza armadas de dos anchas espuelas de oro, lo que demostraba que el Infante iba á montar á caballo; espada y puñal con empuñadura de oro y rica limosnera.

El Infante llevaba este rico traje como quien estaba acostumbrado á llevarle toda su vida, y aparecia con él elegante, noble, distinguido y hasta hermoso.

Lara estaba vestido de una manera exactamente igual, con la sola diferencia de los colores: lo que era rojo en el traje de D. Pedro, era verde en el de Lara, y lo negro rojo; en vez de oro en los bordados, plata, pero de oro tambien las espuelas y las empuñaduras de la espada y del puñal.

A primera vista se notaba tambien que estaba acostumbrado á vestir ricamente.

II

No era esta sola la cosa extraña que habia encontrado Paloma.

Los que el dia antes estaban vestidos con el rudo y pobre traje de Monteros libres, ó si me-

jor queremos de bandoleros, aparecian en el patio armados de todas armas, como hombres de guerra, con fuertes arneses de punta en blanco, con penachos rojos y negros en los cascos y con cotas de armas de seda en las cuales se veia un escudo negro con dos luceros rojos en cruz y sobre ellos una calavera roja tambien.

Esto era terrible, y causó un no sé qué de espanto á Paloma.

Además, atados por las cadenas á las argollas del patio, habia veintidos caballos encubertados de guerra.

En la parte posterior del arzon de acero mostraban sobre sí cada uno de estos caballos una fuerte pesada hacha de armas: suspendido al otro lado un grande escudo.

Contra los muros habia fuertes y gruesas lanzas, y entre ellas un estandarte negro con los dos huesos rojos cruzados y sobre ellos la calavera roja.

En una palabra, los monteros, los bandidos habian desaparecido.

Solo quedaba la pequeña mesnada, mejor dicho, la escolta de dos poderosos infanzones, que tales parecian por sus trajes y por su aspecto.

III

Todos estos hombres comian en el patio en una gran caldera.

El Infante y Lara se paseaban en una galería de la gran torre sobre el patio.

A aquella galería habia salido inmediatamente despues de la cámara, Paloma, y se habia detenido sorprendida.

—Comprendo que os extrañará la trasformacion que veis, señora, la dijo el Infante; pero mas os extrañará lo que voy á deciros: vos tambien vais á cambiar completamente, como que vais á casaros.

—¡Casarme! exclamó Paloma poniéndose vivamente encendida.

—Sí, dijo el Infante; y no deseais vos otra cosa, aunque no os hayais dado cuenta de ello.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Paloma.

Lara la miraba extremecido de emocion.

—¿No quereis ser mi esposa? dijo al fin.

—Sí, sí; yo quiero ser vuestra esposa... pero soy menor de edad.

—Lo que no os ha impedido abandonar la cabaña de vuestro abuelo para seguir al hombre á quien amais, dijo sonriendo el Infante.

—Para salvarle; una vez en salvo el señor Manrique de Lara, yo hubiera vuelto con los mios, y nadie hubiera creido que yo me habia

deshonrado, porque todos me conocian bien.

—Vos no hubiérais podido separaros nunca del señor Manrique; mejor es que volvais casado con él.

—¿Sin la licencia de mi abuelo?

—¡Qué! ¿no teneis vos más parientes que vuestro abuelo? pues los teneis nobles y poderosos; uno de ellos soy yo.

—¡Vos, señor!

—Sí, y pariente próximo: no mireis de esa manera al señor Manrique de Lara; esperad que se aclare el misterio, porque él no lo sabe tampoco: ¿os parezco hoy el mismo hombre que ayer?

—Yo, desde que os conozco, os he tenido por un gran caballero.

—Pero por un caballero que se habia envilecido hasta dar en salteador; hombres como yo, magnates que á primera vista cuando se les encuentra en un monte ó en un camino parecen bandoleros, y tal vez lo son, los hay ahora, y los hubo ayer y los habrá mañana en estos reinos de Castilla y en los otros de España, mientras haya Reyes cruentos y avaros que por crueldad, por tiranía y por apoderarse de las haciendas de sus grandes vasallos, los persiguen á muerte y les tomen sus castillos y sus haciendas; pero no perdamos el tiempo: lo que sois vos y lo que yo soy os lo dirá muy pronto,

no el Rey, sino la Reina doña María de Molina, su mujer; entonces sabreis cómo puedo ser yo tan próximo pariente vuestro como vuestro abuelo Sancho Goiñez; entonces sabreis cuán noble, y cuán dama, y cuán rica es la señora que os he dado por esposa, señor Manrique de Lara, y cuánto os he favorecido dándoosla: pero terminemos: en esa cámara inmediata teneis preparadas ropas y joyas, habreis menester vestiros vos misma, porque yo no he podido procuraros doncellas: y no extrañeis que yo, antes de partir, no os hable de almorzar, porque para casaros habreis primero de confesar y comulgar, y el casamiento ha de estar hecho antes de dos horas.

IV

En fin, despues de algunas réplicas, convencida Paloma, y sobre todo, vencida por su amor á Lara, entró en la cámara que la habia indicado el Infante.

En ella encontró riquisimas ropas interiores y exteriores, un cofrecito de hierro cincelado, incrustado de oro, lleno de riquísimas alhajas y un gran espejo de acero colgado de la pared.

Todo esto provenia del robo que se habia hecho algunos dias antes al mísero Gloria-Dei.

En cuanto á las armas, los arreos y las

monturas de los escuderos del Infante, eran otra cosa: D. Pedro habia llegado al castillo de los Cuernos del Diablo con su gente armada de aquella manera y de aquella manera montada.

Los pobres trajes de monteros libres habian sido comprados despues.

En cuanto á los nobles trajes de gala que vestian el Infante y Manrique, habian pertenecido á Gloria-Dei.

V

Para Paloma aquellas ropas y aquellas alhajas eran cosas completamente nuevas.

Y sin embargo, se las vistió como si las hubiera vestido toda su vida.

Apareció, en fin, deslumbrante, magnífica.

Trasformada en una gran dama, mejor dicho, en una reina, y en una reina hermosísima.

Llevaba tres magníficas túnicas, la una sobre la otra, y más cortas sucesivamente.

La una, la más larga, de un admirable tejido de lana de Oriente, de color rojo, con orla igual y riquísimamente bordada de oro y plata.

La segunda, de un admirable damasco azul, profusamente bordada de oro.

La tercera era una especie de sobretodo de brocado blanco.

En la cabeza, sobre los ricos cabellos, mostraba una diadema de esmeraldas y rubíes.

En la garganta, un largo collar de múltiples vueltas de gruesas perlas, que caian sobre el pecho, sosteniendo una cruz de diamantes.

Sobre las manos, ricos brazaletes de esmeraldas y rubíes.

Por último, apretándole el esbelto talle un rico cinturon con magníficas caidas tambien de esmeraldas y rubíes.

Estaba admirable.

Como hemos dicho, resplandecia.

Nadie en ella hubiera sospechado á la pastora.

VI

—¿Qué es eso, dijo el Infante viendo un bulto que era una especie de envoltorio que Paloma mostraba debajo del brazo.

—Son mis ropas, dijo la jóven, yo no quiero abandonarlas.

—Vos no volvereis á vestirlas, mi hermosa y querida parienta, dijo el Infante.

—Las conservaré como un recuerdo.

Y Paloma miraba de una manera inmensa á Lara que la contemplaba pálido de emocion, de impaciencia y de asombro.

—Partamos, dijo el Infante.

—Y avanzándose á la balaustrada de la galería, hizo una señal.

Inmediatamente retumbó el toque de una trompeta de guerra.

Se oyó á seguida ruido de armas producido por los escuderos que cabalgaban.

—Dejad, dejad ese envoltorio ahí, doña María, dijo el Infante á Paloma: los hombres que se quedarán guardando el castillo, cuidarán de eso como de lo otro que aquí se queda.

Y el Infante tomó el lio y le metió en la cámara donde se habia vestido Paloma.

Despues de esto bajaron.

Los veinte escuderos estaban formados en una fila en el patio, teniendo en el centro el negro y lúgubre estandarte.

A la cabeza de la fila habia dos trompeteros.

Todos ellos tenian un completo é imponente aspecto militar.

Otros dos escuderos que debian quedarse guardando el castillo, estaban con sus rudos trajes de Monteros libres, y tenian de la mano dos magníficos caballos encubertados de gala.

En el uno montó Lara, y luego el Infante puso sobre el arzon á su prometida.

Luego montó D. Pedro.

Inmediatamente la gran puerta del castillo se abrió, y salió por ella la cabalgata.

Los dos trompeteros iban muy delante tocando una marcha de guerra.

Detrás el Infante y Lara y Paloma.

A alguna distancia detrás, los veinte hombres de armas con el estandarte.

Algun pastor que veia esto desde las breñas, exclamaba:

—Gracias á Dios que se vá esa plaga.

VII

Apenas habian salido del castillo y empezado á descender con lentitud por la áspera pendiente, se oyeron algunos fuertes graznidos.

Paloma miró, y vió que Arrogante se lanzaba en el espacio desde lo alto de la torrecilla, donde tenia su nuevo nido.

El valiente animal, describiendo en la altura grandes círculos, siguió á la cabalgata.

Y vió que al cabo de algun tiempo llegaba á una rambla.

Y que por esta rambla los caballos iban mucho mas de prisa.

Y que al fin salian á un camino.

Y que entónces corrian.

Y que llegaban al fin á una antiquísima y fuerte abadía situada en un valle de la montaña, y entraban en ella.

De esto hubiera podido juzgar Arrogante si hubiera tenido razon.

Pero su instinto la hacia seguir á Paloma, y la seguia como el perro sigue á su amo.

Arrogante siguió describiendo círculos á una inmensa altura sobre el monasterio.

VIII

Todos los monjes habian acudido sobresaltados al oir el estruendo de las trompas de guerra.

Pero cuando vieron que al frente de la gente venian dos señores con trajes de gala, y una dama, y sobre todo que la gente era poca, y que con sus servidores y amparados de sus muros podian defenderse, se tranquilizaron.

Sin embargo, se observaron ciertas formalidades militares, porque en aquellos tiempos de hierro, y sobre todo, de bandos civiles, las abadías situadas en el campo estaban montadas en pié de guerra.

Cuando preguntaron al Infante quién era, respondió:

—Un caballero de los buenos de tierra de España, que necesita se le dé hospedaje con su gente, y luego hablar en confesion al Prior de esta santa casa.

Inmediatamente fueron admitidos.

Poco despues el Infante confesaba en una oscura capilla de la iglesia con el Prior, que era un respetable anciano, y le escuchaba con asombro.

La confesion duró mas de dos horas.

Entre tanto, Paloma, Lara y los escuderos, permanecieron en la hospedería.

IX

Cuando el Infante hubo terminado su confesion, apareció con él, y tratándole con un gran respeto, el Prior.

Por órden de éste, repicaron las campanas del monasterio.

Se trataba de los desposorios de dos personas ilustres.

El nombre de la novia y el de su prometido se mantenian en secreto por razones que el Prior guardaba en su conciencia.

Y así se expresó en la partida, despues de que aquellos desposorios fueron celebrados.

Pero en aquel documento constaba:

Que el Sr. Manrique de Lara, Montero de Espinosa que habia sido del señor Rey D. Sancho el IV de Castilla, habia contraido enlace por ante la Santa Iglesia Romana, con una nobilísima señora, de orígen secreto, conocida con el nombre de María de la Paloma, pastora, hija de Mencía Goiñez, nieta de Sancho Goiñez, rabadan de cabras en el Monté del Pardo: pero, que por la parte del padre, pertenecia á una tan ilustre familia, que convenia que por entónces esto quedase en secreto.

Que la verdadera partida, con los verdade-

ros nombres de la esposa, quedaba en poder del Prior de la abadía de Jerónimos del Sagrado Corazon, bajo sigilo de confesion, así como el nombre del padrino de estas bodas.

X

Por último, y despues de haber dejado una fuerte limosna para los pobres de la comarca, los desposados, el Infante y sus gentes partieron, tomando la direccion de la villa de Cercedilla.

Pero despues de haber comido opíparamente en el monasterio, cuyo noble Prior no quiso dejar de obsequiar á sus nobles huéspedes.

Era la caida de la tarde, cuando nuestros viajeros llegaron á Cercedilla, y asombrando al pueblo con su lujo, se metieron en el castillo de la rica-hembra.

Arrogante tendió entónces el vuelo para volver á su nido, atrapando de paso una desdichada liebre que se volvia á su cama, y cuyas entrañas sirvieron de cena á los hijuelos de Arrogante.

CAPÍTULO XVI.

DE COMO EL INFANTE ERA DEMASIADO IMPACIENTE.

I

Doña Sol recibió admirablemente á sus huéspedes; pero despues de haber acomodado á Paloma, cuando se quedó sola con el Infante le dijo:

—¡Qué imprudencia, amigo mio! os habeis venido á Cercedilla vistiendo ropas que conocen los de la villa y los criados de mi casa como pertenecientes á Gloria-Déi, y que saben nos fueron robadas.

—Pero sabrán tambien, porque vos lo direis, que vuestro amigo el Infante de Navarra D. Pedro de Agramunt, rescató ese robo y os lo en-

tregó, y que vos habeis donado esas galas y esas alhajas á vuestro amigo, que ha hecho uso de ellas.

—Se ha encontrado esta mañana, allá á lo largo del torrente, en un cañaveral, el cuerpo destrozado de Ruy Perez.

—Mejor, ese era uno de los ladrones.

—¡Sois terrible, señor Infante!

—Pues falta aún: es necesario que proveais de cuanto necesite para presentarse en la córte como una gran dama de alto linaje á mi parienta doña María de la Paloma: es necesario que vos la acompañeis.

—No tengo inconveniente: ¿y cuándo?

—Cuanto antes: entretanto el señor Manrique de Lara y yo, que estamos bajo la cólera de su señoría el Rey, permaneceremos escondidos en la sierra hasta que vos, es decir, por vuestros buenos oficios, seamos declarados inocentes por el Rey; despues de esto, señora, yo me encargaré de que el Rey restablezca la buena memoria de vuestro padre, injustamente muerto en Alfaro, esto es, asesinado, y de que se os restituyan los castillos, feudos, señoríos, pechos y derechos que vuestro padre poseia y que le fueron confiscados: ¿cómo quereis que no me interese por vos y por vuestros acrecentamientos, si con lo que poseis ya de vuestro pariente y esposo Gloria-Dei, con lo que fué de vuestro

padre y que se os restituirá, y con mi infantazgo de Navarra y mis estados de Castilla, que nos serán devueltos, nuestros hijos se encontrarán un dia los mejor heredados de Castilla?

II

Púsose doña Sol encarnada hasta en el blanco de los ojos, los bajó, y luego, involuntariamente los alzó y lanzó sobro los ojos del Infante una de esas miradas de amor de la mujer amada que hacen durante un momento un sér glorioso del hombre que las goza.

—Está visto, dijo el Infante con su proverbial audacia, que vos habeis nacido para mí y que yo he nacido para vos; esto es indudable: cuando se encuentran dos que han nacido para vivir en uno, importan poco las diferencias de edad y de hermosura: apostaria á que os parezco yo, sin serlo, un arcángel.

El Infante desplomaba toda su experiencia sobre la enamorada jóven.

El aliento de doña Sol, ardiente y poderoso, se oia.

—¡Os adoro! dijo al fin en uno de esos momentos en que la mujer atropella por todo para decir lo que siente.

—Y bien, dijo el Infante, yo os adoro tambien; no sé por qué, pero os adoro: oid, señora de mi alma: no hay mas que un amor; pero hay

muchas cosas que se parecen al amor, que se confunden con él; pero cuando verdaderamente se ama, se comprende que todo lo que antes habíamos creido amor era mentira: no dudamos de ello; en el amor verdadero se encuentra todo lo que un hombre puede desear y esperar en una mujer, y todo lo que una mujer puede anhelar en un hombre: el cuerpo y el alma, lo presente y lo porvenir, la eternidad: cuando se ama así se sufre demasiado, se siente un hambre horrible de felicidad, y yo soy muy poco sufrido, muy vehemente: vos tendreis un respetable capellan, señora mia.

—¿Qué quereis decir? exclamó doña Sol sobrecogida por aquella salida del Infante.

—Digo que no quiero sufrir hambre por vos; y que busco los medios santos y legítimos de saciar esa hambre.

—¿Pero estais en vos? dijo turbada doña Sol, porque para ella la proposicion era demasiado incitante: aún no hace diez dias que ha muerto el que todos creian mi marido, ¿y ya quereis que me case? Debeis tener el carácter muy violento, señor Infante.

—Señora Infanta, no me avengo bien á sufrir lo que puedo dominar: yo sé que no teneis más voluntad que la mia.

—¡Oh! ¡qué jactancia!

—Deseais tanto por lo menos como yo ese

casamiento, que se hará... dentro de una hora.

—¿Estais seguro? preguntó procurando mantenerse firme doña Sol.

—Segurísimo.

—¡Pero qué violencia de pasiones, señor!

—Así me ha hecho Dios, y á esa violencia de pasiones debo mis largas, mis terribles desgracias; ya podeis juzgar: yo amo á mi sobrina María de la Paloma; yo llegué á averiguar dónde paraba aquel pastor á quien en un dia terrible confié mi hermana, y que la hizo su esposa: por la nieta de mi hermana únicamente he venido á Castilla; la conocí y la amé.

—¿Y cómo no se os ocurrió salirla al encuentro, hablarla, haceros amar de ella y tomarla por esposa? dijo con el acento de los celos mal encubiertos, doña Sol.

—Porque la amo como hija, no como mujer: al encontrarla la encontré enamorada de un hombre, que por fortuna, es un buen caballero y rico, y que más afortunadamente aun, al conocer á mi sobrina, se enamoró locamente de ella.

—¡Oh! esa señora es un prodigio de hermosura y al parecer de virtud; yo no creí que pudiese haber una mujer tan hermosa sobre la tierra.

—Vos sin duda, señora, no teneis espejo, ó no acostumbrais á miraros en las fuentes, ni

en los ojos de un hombre amado, ó sois inocente y modesta como una tórtola.

—¡Callad! ¡callad! que sois un demonio, exclamó completamente aturdida doña Sol; me estais volviendo loca, y no debeis hacer eso; eso no es tratarme como amigo.

—Eso es tomar lo que me pertenece, señora mia; pero volviendo á mi sobrina y á mis impaciencias, habeis de saber que en el momento en que me convencí de que los dos jóvenes se morian el uno por el otro, y que el uno para el otro habian nacido, porque no sufrieran los casé, aunque aún no hace tres dias que se conocen. Sabiendo lo que yo hago por los demás, podeis comprender lo que yo seré capaz de hacer por vos y por mí mismo, que aunque no hay un dia completo desde que nos conocemos, nos amamos ya como si nos conociéramos desde hace cien años.

—Vos teneis la culpa, porque en una hora andais más, á lo que yo creo, en el amor, que otros en cien años.

—Por lo mismo concluyamos de una vez este negocio.

—¿Pero, qué dirá el mundo?

—Nada, porque este casamiento será secreto.

—¿Y qué dirá el buen licenciado Santos Fructuoso, mi capellan?

—¿No es ese buen licenciado vuestro confesor?

—Ciertamente.

—Entonces debe conocer vuestros secretos.

—Sí por cierto.

—Para él, pues, vos no habeis sido la mujer del difunto, sino la hija.

—Ciertamente.

—Nada puede, pues, extrañar el capellan; le diremos además que hay de por medio grandes intereses; le confiaremos quién soy yo.

—¡Ah! ¡nó! ¡nó! exclamó doña Sol vencida ya completamente.

III

El Infante se levantó, fué á la mesa donde habia una campanilla y la agitó.

Presentóse una doncella.

—Hacedme la merced, jóven, dijo el Infante, de decir al señor capellan que la señora le suplica que venga.

Doña Sol no se atrevió á contrariar esta órden.

La doncella se retiró.

Poco despues entraba en la cámara un venerable sacerdote.

El Infante, bajo reserva, le manifestó quién era.

Le reveló que porque Dios lo habia querido,

y estando libres del corazon ambos, doña Sol y él se amaban.

Le encareció la necesidad que tenia de alejarse de los lugares en que estaba la córte, y que convenia mucho que ántes de alejarse se concluyese su matrimonio con doña Sol, cuyo matrimonio seria secreto, y no se daria conocimiento de él al mundo hasta que fuese oportuno.

Acabó por fin pidiéndole su dictámen.

El sacerdote meditó durante algun tiempo.

Al fin dijo:

—¿Jurais á Dios sobre vuestra alma, caballero, que teneis irremisiblemente que apartaros de aquí, y que es de todo punto necesario vuestro casamiento con la señora doña Sol?

—Lo juro.

—Pues bien, siendo secreto este casamiento, y no habiendo existido matrimonio verdaderamente dicho entre doña Sol y su difunto esposo, creo que este casamiento puede realizarse.

—¿Lo creeis, padre mio? dijo doña Sol.

—Sí, puesto que sois libre, señora: dijo el eclesiástico que amaba como un padre á doña Sol, y que queria enlazarla con un Infante, siquiera fuese proscripto.

—Pues cuanto antes, señor mio, cuanto antes, porque yo tengo que partir esta misma noche.

IV

Doña Sol, sin saber lo que la pasaba, pareciéndola un sueño, se casó pocos minutos despues en su oratorio con el Infante D. Pedro de Agramunt, sirviéndoles de testigos dos viejos servidores de confianza.

Esto parece un poco violento: pero así lo encontramos consignado en los viejos papeles que nos sirven de guia para escribir esta verídica historia.

Además de que las mujeres solo necesitan de algunos instantes y de algunas palabras para volverse locas cuando dan con un hombre... y cuando una mujer se vuelve loca... llega, no digamos á lo violento, sino más aún, á lo que no es creible.

. . . . . .

V

Aquella mañana, poco despues de amanecer, el Infante decia á su mujer, que se habia levantado y paseaba con él por una galería aislada que daba sobre el parque del castillo:

—Oid lo que vais á hacer, señora mia: en el momento en que hayamos partido Manrique de Lara y yo, que será dentro de dos horas, vos dispondreis la marcha con doña María á la córte.

—Pero me habeis dicho que por lo que ha hecho el Rey se conoce que la ama.

—Pues mejor, alucinadle.

—¿Qué decís?

—Que para usar de los tiranos se necesita de la astucia: María es inteligente, ama con toda su alma á su marido, y ella sabrá lo que debe hacer.

—¡Pero es ponerla en un peligro inminente si la deslumbran los amores del Rey!

—No, no la conoceis. María dará al Rey una leccion muy dura.

—En fin, dijo doña Sol; lo mandais, sois mi marido y debo obedeceros; partiremos hoy mismo.

—Haced que su hermosura brille cuanto pueda brillar: vos no podeis dar saraos ahora por vuestro luto... todos os creerán viuda; pero llevad á María á todas partes, á la iglesia, al paseo, á la córte; menos ahí, á donde no puede ir una viuda; esperad, el Rey no tardará en buscaros; es necesario que acabe la situacion en que se encuentra Manrique de Lara: es necesario que llegue un dia en que María sea reconocida; en cuanto á mí, todo me importa nada; hace treinta años que vivo á salto de mata, con breves intérvalos de descanso, y no han podido dar conmigo de bruces.

—Pero si á vos no os importa nada lo vues-

tro, á mí sí porque os amo, porque sois mi marido.

—Pues con ser vos mia, señora, me basta; y si no fuese por María, por esa pobre hija para quien su amor es una vida, yo, con lo que pudiéramos llevarnos vuestro, que seria lo bastante, me iria con vos á Francia ó á Inglaterra á vivir tranquilos.

—¿Y por qué no irnos todos? yo soy muy rica, yo tengo los tesoros que ha acumulado el avaro Gloria-Dei.

—Nosotros podemos disponer de nosotros mismos, pero no de los demás; María tiene una gran fortuna que no debemos quitarla: haced lo que yo os digo, llevadla á la córte, haced que la vea el Rey.

—La llevaré.

—Ahora, señora, adios; voy á buscar á Lara y me lo llevo.

—Me dejais con el alma triste: ¿cuándo os volveré á ver?

—Esta noche.

—¡Esta noche! ¡pero esta noche estaré yo en Madrid!

—¿Y qué importa? iré á Madrid á veros; estad atenta á la media noche.

—¿Y si os sobreviene alguna negra aventura?

—No temais, el diablo es mi amigo.

—¿Pero no decís que si el Rey os coje os va la cabeza?

—El Rey no me cojerá.

—La calle de Pero-Gil, donde yo tengo en Madrid mi casa, es muy concurrida de rondadores, porque en ella viven muy hermosas damas.

—No importa, habrá dos rondadores mas.

—¡Dos!

—Sí por cierto; ¿pues no comprendeis que como vos quereis verme esta noche, querrá ver á su marido María?

—En fin, haced lo que querais, porque sois incorregible; yo no podré hacer mas que ofrecer un manto de oro á Nuestra Señora de la Antigua para que todo os salga bien.

—Sí, sí, ofreced á la Vírgen cuanto querais, porque como sois buena y pura, yo creo que la Santísima Vírgen os oirá: ofreced tambien algo por mí á Jesucristo Crucificado: pero, adios, que ya sale el sol, y voy á apoderarme de Lara y á llevármelo.

Y el Infante abrazó á su mujer y la besó en la boca porque nadie los veia, y escapó.

VI

Dos horas despues, el Infante y Lara, que habian tenido una tiernísima despedida con María, salieron de Cercedilla con su gente.

Llevaban trajes infinitamente mas modestos, pero siempre de caballeros principales y ricos.

Los veinte escuderos llevaban sus armas de guerra, pero el estandarte lúgubre se habia quedado en el castillo sin duda para no llamar la atencion.

Al descender al camino, para tomar una trocha y meterse en lo mas áspero de la sierra, en direccion al castillo de los Cuernos del Diablo, Lara reparó en que el Infante tenia levantado el semblante al cielo en una posicion violenta.

—¿Por qué mirais á las nubes? dijo Lara, buscais algun presagio en ellas?

—No, vive Dios, estoy mirando á Arrogante que se cierne ahora en el quinto cielo sobre Cercedilla, ¿no la veis?

—No, por mas que miro.

—Aguzad bien la vista, es un pequeñísimo punto negro.

—¡Ah! ¡sí! ¡ya la veo! ¿sabeis que es maravilloso lo encariñado que está ese animal con mi María?

—Las águilas son muy inteligentes, y todos los animales, aun los mas bravos, como las águilas, se encariñan con el que les hace bien; ¿no sabeis que durante las largas nevadas, los grandes frios, cuando las pequeñas bestiezuelas del campo no se atreven á salir de sus ma-

drigueras, cuando las palomas no dejan sus palomares, cuando las gallinas permanecen en los gallineros, las águilas pasan hambres y no tienen nada con que satisfacer á la cria de invierno? apostaria á que Paloma ha llevado de comer á Arrogante en tales ocasiones.

—Es posible, porque la quiere mucho.

—Pues ved ahí todo: ahora vamos á ver si vos sois tan buen montero ó tan buen cetrero como decís; ¿afirmaríais vos que os atraeríais á Arrogante?

—Está muy lejos, muy alta, y no puede oir mi reclamo.

—Las águilas tienen tan perspicaz el oido como la vista.

—Veamos, pues, dijo Lara.

Lara se metió dos dedos en la boca y produjo una especie de graznido plañidero, como, en fin, el reclamo de un águila macho á su hembra.

—¡Qué diablo! dijo el Infante: antes de reclamar debíais haberos escondido debajo de una maleza que no os viera: Arrogante no vendrá aunque lo haceis bien, tan bien como yo.

—¡Que no vendrá! exclamó Lara que miraba al cielo: pues ved, Arrogante se viene sobre nosotros.

—En efecto, Arrogante habia determinado una línea espiral: descendia rápidamente, y po-

co despues se dejaba caer sobre una peña á muy poca distancia de los dos caballeros.

—Pues es que nos conoce, dijo con asombro el Infante, es que nos alcanza la virtud que sobre Arrogante tiene María.

Aun no habia acabado de decír D. Pedro estas palabras, cuando Arrogante estaba sobre su hombro.

—¡Magnífico! dijo el Infante; antes éramos dos, ahora somos tres.

—¿Qué quereis decir?

—Nada, ya vereis algun dia.

Y envolviéndose la mano en un pañuelo para que no le lastimasen las garras de Arrogante, le presentó el puño.

Arrogante se puso sobre él como si hubiera sido un halcon.

—Esperad, esperad, dijo el Infante, ya no me asombra lo que sucede: Arrogante tiene hábitos de ave de cetrería, ha sido alguna vez de alguien que la ha usado como si hubiera sido un halcon: sí, sí, mirad, le ha crecido la parte inferior del pico, se conoce sin dudar que hace tiempo lo ha tenido cortado: y mirad aun en las patas las señales de las calzas: sí, sí, no hay duda: ¿pero quién puede haber tenido el capricho de cazar con un águila real?

—El Rey D. Sancho tiene algunas en su halconera.

—¡Ah! pues seria de ver que esta hubiese pertenecido al Rey; ¿qué dices tú de eso, Arrogante?

El águila esponjó su pluma.

—Vaya, bien: no te entiendo, hija, pero pesas mucho y no te sufro mas, adios.

Y acariciándola, levantó la mano, la abatió de repente y lanzó en el espacio á Arrogante, que se elevó bien pronto tomando la direccion de Cercedilla.

CAPÍTULO XVII.

DE COMO EL REY DON SANCHO EXCITADO POR SUS PASIONES SE OLVIDABA, NO SOLO DE LA PRUDENCIA, SINO TAMBIEN DE QUE ERA CRISTIANO.

I

Pasaron mucho dias.

El Rey nada habia sacado en claro respecto á Paloma.

El Prior de los Benitos de San Juan Evangelista vivia aún, pero estaba muy viejo y habia perdido de todo punto la memoria.

El emisario que el Rey habia enviado con un largo pergamino para el Prior, tuvo que volverse con él, porque le dijeron que el buen prelado era ya un cadáver viviente.

El Rey recobró la carta cerrada como la habia enviado.

En cuanto á la carta que le habia entregado Sancho Goiñez nada se sacaba en limpio.

Aquella carta se reducia únicamente á dar á Sancho Goiñez noticia del lugar en donde encontraria una fuerte cantidad que debia constituir la fortuna de María de la Paloma, y á encargarle cuidase mucho de ella, porque en su dia debia ser una gran persona.

Llamó el Rey á los mas viejos secretarios que habian andado en la córte, y les mostró la carta para ver si por su letra daban con la mano que la habia escrito.

Pero con gran cólera suya nada pudieron decirle los secretarios.

Hubo uno al fin que le dijo:

—El Sr. Gervasio de Mal-Puerto era un hombre que conocia las escrituras de todos los que sabian escribir en Castilla; pero desgraciadamente el Sr. Gervasio murió hace quince años cuando ya habia contado sus ciento.

—Eso no importa, dijo el Rey: ¿se sabe dónde está enterrado el Sr. Gervasio de Mal-Puerto?

—Sí señor, en la bóveda de Santa María la Real, y con su lucillo, y en él su nombre, porque era hombre rico y hasta en la sepultura quiso aparecer bien portado.

—Basta, dijo el Rey, idos.

Salieron todos los secretarios muy curiosos porque no sabian qué era lo que el Rey queria hacer con el difunto Gervasio Mal-Puerto.

II

Envió el Rey á preguntar al abad de Santa María la Real, si en efecto en la bóveda de la Iglesia existia la sepultura del Sr. Gervasio Mal-Puerto, y el emisario vino con la contestacion de que allá, en un oscuro rincon de la bóveda, se encontraba la sepultura del tal secretario, y que era de presumir que en ella se encontrase su cuerpo, porque de los libros de la iglesia resultaba.

El Rey, entónces, envió á la Morería, á buscar á un judío que se llamaba Ananías Cleofás, que era médico y astrólogo, y sobre todo usurero.

III

Venido el judío ante el Rey, este le preguntó:

—¿Pueden hablar los muertos?

—Indudablemente, señor, si Dios quiere.

—¿Y los muertos pueden leer?

—Indudablemente, señor, si quiere Dios.

—¿Y pueden conocer por la letra la mano que ha escrito la carta que lean?

—Indudablemente, señor, siempre mediante Dios.

—¿No hay una ciencia que haga obedecer á los muertos?

—Sí señor, la nigromancia.

—¿Y vos sois dueño de esa ciencia?

—Sí señor, como que conozco la astrología judiciaria, y en esa ciencia están encarnadas las otras de la geomancia, de la quiromancia y de la nigromancia.

—Quiero que hable un muerto.

—Antes, señor, será necesario levantarle figura y preguntarle si quiere hablar.

—Pues levantádsela, preguntádselo y volved.

IV

A las dos horas volvió el astrólogo y dijo:

—He levantado figura al muerto, Señor, y me ha respondido.

—¿Y cómo habeis podido levantar figura, juro á tal, dijo el Rey, á un muerto á quien no conoceis, porque yo me he olvidado de deciros el nombre que tuvo en vida?

—No seria yo sábio si no supiera su nombre.

—¡Ah! ¿sabeis cómo se llamaba el muerto á quien yo quiero que pregunteis?

—Sí, poderoso y magnífico señor: se llamaba el señor Gervasio Mal-Puerto.

Miró con asombro el Rey al judío, y no dudó ya de que era un sábio portentoso.

—¿Y qué os ha respondido el muerto?

—Como los muertos responden siempre la verdad, señor, y hay verdades que no pueden decirse sin gran peligro á los poderosos, yo no me atrevo á decir lo que el muerto ha dicho.

—Decidlo, porque no es á vos á quien escucho, sino al muerto.

—Y bien, señor, dijo el astrólogo, ¿me jurais que no me parará perjuicio si os digo lo que el muerto ha dicho?

—Os lo juro y os empeño mi real palabra de que ningun daño os vendrá por mucho que me ofenda lo que me digais de parte del muerto.

—Pues bien, señor, el ánima maldita del señor Gervasio Mal-Puerto, que se ha condenado porque fué un ladron y un malhombre, ha dicho que responderá, pero que no vaya á preguntársele á la Iglesia, porque aquel es un lugar sagrado y no puede responder á las preguntas que se le hagan, porque será para un asunto deshonesto.

Púsose fuertemente encarnado el Rey.

—¿Para un negocio deshonesto? dijo.

Y le temblaba la barba de cólera, y se le habian encrespado los cabellos.

—¿Qué respeto quereis que tenga á un rey, señor, un malhombre que se ha condenado por

sus torpes y nefandos hechos? contestó humildemente el judío.

—Teneis razon, teneis razon, dijo el Rey dominándose; los muertos no son nuestros vasallos.

—Y dice el malnacido, añadió el judío, que lo que vos deseais, señor, es tener noticias sobre cierta dama que ha venido recientemente á la córte, que ha asombrado á todos con su hermosura, que se llama doña Paloma, y que dicen es nieta de un rústico, de un pastor de cabras.

No tuvo ya duda el Rey de que el judío era un mago, y sintió cierto respeto por aquel miserable.

—¿Y no ha dicho mas el muerto? preguntó con ánsia el Rey.

—Sí, sí, señor, ha dicho que Vuestra Señoría adora á esa dama, y de tal manera que, si Vuestra Señoría no estuviese casado, se casaria con ella.

—¿Y no os ha dicho mas? añadió el Rey que de momento en momento sentia mas respeto por el sábio.

—Ha dicho que no hablará mas, sino cuando vos mismo le pregunteis.

—¡Qué! exclamó el Rey palideciendo letalmente: ¿he de hablar yo con un muerto?

—Y qué, señor, dijo sonriendo servilmente el astrólogo, ¿no os llaman D. Sancho el Bravo?

—Teneis razon, dijo D. Sancho, y no solo preguntaré á ese muerto, sino que preguntaria al infierno entero.

—¿Y cuándo quereis hablar á ese muerto, señor, á fin de que yo prepare todo para evocarle?

—Cuanto antes.

—¿Quereis esta noche?

—Sí.

—Pues bien, esta noche á la mitad de ella.

—¿Y dónde?

—En las ruinas de Maudes.

—Pero ese es un lugar maldito donde tienen las brujas su conventículos.

—El muerto ha dicho que no acudirá á otra parte.

—¡Iré! dijo con firmeza el Rey.

—Pero ved, señor, que habeis de ir solo, sin mas compañía que yo, que soy necesario para la evocacion, porque el muerto no quiere que haya testigos.

—Pues bien, dijo el Rey, estad antes de la media noche en el campo del Moro, á donde yo iré á buscaros.

—Estaré, señor.

—Tomad é idos.

Y el Rey arrojó un pesado bolsillo lleno de oro al judío.

Este tomó el bolsillo, se postró y salió.

Aquella noche el Rey solo y encubierto, y

sin que nadie lo sintiese, salió por un muro secreto del Alcázar.

Llegó al Campo del Moro, y á poco que anduvo por él, encontró un bulto que se le acercó.

Era el judío que se dió á conocer al Rey.

Poco despues entrambos tomaron el camino de Maudes.

CAPÍTULO XVIII.

EN QUE TUVIERON OCASION DE HACER UN GRAN SERVICIO AL REY EL INFANTE Y EL MONTERO.

I

Caminaban aquella noche muy de prisa hácia Madrid el Infante D. Pedro y Manrique de Lara.

Sabian que á la media noche debian estar esperándoles impacientes sus esposas.

Al pasar, bien entrada la noche, por un ventorrillo á tres leguas aun de Madrid, le dió en las narices al Infante, que se sentia con apetito, el olor incitante de un guiso de liebre, ó tal vez de gato.

Esto no obstante, D. Pedro se detuvo y dijo:

—¿Sabeis, señor sobrino, que huele muy bien?

—Por bien que huela, dijo Lara, nunca será tan buena la vianda de ese ventorrillo, tal como la que nos tendrán prevenida nuestras esposas.

—¿Si creereis vos que teneis mas impaciencia por veros entre los brazos de mi sobrina que yo por verme entre los de mi doña Sol? pero ya sabeis aquel adagio castellano que dice, que por oir misa y dar cebada, no se pierde la jornada; entremos, entremos y gustemos de esa liebre y del pardillo que por aquí se vende y que es esquisito.

Y encaminó su caballo al ventorrillo.

Manrique hubo de resignarse á entrar, y despues á esperar una hora larga que empleó en satisfacer su apetito y su sed el Infante.

II

Al fin salieron, no sin gran contentamiento de Lara, porque era ya muy tarde.

—Tenemos encima la media noche, dijo Lara; y cuando vean que tardamos creerán que nos ha acontecido alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia ha de sucedernos? nadie nos conoce.

—Ya sabeis que tanto vuestra esposa como la mia no viven de sobresalto por nosotros.

—La culpa la tiene doña Sol; yo no sé para qué se ha ido á vivir á Madrid.

Decia esto el Infante, porque doña Sol no habia querido aproximar al Rey y á Paloma.

Lara no podia comprenderlo.

No estaba en antecedentes.

III

Al llegar á cierto punto del camino el Infante dijo:

—Cortemos por esta trecha; se adelanta por lo menos una hora de camino.

Y siguieron al galope largo porque la noche era algo clara y lo permitia.

—Vamos, dijo al cabo de algun tiempo el Infante; ya estamos cerca de Madrid: ganemos el camino de Fuencarral para dejar en el parador del Manchego nuestros caballos.

De improviso Lara refrenó el suyo.

—¿Por qué os deteneis? preguntó el Infante.

—El viento me ha traido gritos de alguien que pide socorro de una manera desesperada: esperad... ¿oís?... otra vez los gritos.

—En efecto, suenan hácia el camino de Chamartin.

Lara no le contestó.

Habia terciado su lanza y habia lanzado su caballo al escape hácia el sitio donde resonaban los gritos.

IV

A medida que se acercaban, los gritos se hacian mas perceptibles y los acompañaban el crugimiento de muchas espadas.

Al fin los dos caballeros oyeron distintamente estas voces:

—¡A mí! ¡asesinos! ¡traidores! ¡á mí! ¡al Rey!

—¡Cuerpo de Cristo! exclamó el Infante espoleando su caballo como Lara, que yo debia dejar que matasen á mi real enemigo; pero eso no cabe en mi sangre.

Y á vueltas de este generoso pensamiento gritó con voz de trueno:

—¡Teneos, señor, teneos firme, que allá va á salvaros quien menos esperais!

Y poco despues estaban sobre un grupo de hombres que estrechaban á otro que se defendia como un tigre contra el negro paredon de una casa arruinada.

Muy pronto Lara y el Infante mataron dos de aquellos hombres de dos botes de lanza, y como menudeasen las lanzadas, pusieron en fuga á los asesinos.

Quedó un hombre solo delante de los dos caballeros.

La luna, aunque menguante y débil, iluminando su semblante dejaba reconocerle.

Aquel hombre era el Rey D. Sancho el Bravo.

El Infante se habia quedado solo delante de él porque Lara se habia lanzado en persecucion de uno de los criminales.

Aquel hombre, viendo que no podia escapar del caballo de Lara, se detuvo, se arrodilló y exclamó:

—No me mateis, por Dios, que yo puedo revelar grandes cosas.

Aquel hombre era el judío Ananías Cleofás.

Lara desmontó del caballo y le tomó prisionero.

A los otros era imposible seguirlos.

Se habian perdido entre las brumas de la noche.

Entretanto habia pasado entre el Rey y Don Pedro la escena siguiente.

El primero se habia arrojado del caballo y habia corrido hácia el segundo.

Al acercarse el Rey dió un paso atrás y dijo con acento ronco y terrible:

—¡Cómo! ¿sois vos, Infante de Navarra?

—Sí, yo soy, mi buen primo, que espero que no me hareis pagar todavía el ódio que teníais á la Infanta doña Violante, mi madre.

—Vos hicísteis traicion á mi padre y á mí.

—¡Porque le aconsejé que no cediese á vuestras rebeldías sacrílegas!

—¡Primo!

—Ingrato como siempre, exclamó con un supremo acento de autoridad el Infante: acabo de salvaros la vida y todavía os acordais de vuestros injustos rencores.

—Vos no sabíais que me salvábais.

—¡Sí, pardiez! porque antes de que yo llegase gritábais con toda vuestra fuerza: ¡á mí! ¡al Rey! yo en cambio no me he acordado en este momento de que si no escapo milagrosamente de Alfaro favorecido por Dios, allí me quedo víctima de vuestra ira, como se quedó nuestro tio D. Lope Diaz de Haro: pero callad, que aquí viene quien me ha ayudado á salvaros, con un preso.

V

En efecto, se acercaba Lara trayendo asido por el cuello al judío que gemia.

—¡Ah! ¡Manrique de Lara! exclamó el Rey reconociéndole: ¡otro traidor!

—Otro que os ha salvado: ¿qué hubiera sido de vos sin nosotros, señor Rey D. Sancho? exclamó severamente el Infante D. Pedro: lo que fué de aquel otro D. Sancho II, vuestro abuelo, apellidado tambien el Bravo, en el postigo de Zamora, bajo la traicion de Vellidodolfos.

Se estremeció el Rey.

Permaneció algunos momentos con la cabe-

za inclinada sobre el pecho, y luego dijo estendiendo la cruz de su espada hácia su primo el Infante D. Pedro:

—¿Jurais vos Infante-primo, que jamás habeis tenido intencion de serme desleal?

—Lo juro, señor, dijo el Infante: solo infames calumniadores han podido haceros creer que yo os habia hecho traicion.

—Mirad que os oye Dios, y que á Dios no se le engaña, dijo severamente el Rey.

—Lo juro cien y cien veces, repitió con voz firme el Infante y con la mano estendida sobre la cruz de la espada del Rey.

—Pues bien primo, dijo D. Sancho; siendo así, yo os vuelvo mi amistad y os demando me perdoneis por haber dado oidos á calumnias de vuestros enemigos.

—Mejor os perdonaré si me devolveis mi hacienda y mis dictados, mi primo y señor.

—No solo os daré lo que teníais en Castilla, sino que escribiré á mi primo el Rey de Navarra para que os vuelva lo que os quitó.

—Vivais mil años, señor, dijo el Infante: pero cuidad que hay aquí otro salvador vuestro.

—Salvador no, dijo Lara, porque toda mi sangre es de mi Rey.

—Y bien, dijo este, yo os perdono y os doy por quito de la muerte de Iñigo Perez de Valenzuela, á quien creo que matásteis con razon,

porque despues de haber muerto he descubierto traiciones de ese miserable contra mí; y en prueba de que os perdono, esta noche me dareis la guardia como mi Montero de Espinosa.

—Os suplico, señor, que por esta noche me dejeis libre, dijo Lara, que se habia arrojado llorando de alegría y de reconocimiento á las plantas del Rey y teniendo aun asido por el cuello al judío.

—¿Qué tanto os importa?

—Me espera mi esposa, señor; estará con cuidado.

—¡Ah! ¿os habeis casado?

—Sí señor.

—¡Sin mi licencia!

—Yo estaba huido de vos cuando me casé.

—¿Con quién os habeis casado?

Se echó á temblar el Infante D. Pedro.

Pero no podia imponer silencio á Lara.

—Con una pobre pastora, señor, que me amparó, dijo Lara.

El Rey no preguntó mas.

Sabia quién era la pastora.

Disimuló por ser consecuente á su grandeza, y dijo:

—¿Y vos os habeis casado tambien, primo?

—Sí señor y sin licencia vuestra, contestó D. Pedro.

—¿Y con quién?

—Eso es un secreto: pero para mi Rey y señor no tengo secretos yo.

—Veamos.

—Con la viuda del rico hombre de Cercedilla Melchor de Gloria-Dei.

—¡Ah! pues poco la ha durado el luto á la viuda: os doy la enhorabuena, primo.

—Os pido tambien para mi esposa, señor.

—¿Y cuál?

—El señor Rey, vuestro padre, hizo matar de mano airada en Ariza y sin razon... ¡sí señor... sin razon! al padre de mi esposa y le confiscó la hacienda: pido que se restaure la buena memoria de aquel buen caballero, y que se den á su hija, mi esposa, los títulos, preeminencias, haciendas y derechos de su padre que de justicia le corresponden.

—Otorgado, contestó el Rey; y vámonos ya de aquí: hace mucho frio, y á mí tambien me espera mi esposa.

—¿Y este hombre, señor? preguntó Manrique.

—Atadle bien fuerte á la cola de vuestro caballo, dijo el Rey; quiero interrogarle yo sólo: aquí veo una traicion infame.

Y el Rey montó en el caballo del Infante D. Pedro, que éste le presentó.

VI

Manrique, á falta de otra cosa mejor, ató

fuertemente las manos al judío con el mismo cordon con que este se ceñia la cintura.

Luego sujetó aquel cordon al arzon de su caballo, é invitó al Infante á que montase en él.

—Pero olvidamos una cosa, señor, dijo el Infante.

—¿Y qué, mi buen primo? contestó el Rey.

—Reconocer á estos tres que se quedan aquí.

Y el Infante señaló los bultos de tres hombres tendidos sobre la tierra á poca distancia el uno del otro, que se veian perfectamente á la luz de la luna.

—Son tres pícaros, señor, gente baja y malvada, que han nacido para la horca.

—¿Y qué otra cosa han de ser los que se atreven á levantar armada la mano sacrílega contra su Rey y su señor? dijo D. Sancho; pero vamos, vamos, primo; vamos, señor Manrique de Lara: tengo ganas de encerrarme con este perro judío.

VII

A poco ganaban el camino real de Castilla la Vieja, y una hora despues llegaban al Campo del Moro y se detenian delante de un postigo del alcázar.

El Rey abrió con llave el postigo y entró.

Manrique, llevando consigo al judío que habia desatado del caballo, y el Infante, que llevaba los caballos del diestro, entraron.

El Rey volvió á cerrar el postigo.

Quedaron completamente á oscuras.

—Dejad ahí los caballos, dijo el Rey, y seguid derechos detrás de mí.

El Infante y Lara, llevando fuertemente asido al judío, siguieron al Rey por el ruido de sus pasos.

—Aquí hay un caracol, dijo el Rey, seguid.

Poco despues ascendian por una escalera en espiral.

Al cabo de ochenta peldaños, se oyó el fuerte rechinamiento de unos goznes mohosos, se abrió una puerta y se dejó ver la luz de una lámpara que pendia de la bóveda de un pequeño recinto.

Por una puerta, al frente, se percibia el reflejo de otra luz: aquella puerta comunicaba con la cámara del Rey.

CAPÍTULO XIX.

EN QUE SE VÉ LA GRAN PROPENSION QUE EL REY DON SANCHO TENIA AL AMOR.

I

El Rey se fué á su mesa, tomó un largo pergamino, y escribió sobre él rápidamente.

El Infante y Manrique, teniendo siempre fuertemente sujeto al judío que temblaba, estaban á una respetuosa distancia.

Tanto los dos caballeros, como el judío, miraban con ansiedad al Rey que escribia, y dejaba ver su semblante perfectamente sombrío.

Cuando hubo acabado, firmó y selló aquel pergamino.

Le apartó y tomó otro.

Escribió sobre él rápidamente, le firmó y le selló.

Tomó luego un tercero é hizo lo mismo.

Entonces dijo á los dos nobles:

—Acercaos: tomad, mi buen primo, hé aquí una carta mia por la que declaro que jamás me habeis hecho traicion; que calumnias han sido las que me han enojado con vos, y que os vuelvo todos vuestros dictados, tierras, heredamientos, derechos, honores y preeminencias, y mi buen agrado y amistad: tomad esta otra carta mia: por ella declaro inocente al padre de vuestra esposa, y doy á esta la herencia que no recibió de su padre porque habia sido confiscada.

—¡Ah señor! exclamó el Infante; debeis estar satisfecho y contento, porque habeis hecho una gran justicia.

—No sé, no sé, dijo el Rey, si alguna vez me habeis hecho traicion.

—¡Señor!

—Pero aunque eso sea, lo que esta noche habeis hecho con Lara, cubre todas las cosas negras que han podido caer sobre vuestra historia: lo mismo os digo, señor Manrique de Lara, no me meto en la razon que pudísteis tener para matar á Iñigo Perez de Valenzuela, pero matándole en mi palacio y delante de mí merecísteis la muerte á que os sentencié: pero nos ha-

beis dado esta noche una muestra de gran lealtad, y os perdonamos, y aprobamos vuestro casamiento con una pastora misteriosa á quien llaman María de la Paloma: id, id: ya sabeis por dónde se sale de mi cámara: para que se os abran las puertas, mostrad las cartas que llevais, ved á mi guarda mayor que no se habrá recogido porque yo no le he mandado aún que se recoja; mañana presentareis esas cartas á mi Canciller, para que las selle, las signe y las mande ejecutar: buenas noches: idos.

El Infante y Lara salieron despues de haber besado la mano al Rey, dejándole solo con el judío, que temblaba como un cordero delante de un lobo.

II

El Rey cerró las puertas y se volvió terrible al judío.

Ananías cayó de rodillas, se tiró contra el suelo, y con el semblante unido al pavimento y estendidos los brazos cuan largos los tenia, exclamó:

—¡Perdon, señor, perdon! las amenazas, el miedo, me arrastraron á haceros traicion: es muy malo, muy perverso, el Infante D. Juan vuestro hermano.

—¡Ah! ¿conque esto viene de mi buen hermano el Infante D. Juan? exclamó con acento cavernoso el Rey.

—Sí señor, dijo el judío, y de otros grandes señores.

—Por ejemplo: ¿uno de esos grandes señores, será mi tio el Infante D. Enrique el senador?

—Sí señor.

—¿Y tú te has atrevido á servirlos contra mí?

—Son poderosos y fuertes.

—¿Y no soy mas fuerte y mas poderoso yo?

—Sí señor, pero Vuestra Señoría no asesina.

—¿Y cómo es que me has engañado? yo te creí un sábio que leias en mi pensamiento.

—Vos me habíais mostrado una carta en que se hablaba de una niña entregada á un pastor, y yo sabia, señor, que os habíais enamorado de una pastora del monte del Pardo: como que se habia contado con que vos, arrastrado por vuestra pasion, hubiérais ido con poco resguardo al monte del Pardo y se hubiese podido armaros una emboscada.

—Bien, bien; la traicion infame acecha siempre, dijo el Rey, y se vale de todos los medios. Bien; pero aguardad: tengo que dar algunas órdenes.

III

Y el Rey se fué á la puerta de la cámara.

—¡Hola! dijo: ¡mi guarda mayor!

Poco despues apareció ante el Rey un caba-

llero atlético, de aspecto rudo y armado de los piés á la cabeza.

—Al momento, dijo el Rey, id á las posadas de los Infantes D. Juan y D. Enrique, prendedlos con todos los servidores que tienen consigo, llevadlos á las torres de la Puerta de Guadalajara, donde los encerrareis separadamente.

El guarda mayor se fué.

El judío, mientras el Rey daba estas órdenes, habia quedado meditando.

Cuando el Rey volvió á él, se pintó en el semblante del judío una decision infinita.

—Señor, dijo atreviéndose á todo: ¿ama mucho vuestra señoría á esa pastora?

El Rey miró con asombro al judío.

Le pareció imposible tanta audacia.

—Y bien, dijo al fin D. Sancho, si yo la amase...

—Si la amárais, señor, yo haria que ella os amara.

—¡Ah! ¡tú harias que ella me amara!

—Sí señor, pero para ello seria necesario que Vuestra Señoría me dejase la vida y la libertad.

—¡Ah! ¡pretendes escapar de mi justicia!

—¡Ah! no señor.

—¡Pretendes engañarme de nuevo!

—Yo daré rehenes á Vuestra Señoría.

—¿Y qué rehenes puedes darme tú?

—Yo tengo una hija doncella muy hermosa, más hermosa, mucho más hermosa que la pastora.

—¿Y bien, qué?

—Yo dejaria esa hija en vuestro poder.

Meditó un momento el Rey.

—Pero tú no puedes salir para entregarme tu hija.

—Mi hija irá donde vos querais que vaya.

—¿Y de qué modo?

El judío se quitó del dedo una sortija de hierro y la entregó al Rey.

—¿Y para qué esto?

—Mi hija seguirá á quien le muestre esta sortija, solo con que la diga que yo la espero; ádemás, si vuestra señoría me permite escribir á mi hija, esto será más seguro.

—Escribe, dijo el Rey.

Y señaló al judío la mesa real.

IV

El judío se acercó y escribió de pié en un pergamino que le puso delante el Rey:

«Azefah, hija mia: tu padre está en peligro de muerte si no vas á donde te conduzca un servidor del Rey, que te presentará mi sortija y este pergamino: salva á tu padre, hija de mi alma.—*Ananías*.

El Rey tomó este pergamino, le enrolló y le sujetó con la sortija.

Luego fué á la puerta y dijo:

—¡Hola! ¡Gil de Alvarado! á mí.

V

No tardó en presentarse un nuevo y alto servidor del Rey, tan bravo como su guarda mayor, y como él completamente armado.

—¿Dónde vives tú, judío? preguntó el Rey.

—En la plaza de la Morería, junto á la capilla de la Vírgen, á la izquierda; mi casa tiene un mirador con celosía sobre la puerta, que es de arco de herradura y de ladrillo rojo.

—Vé á donde ha dicho ese perro, dijo el Rey á Alvarado; llama y entrega á la hija de Ananías Cleofás, que es este, no olvides su nombre, este pergamino y esta sortija; esa jóven te seguirá.

—¿Y á dónde la llevo, señor?

—A la torre grande del castillo de Guadalajara.

—Muy bien, señor.

—Cuando llegues, la encierras en la cámara de honor.

—Muy bien, señor.

—Es muy posible, dijo el judío, que Azefah quiera que la acompañen sus dos esclavas.

—En buen hora, dijo el Rey, vete.

Alvarado salió.

El Rey indicó al judío una puerta, le hizo entrar y cerró.

Despues se puso á pasear terriblementa agitado por su cámara.

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO ENCONTRÓ UN NUEVO ENAMORAMIENTO EL SEÑOR REY DON SANCHO.

I

Pasó bien una hora, encerrado el judío, el Rey paseándose lenta y profundamente pensativo, agitado, por la cámara.

Al fin, á la puerta de ésta se oyeron repetidos golpes por una, dos y tres veces, y con grandes intérvalos.

El Rey se apercibió de ellos, fué á la puerta de la cámara y la abrió.

Apareció ante el Rey su guarda mayor, pálido, y al parecer consternado.

—Y bien, ¿qué? le preguntó el Rey.

—¡Señor!... contestó tartamudeando el guarda mayor.

—Y bien, ¿qué? repitió el Rey con acento sombrío.

—Haced de mí lo que quisiéreis, señor, dijo el guarda.

—¿Y por qué?

—No he podido prender á los Infantes.

—¿Y por qué?

—¡Han huido!

—¡Ah! ¿y sus familias?

—Han huido tambien.

—¿Y sus servidores?

—Tambien han huido.

—¿Y cuándo?

—Mucho tiempo antes de que vuestra señoría me diese la órden de prender á los Infantes.

—Pero las puertas de la villa están cerradas y con guarda desde el toque de cubre-fuego, y despues del toque de cubre-fuego estaban en el alcázar y hablando conmigo mis dos tios.

—Han huido despues y se han hecho abrir la puerta de Valencia á nombre de vuestra señoría.

—Está bien: preparaos á acompañarme con algunos ballesteros.

—Muy bien, señor.

—Idos.

II

Apenas habia desaparecido el guarda mayor, cuando se presentó Gil de Alvarado.

Este, al contrario del anterior, venia muy contento.

—Y bien, le dijo el Rey.

—Esa doncella me ha seguido, dijo el escudero con gran satisfaccion.

—Habeis tardado demasiado, dijo con recelo el Rey.

—Esa doncella dormia, señor.

—¿Y ha tardado una eternidad en despertarse?

—No señor; pero ha tardado mucho en ataviarse, porque se me ha presentado radiante de oro y joyas.

—¡Ah!

—Y sus esclavas poco menos ataviadas que ella.

Pasó algo extraño por la mirada del Rey: algo semejante á la expresion de una fiera hambrienta; pero se repuso y dijo:

—¿Y habeis aposentado bien á esa doncella?

—Sí señor, como me lo mandó vuestra señoría, en la gran cámara de honor de la torrre del homenaje del castillo de Guadalajara.

—Idos.

Gil de Alvarado se retiró.

El Rey fué á la puerta, detrás de la cual estaba encerrado el judío, la abrió y dijo:

—Salid.

El judío salió.

El Rey se puso su manto y su birrete, y dijo al judío:

—Seguidme.

III

Salieron.

En la gran antecámara estaba el guarda mayor con veinte ballesteros hidalgos armados de los piés á la cabeza.

El pasado peligro habia hecho prudente al Rey.

Poco despues salia del alcázar llevando á su lado al judío y seguido del guarda mayor y de los ballesteros.

Recorrió la plaza de Armas, luego dos callejuelas estrechas, tortuosas y oscuras, se deslizó al pié de la iglesia de Santa María, viejísima ya en aquellos tiempos, y poco despues contestaba delante de la grande y fuerte entrada del castillo de Guadalajara al atalaya que, desde las almenas, habia lanzado un terrible ¿quién vá?

—¡El Rey!

Poco despues se oyó el tremendo estruendo y el áspero crugimiento de las cadenas del puente y del rastrillo que á la par y respectivamente caian y se levantaban.

Un capitan de la gente de guerra de la fortaleza salió y reconoció al Rey.

Poco despues el Rey y el judío entraban en

la gran cámara de honor del castillo de Guadalajara que era magnífica.

¡Lástima grande que aquel soberbio castillo, uno de los mas monumentales de España, se haya destruido, y que solo quede de él, completamente trasformada, la torre de los Lujanes, en la que se ve aun todavía un pequeño postigo perteneciente al género que hoy se conoce bajo el nombre de Mudejar!

Esto es, la mezcla del género gótico, bizantino y del gusto árabe.

IV

Sentada en el alto sillon de respaldo blasonado con las armas reales de Castilla, puesta detrás de una mesa cubierta de un tapete de terciopelo rojo, sobre una tarima ó estradillo cubierto con tapiz moruno de ricos colores, lugar donde se sentaba el Rey cuando iba á alguna ceremonia al castillo de Guadalajara, estaba sentada una verdadera reina de la hermosura y de la riqueza.

Una reina de diez y ocho años, blanca, pálida, con los ojos negros, con la cabellera blonda, peinada en anchas y largas trenzas, ceñida por una sencilla, pero riquísima diadema de perlas que determinaba un dulce tono con el de los dorados cabellos y hacia sentir una poética pureza.

Una gargantilla ó halaite, como se decia entonces, de gruesas perlas, rodeaba una garganta larga, mórvida, nacarada, ensanchada en su base sobre la dulce inflexion de los hombros.

Garganta incomparable, incitante, irresistible.

Y el descote de la túnica de brocado blanco, verde y azul, dejaba ver el nacimiento de su seno elevado, hechicero.

Y todo en ella, su actitud, su mirada, su semblante, el opulento traje, hacia de ella una de esas criaturas que influyen poderosamente y de una manera determinante en el hombre que las mira, y tanto mas, cuanto este hombre era tan impresionable, tan nervioso como el Rey D. Sancho el Bravo.

Esta hermosa mujer, esta hada, esta hurí, este prodigio era Azefah, hija del judío Ananías Cleofás.

V

Estaba tranquila y riente.

Y clavó en el Rey, desde el momento en que éste se acercó á ella, una mirada candente, velada por la sombra de sus largas y curvas pestañas.

En aquella mirada habia luz.

Una luz que parecia emanar del fondo de un alma en que ardia un fuego dulce, intenso,

embriagador, si se nos permite la frase, que inspiraba el culto del delirio del amor.

A los piés de esta incomparable belleza, como sirviéndola de base, de realce, habia dos doncellas sencilla pero ricamente ataviadas, que hubieran parecido hermosísimas á no empalidecer su hermosura la deslumbrante de Azefah.

El judío, que seguia al Rey á poca distancia y le observaba, sonrió de una manera sutil.

Y aquella sonrisa, que el Rey no veia porque no tenia atencion mas que para Azefah, parecia decir:

—El Rey es mio.

VI

D. Sancho se detuvo á poca distancia de Azefah.

Permaneció por algun tiempo mudo é inmóvil.

La mirada de la jóven se hacia á cada momento mas intensa.

—Salid, dijo al fin, volviéndose á Ananías; llevaos á esas doncellas.

Azefah pronunció algunas palabras con acento breve, imperativo, en hebreo.

Las dos niñas se levantaron, y mirando con extrañeza al Rey, siguieron á Ananías que se perdió por detrás de una puerta.

D. Sancho, en un movimiento espontáneo, impremeditado, se acercó á Azefah, cayó á sus

piés de rodillas, la asió las manos que ella no le disputó, y se estuvo contemplando, á muy poca distancia, los ojos de la jóven que le enloquecian.

—¡Ah! exclamó; ¡yo no sabia que se podia amar tanto en tan poco tiempo! ¡yo no sabia que se podia gozar la felicidad de acercarse á un ángel sin morir!

—¡Ah! exclamó con un acento hechicero Azefah: ¡vos me creeis un ángel!

—Sí, un ángel de gloria; sí, ese ángel me enloquece.

Y pretendió rodear el talle de la jóven.

Esta se levantó de una manera violenta.

Impulsó el sillon, se desasió de las manos del Rey, y quedó erguida y grave delante de él.

Pero infiltrando siempre una mirada atenta. la irresistible mirada de sus ojos negros en el rey.

—¡Ah! ¡perdonad! dijo el Rey levantándose: ¡yo estoy loco!

—¡Loco!

—Sí, nada veo, nada escucho, nada siento mas que vos; me parece que he nacido para vos, y solo para vos, para amaros y no mas que para amaros.

—¡Oh!

—No me rechaceis, no me trateis con dure-

za; nada teneis que temer; sois mi señora, yo soy vuestro esclavo.

Azefah permaneció inmóvil.

Pero siempre fijando en el Rey una mirada candente.

—Venid, sentaos otra vez; dijo el Rey anhelante: yo me sentaré en el escabel de vuestros piés.

Y se acercó á Azefah, la tomó una mano, y sin que la jóven opusiese resistencia, la llevó al sillon.

Azefah se sentó.

El Rey se sentó á sus piés, estendió el brazo sobre sus rodillas con una audacia increible.

Azefah se estremeció ligeramente, y separó de sí el brazo del Rey.

—¡Ah! ¡qué cruel sois! exclamó D. Sancho.

—¡Y qué mal acostumbrado vos á tratar con las mujeres! respondió con una dulce serenidad Azefah.

—¡Ah! ¿vos no me amais?

—¡Yo!

Y aquel yo de Azefah era profundo, misterioso.

—¡Vos amais á otro!

—¡Yo!

—Sí; de otra manera os extrañaria ver á vuestros piés á un poderoso Rey.

—Que es menos poderoso que yo, puesto que está á mis piés y suplica.

—Sois la mas hermosa de las mujeres.

—¿Lo creeis?

—Lo siento.

—Y vos, el Rey poderoso, el Rey que puede comprar la belleza de una tierra donde resplandece la hermosura de tres razas: la cristiana la judía y la mora, ¿no habeis visto una mujer que os parezca tan hermosa como yo?

—Vos sois mi sueño.

—¿Y cómo podeis haber soñado en mí no conociéndome?

—Jamás me ha satisfecho la hermosura de ninguna mujer... yo estaba desesperado; yo me decia: ¿qué, no hay mujeres mas hermosas sobre la tierra? yo veia en sueños vuestra hermosura.

—¡Siempre la hermosura, iman del alma! exclamó con desden Azefah.

—Una mujer tan hermosa como la que yo anhelaba, como la que yo creia imposible, debe tener el alma de arcángel.

—Hay arcángel de luz y arcángeles de tinieblas; arcángeles gloriosos y arcángeles condenados: Miguel y Satanás; y entrambos son hermosos, muy hermosos: hermanos.

Y de la mirada de Azefah partió una luz tal, una expresion tal, que el Rey palideció, tembló

y sintió una tal agonía, que creyó que iba á morir.

La hermosura de Azefah se habia hecho sobrenatural.

VII

Le acometió una tos seca y profunda; aquella terrible tos que parecia salir de una caverna.

—¡Sois un cadáver y aún correis tras el amor!

—¡Mi vida, mi corona por vuestra hermosura! exclamó el Rey.

—¡Vuestra vida! ¿Y qué es vuestra vida? Un soplo. ¡Vuestra corona! ¿Y qué es vuestra corona? Un poder robado á vuestro padre; un poder por el cual ha caido sobre vos la maldicion de los parricidas.

—¡De los parricidas!

—Sí, de los parricidas; pues qué, ¿no podia vivir aún vuestro padre? Si él viviera aún, vos seríais fuerte, vos llegaríais á una larga ancianidad; pero habeis cortado la ancianidad de vuestro padre, y moris jóven.

—¡Oh! ¿qué voz es esa que me habla? exclamó el Rey, á quien se le habian erizado los cabellos, y que tenia la frente cubierta de sudor frio.

—Tal vez la voz de Dios, tal vez la voz de Satanás, contestó Azefah: ¿no os ha dicho mi padre que yo era hechicera? Cuando habeis ve-

nido á verme, ¿no habeis venido á consultar vuestro destino?

—Mi destino sois vos.

—Vuestra vida ó vuestra muerte son mias, dijo Azefah; pero son tambien de otra.

—¡De otra!

—Sí, de otra: sois olvidadizo, señor Rey don Sancho.

—Vos habeis hecho que yo me olvide de todo.

—Lo mismo diríais á María de la Paloma si la viéseis á vuestro lado como me teneis á mí.

—¡María de la Paloma!

—Sí, la esposa de Manrique de Lara.

—¿Por qué nombrais á esa mujer? exclamó el Rey extremeciéndose.

—Esa mujer es la que os ha traido á mí: ¿no deseábais conocer su historia?... ella es vuestro verdadero amor, vuestro grande amor, porque vos habeis nacido para lo terrible, y el amor que sentís por esa jóven es maldito.

—¡Qué decís vos!

—Miradme bien, dijo Azefah.

—Sí, sí, quiero miraros, miraros siempre, anegarme en la luz de vuestros ojos.

—Miradme, miradme bien.

—Me enloqueceis.

—¿No veis en mis ojos algo semejante á lo que aparece en los ojos de María de la Paloma?

—¡Oh! exclamó el Rey lanzando un grito.

Habia encontrado una nueva mirada en Azefah; una mirada pura, candorosa, y á la par altanera y firme; una mirada enteramente semejante á la mirada de Paloma.

—¡Oh! ¡qué misterio es este, Dios mio! exclamó el Rey.

—¡Oh, sí, vos lo habeis dicho! Un misterio terrible: un misterio que es necesario que vos conozcais... pero moderaos, añadió Azefah bajando la voz; es necesario que nadie pueda escucharnos.

El Rey miró de una mirada terrible á la puerta por la cual habia salido Ananías.

La indicacion de Azefah le habia hecho sospechar que el judío podia haberse atrevido á ponerse á escuchar, y esta sola sospecha le habia irritado.

Porque aquel Rey á quien doblegaba su pasion á las mujeres, era feroz cuando se trataba de una falta, de una osadía contra su autoridad real.

VIII

Se levantó violentamente y se fué á la puerta, tras la cual suponia al judío.

Al acercarse á ella creyó oir los sordos pasos de alguien que se retiraba rápidamente.

El Rey estaba enloquecido, fuera de sí, por la impresion que le habia causado Azefah.

La cólera montó á su cabeza.

Se precipitó en la oscura cámara, que estaba inmediatamente detrás de la puerta, y se arrancó de la cintura el puñal.

Adelantó con la misma decision que si la cámara hubiese estado iluminada; como si sus ojos hubiesen podido ver enmedio de las tinieblas. Con tal ímpetu habia entrado, con tal rapidez habia adelantado, que tropezó con un bulto: levantó el brazo é hirió.

Se oyó un rugido sordo; luego el ruido de un cuerpo que caia al suelo desplomado.

El Rey sintió algo caliente que mojaba su mano.

—¡Luz, luz! gritó. ¡Luz aquí!

IX

Apareció inmediatamente Azefah, trayendo en la mano una de las bujías de cera que ardia en el magnífico candelabro de hierro cincelado que estaba sobre la mesa.

Apareció tendido por tierra, y sobre un charco de sangre, que corria y se dilataba, Ananías.

Estaba muerto, y sin embargo su cuerpo se agitaba aún.

—¡Sangre! ¡Sangre siempre! exclamó con acento frio, con acento supremo, Azefah.

—¡Ah! exclamó el Rey estremeciéndose: me

habeis enloquecido, y yo cuando recaigo en la locura mato.

—Y bien, ¡qué importa! yo no os hubiera dicho que le matárais, pero ya que lo habeis hecho, nada os importe: habeis herido á ciegas y habeis aniquilado á un traidor.

—¿Traidor llamais á vuestro padre?

Azefah no contestó.

Levantó la bugía, y miró en torno suyo.

En un rincon de la cámara, aterradas, abrazadas, estaban sus dos doncellas.

—Venid, las dijo Azefah: no tembleis.

Las dos jóvenes se acercaron.

—Mostradme, señor, dijo Azefah al Rey, con acento incitante, dónde estas puedan esperar sin oir.

—¡Hola! dijo el Rey yendo á otra puerta de la cámara.

Se presentó el capitan de la guarda del castillo, que retrocedió instintivamente al ver el sangriento espectáculo que se presentó á sus ojos.

—Haced, dijo el Rey, que estas dos doncellas sean conducidas á otra cámara lejos de esta: luego os llevareis de aquí este cadáver.

—¿Y á dónde, señor?

—Sepultadlo en los subterráneos del castillo.

Despues de esto, el Rey tomó de la mano á Azefah.

Al entrar en la cámara donde anteriormente habian estado, cerró la puerta.

—Soltad, señor; dijo con acento de repugnancia Azefah; me habeis manchado la mano de sangre.

—¡De sangre de vuestro padre!

—No, ese miserable no era mi padre.

—¡Ah! ¡que no era ese hombre vuestro padre!

—No: ¿creeis que un padre, aunque sea judío, venda de tal manera á su hija?

—Hija os llamaba ese hombre, y vos...

—Yo le llamaba padre: él creia que yo me creia su hija: pero no, ese hombre no era mi padre. Mi padre era...

—¿Quién...?

—Una víctima de vuestro poder.

—¡Hablad!

—Aun pueden oirnos.

—Venid.

El Rey tomó el candelabro y se fué á una puertecita que abrió.

Azefah pasó y el Rey detrás de ella.

En cuanto hubo pasado, cerró la puerta.

X

Estaba en un magnífico retrete circular.

Era uno de esos retretes góticos, cuyas pa-

redes están caprichosamente ornamentadas, pintadas y doradas.

El pavimento de mosáico.

La techumbre de maderas preciosas.

En un hueco reentrante habia un lecho.

Frente al lecho, una mesa de mármol con un gigantesco espejo de acero encima.

Al rededor de las paredes, habia un ancho divan.

El Rey puso el candelabro sobre la mesa.

Luego cerró la puerta.

—Nadie puede escucharnos, dijo; hablad.

—¡Ah! tengo la mano completamente roja; exclamó la jóven: esta sangre me convierte de esclava en libre: mientras Ananías hubiera vivido, yo no me hubiera atrevido á deciros una palabra que vais á oir.

—¡Hablad! ¡hablad! exclamó abstraido aún el Rey.

—¡Yo os amo! ¡yo os adoro! ¡yo soy vuestra!

—El Rey estendió los brazos hácia Azefah que estaba deslumbrante.

—¡Aun no! ¡aun no! ¡tengo celos!

—¡Celos!

—¡Sí! ¡vos amais á otra mujer!

—¡Nó!

—¡Sí! por esa mujer habeis buscado á mi padre; por esa mujer habeis estado á punto de sucumbir á una traicion infame; por esa mujer

me habeis conocido; vos creíais encontrar en mí una hechicera, y yo estaba martirizada por vos.

—¡Oh, alma de mi vida! exclamó el Rey.

—Aun no, aun no; repitió con voz opaca, ardorosa y entrecortada Azefah. ¡Cuando esa mujer sea mia!

—¡Vuestra!

—¡Sí! cuando yo la haya dicho...

—¡Qué!

—¡Eres hermana del Rey!

—¡Mi hermana!

—No, no es vuestra hermana; ni yo lo soy tampoco.

—¿Qué decís?

—Que si Paloma fuera vuestra hermana, yo lo sería tambien. ¡Oh! ¡esto me desesperaría!

—¿Qué es vuestra hermana Paloma?

—Sí.

—Paloma es hija... nieta de un pastor.

—Eso quiere decir, que su madre y la mia, no son la misma persona.

—¡Hablad!

—¡Oh! ¡sí, sí! ¡hablaré! yo pudiera deciros, para que os apartárais de Paloma, es vuestra hermana; pero entónces no podria deciros quién soy yo... porque... me creeríais vuestra hermana todavía... pero á ella le diré, sí, el Rey es tu hermano, Paloma.

—¿Y para qué? ella no me ama: ella ama á Manrique de Lara.

—Ella es soberbia... ella ama ó creyó amar á Lara, y aun cree amarle, porque le encontró solo, desvalido, perseguido en el monte; ella le salvó... pero despues que os vió... yo lo sé esto por mi padre... mi padre buscaba todos los medios de llevar á cabo su traicion... Manrique de Lara, ofendido por vos en su amor, podria convertirse en un asesino... ¡Mi padre servia en cuerpo y en alma al Infante D. Juan! ¡ah! Paloma os ama: la habeis deslumbrado, y si no creyera que era vuestra hermana, acabaría por matar su virtud, por abandonar á su esposo, por ser vuestra... ¡ah! ¡no! ¡no! yo sé que os parezco mas hermosa que Paloma; yo sé que os ha bastado con verme para enloquecer por mí: yo he visto en vuestros ojos el desvarío, la resolucion de hacerme vuestra, ó matar ó morir... pero vos sois terrible; en cuanto saciárais la sed de vuestros deseos, aunque no me olvidáseis, aunque no me abandonáseis, renacería en vos el tiránico deseo que habeis sentido por Paloma, la perseguiríais y no se defendería, acabaría por ser vuestra despues de una leve lucha con su virtud... las mujeres cuando nos enamoramos, lo olvidamos todo, lo sacrificamos todo á nuestro amor. ¡Ah! ¡no! ¡no! entregadme á Paloma, y cuando Paloma sea mia,

cuando yo la haya puesto donde no podais encontrarla, cuando yo la haya hecho creer que es vuestra hermana... entonces... entonces serán vuestros mi cuerpo y mi alma... mi alma no, lo es ya... yo os adoro, yo muero por vos... sois...

—No me mateis, exclamó el Rey demudado.

—Nó: si no quiero mataros yo: si quisiera mataros estaríais ya muerto.

—¡Oh! exclamó el Rey... ¡una traicion!

—Sí; una traicion intentada, pero evitada por mí: mirad.

Y sacó de su seno un pomo de oro pequeñísimo.

—¿Y qué es eso?

—Una ponzoña.

—¡Una ponzoña!

—Sí; que mata muy dulcemente; que causa una soñolencia deliciosa si solo se pone una gota de este licor en una copa de vino, pero si se traga todo el licor que este pomo contiene, la muerte es tan instántanea como causada por un rayo.

Y Azefah destapó el pomo y le levantó hácia su boca.

Habia visto pasar una decision terrible por la mirada del Rey, que al ver el movimiento de Azefah retrocedió.

—¿Qué haceis? dijo.

—Me defiendo, contestó con firmeza la jóven.

—¿No decís que me amais, que me adorais, que morís por mí?

—Sí... pero si muero ahora, no moriré desamparada como si vos me abandonárais.

—¿Y por qué morir?

—Oid, D. Sancho... vos permanecereis á distancia de mí siempre que me veais... cuando os vayais, yo cerraré las puertas de la vivienda que me destineis... yo las tendré cerradas mientras muero... lo entendeis... no quiero ser burlada por vos, porque os mataría y no quiero mataros.

—¿Y podríais acaso?...

—He podido mataros esta noche... suponed que yo os hubiese acariciado, os hubiese confiado... os hubiera inducido á beber conmigo... como me lo habia aconsejado Ananías... si yo hubiera vertido en vuestra copa una sola gota de este licor...

—¡Ah! ¡traidores! exclamó el Rey dando un paso hácia Azefah.

Esta llevó de nuevo el pomo á la boca.

El Rey retrocedió espantado.

—Para vuestro furor ó vuestro amor, es siempre este pomo mi defensa; ni quiero ser burlada por vos, ni morir á vuestras manos.

—¡Oh, perdonad! ¡perdonad! exclamó el Rey, cuando he hablado de traicion no me he referi-

do á vos: pero, por piedad, alma de mi alma... apartad ese pomo de vuestra hermosa boca! ¡estoy muriendo de afan.

—¡Oh! ¡sí! ¡me amais! ¡me amais! exclamó Azefah sonriendo como un ángel, ¡y cuánto os amo yo, Dios mio! ¡pero no importa eso! yo no satisfaré mi amor como no satisfareis el vuestro sino cuando me hayais entregado á Paloma.

—Os la entregaré á pesar de que la proteje mi esposa.

—¡Y cuántas cosas no habeis hecho á disgusto y con tormento de la buena doña María de Molina!

—Dejémosla en paz, Azefah, dijo el Rey, dejémosla en paz: ella es una mártir.

—¿Y cómo no ha de serlo si es vuestra?

—¿Creeis, pues, que yo hago desgraciado todo lo que toco?

—Sí, porque estais maldito.

Un nuevo extremecimiento agitó poderosamente al Rey.

—Sentaos, señor, sentaos, dijo Azefah; tengo mucho que hablaros... si teneis sueño idos... dejadme bien encomendada á vuestros servidores, y volved cuando hayais descansado.

—Nó, nó, permaneceré hasta que lo sepa todo, dijo el Rey sentándose en el divan.

Azefah se sentó á alguna distancia de él.

Tapó el pomo, pero lo retuvo en la mano.

El Rey la miraba con ansiedad, y de tiempo en tiempo tosia de una manera seca y cavernosa.

Azefah le abarcaba con su poderosa mirada.

Y el Rey alentaba apenas absorbiendo aquella mirada infinita.

CAPÍTULO XXI.

EN QUE AZEFAH CUENTA UNA LARGA HISTORIA.

I

—Una noche, hace un año, dijo Azefah con la entonacion de quien empieza un relato, Zephar, la vieja concubina de Ananías, quemó la legumbre que debia servir de cena á aquel.

Ananías se irritó, y golpeó de tal manera con su baston á la vieja, que si yo no acudo al estruendo la mata. Zephar no perdonó aquella brutalidad. Al dia siguiente, por la siesta, estaba yo recostada en el huerto á la sombra de una vid, al lado de una fuente: Ananías dormia.

—Mira, mira, cómo me ha puesto ese tigre, hija mia, me dijo Zephar acercándose á mí y mostrándome uno de sus flacos brazos acarde-

nalado é hinchado: es un infame... y eso que sabe que yo sé secretos que si te los revelo le pueden hacer mucho daño.

—¡Secretos! ¿teneis secretos de mi padre?

—El primero que tengo, y el mayor, es que Ananías no es tu padre.

—¿Que no es mi padre?

—No, tú eres hija de más alta persona.

—¿De quién?

—De un noble señor castellano.

—¡Habla! dije.

II

Zephar se sentó en la yerba junto á mí, y me dijo abarcándome con una profunda mirada de sus ojillos grises.

—Júrame por Abraham y por Jacob que no cometerás ninguna imprudencia.

—Te lo juro, Zephar, la respondí.

—Un dia, me dijo Zephar, fué el Rey don Alonso á caza; yendo á caza, le salió una liebre: el Rey lanzó tras la liebre su caballo; la liebre corrió y corrió, y el caballo del Rey se desbocó de modo que no pudieron seguirle sus monteros ni sus ginetes. El Rey siguió solo: el caballo al fin cayó muerto, y afortunadamente el Rey no se hizo daño alguno; pero estaba solo en medio de un bosque completamente desierto. Se puso en marcha tocando su bocina; pero solo

le contestaron los ecos de la selva: sus cazadores, sus caballeros, sus servidores, le andaban buscando muy lejos de allí. El Rey salió de la selva y se encontró entre montes, en un valle muy estrecho, al que salian muchos barrancos; oyó un esquilillo, y adelantó hácia el barranco de donde el sonido del esquilillo habia salido: vió una cabra que estaba encaramada en un peñon; al ver la cabra, el Rey se detuvo; al mismo tiempo un enorme mastin se lanzó hácia el Rey: éste preparó su javalina para defenderse del perro; entonces se oyó una voz juvenil, que dijo saliendo de entre una breña:

—Aquí, Bravonel, aquí; no le mateis, señor, que Bravonel no os hará nada.

En efecto, el perro se detuvo; al mismo tiempo salió de las breñas y quedó á poco distancia del Rey una hermosísima criatura: era una pastora como de diez y seis años: blanca, rubia, gallarda; un ángel, en fin. El Rey la vió y se asombró de ella; pero de tal manera, que fué bastante para que olvidándose de la dignidad de Rey, la codiciase. Ella, por su parte, no vió mas que un caballero ya entrado en años, nada hermoso, muy sério y muy sombrío: le acompañó por entre el intrincamiento del monte, y al fin le llevó á un punto desde donde oyó las trompas de caza de sus servidores.

El Rey se separó de la pastora sin decirla

quién era; pero como un agasajo la dió la cadena de oro que llevaba al pecho.

III

El Rey se alejó solo; la pastorcilla se volvió á su ganado, dudando quién seria aquel caballero que le habia regalado una tan rica cadena.

El Rey se volvió á Madrid; pero aquella noche no se durmió hasta muy tarde, y cuando se durmió, soñó con la pastora; cuando despertó no pudo apartar de su pensamiento á la jóven: al fin vino á caer en la cuenta de que estaba enamorado.

IV

El Rey hizo cuanto pudo por quitarse de encima del corazon aquel amor; pero el amor es un tirano que cuando se le resiste se irrita y manda de una manera más tiránica: á los quince dias el Rey conoció que su amor no tenia remedio; aquel amor le apretaba tanto, que á pesar de que aquel Rey habia hecho muchas leyes para castigar los delitos de todo el mundo, vino á caer en un delito, porque se resolvió á hacer robar á la pastora para tenerla suya. Entonces llamó á un su confidente, rico-hombre muy poderoso, contínuo de la casa del Rey y muy su privado, que se llamaba Pero Diaz de Arévalo, y que era señor de villas y lugares.

En fin un príncipe.

Pero esto no impedia que sirviese al Rey en cuantos bajos oficios le empleaba.

—Ireis, le dijo, el Rey, al monte del Pardo, y procurareis saber por dónde anda una jóven y hermosa pastora.

Contará como diez y seis años.

Y esto, y esto, y esto.

Le dió en fin las señas de la hermosa pastorcilla tan por menudo, que no podia confundirla Pero Diaz de Arévalo con otras.

V

El buen servidor del Rey prometió que lo haria, y fué al monte.

Pero al cabo de algun tiempo volvió diciendo al Rey que no habia encontrado á la tal pastora.

Montó el Rey en celos, porque se le antojó que tanto y tan bien habia encontrado su confidente á la pastora que no queria dar razon de ella.

Mandó, pues, á otro su confidente, que estaba envidioso de Pero Diaz de Arévalo, observase á éste y viese si iba al monte del Pardo.

Fué el envidioso, y vió tanto, que pudo decir que habia visto á Pero Diaz de Arévalo recostado sobre la yerba al lado de una hermosísima pastora de estas señas y las otras.

En fin las mismas señas por menudo de aquella por la que estaba perdido de amores el Rey.

Y tal cólera le dió de esto, que sin reparar en lo que decia, dijo á su otro confidente:

—Matad á Pero Diaz de Arévalo.

—Mandádmelo en una cédula en pergamino sellado con vuestro sello de plomo, dijo el asesino.

El Rey, que cuando se enfurecia cegaba, cogió un pergamino y la pluma y escribió:

«Diego Solís de Arias: matad por traidor á Pero Diaz de Arévalo.—El Rey.»

VI

Aquella misma noche, estando el Rey en su torre estudiando las estrellas en un torreon de su Alcázar, porque era muy astrólogo, oyó en una callejuela que corria á los piés de la torre una voz angustiosa que gritaba:

—¿Por qué me matas á puñaladas y á traicion, Diego Solís? ¿qué te he hecho yo?

El Rey, á quien ya se le habia amortiguado la cólera, y que habia pensado en quitar á Diego Solís la órden que le habia dado de matar á Pero Diaz, se asomó á las almenas y gritó:

—¡No le mateis, Diego Solís, no le mateis, yo lo perdono!

Pero ya no era tiempo.

Porque aunque Diego Solís dejó de herir á Pero Diaz en cuanto oyó la voz del Rey, ténia ya el asesinado tres puñaladas en el pechó.

El Rey descendió y llegó á tiempo de oir las últimas palabras de Pero Diaz.

—Habeis sido bien terrible conmigo, señor, le dijo; y yo creo que habeis hecho esto por lo de la pastora: si no os he obedecido, bien caro lo pago; cuidad, señor, de mi viuda y mis huérfanos... y otro sí... Yo tengo una hija, una hija secreta de una muy ilustre dama que murió al dar á luz á esa mi desdichada hija; yo la dí á criar á una labradora del pueblo de tal, que se llamaba tal y tal (Zephar, no se acordaba bien de los nombres); recoged á esa mi hija, señor: su madre se llamaba tal, y yo reconozco á esa mi hija como bastarda, para que pueda heredar lo que de mi hacienda tengo para bastardos.

Y con algunas otras palabras mas que dijo, murió.

Pero todo lo que dijo quedó testimoniado por un escribano privado del Rey.

VII

—¿Y cómo sabes tú todo eso? pregunté á Zephar.

—Lo sé porque una noche, hará cómo trece años, vino á casa un caballero muy encubierto y se encerró con Ananías.

Yo oí llorar un niño pequeño.

Aquel niño le habia traido sin duda el caballero.

Sentí una gran necesidad de saber lo que aquello fuese, me puse detrás de una puerta y lo oí todo.

Y oí mas.

Oí que el Rey añadía:

—Aquí tienes Ananías el albalá que prueba el nacimiento y los derechos de doña Sol.

VIII

—¡Ah! exclamó el Rey D. Sancho mirando con mas intensidad y mas decision á Azefah: ¿os llamais doña Sol y sois cristina?

Azefah sacó de su seno una cruz de oro, la mostró al Rey y la besó.

Aquella cruz pendia de la estremidad de un collar de perlas.

—¡Ah! ¡yo os adoro! exclamó D. Sancho.

—Dejadme continuar, señor; ó mejor dicho, dejad continuar á Zephar.

Esta dijo:

—Despues que el D. Alonso dió el albalá á Ananías, le dijo:

—Siempre me has servido bien y fielmente: cuida de esa niña en descargo de mi conciencia; yo te doy por ello, para añadir á lo que heredará de su padre un juro de sesenta mil ma-

ravedís al año sobre las rentas reales: te dejo eso porque la rebeldía de mi hijo me tiene tan fuera de mí y tan enfermo, que creo que voy á perder la vida.

Se estremeció de una manera mas terrible esta vez D. Sancho.

Azefah continuó su relato.

—No la hago reconocer como hija bastarda del difunto Pero Diaz de Arévalo, porque aun vive su viuda; lo ama aún y la causaria un gran sentimiento el saber que su marido habia tenido una hija con otra... pero está muy enferma la desdichada y morirá pronto.

Otro sí, añadió D. Alonso.

Si la rebeldía de mi desconocido hijo don Sancho me mata, es necesario que estés á la vista de otra niña.

De una hija de aquella pastora.

—¡Cómo, señor! exclamó Ananías: ¿al fin tuvísteis aun amores con aquella hermosa jóven?

—Bien quise, y aun me perdí corriendo en el monte y la hablé; pero ella no me escuhó; la devoraba la tristeza.

Y tanto fuí y tanto vine, que al fin los pastores se apercibieron y me tuvieron por amante de la jóven, y sin saber que yo era el Rey, me acecharon y me prendieron, y hubieran dado fin de mí, si yo no me hubiera dado á conocer.

Cuando me oyeron nombrar se descubrieron y se pusieron de rodillas.

Yo los perdoné y me separé de ellos, escarmentado de mis aventuras amorosas.

Me propuse olvidarme de ella.

Casi lo habia conseguido, cuando un dia me dijeron que el rabadan de los pastores del Pardo necesitaba hablarme en secreto.

Dios me perdone si no creí que el rabadan venia á proponerme su hija para manceba.

Pero me encontré con un anciano venerable que ocultaba mal su cólera bajo su aspecto.

—Mi hija está deshonrada, me dijo.

—¡Vuestra hija!

—Sí, la que estaba con vuestra señoría, me contestó, cuando sin conoceros os prendieron mis pastores y os quisieron matar.

—Y bien, ¿qué?

—Mi hija dice que la criatura que tuvo en sus entrañas es de otro... pero es que os ama mucho esa desdichada, y no quiere decir que sois el padre de su hijo... porque ¿quién otro ha de ser? No se ha visto á otro hombre extraño junto á ella en el monte.

—Sí, yo soy el padre de esa criatura, contestó, pensando en que si no hubiera enviado á Pero Diaz á buscarla no la hubiese conocido; yo era, pues, la primera causa de aquella desgra-

cia y debia remediarla en lo que me fuera posible.

—Señor, me dijo mirándome profundamente; vuestra persona es sagrada, y nada puedo hacer mas que humillarme ante la voluntad de Dios: que él os guarde, señor Rey.

—¿Y á qué habeis venido, pues? le preguntó.

—A saber con seguridad si vos érais el causante de la deshonra de mi hija.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿No quereis que yo reconozca á lo que nazca como hijo mio?

—Soy bastante leal para querer que nadie sepa que el Rey mi señor ha bajado hasta el punto de deshonrar á una pobre pastora inocente.

Te confieso que esta contestacion me aturdió; cuando volví en mí, el rabadan habia desaparecido. Ahora bien, Ananías: aquí tienes una mi real cédula por la que reconozco como mi hija bastarda á María de la Paloma, hija de Pero Diaz de Arévalo. Voy á salir contra mi hijo rebelde y puedo morir en la demanda: si muero, haz reconocer á esas dos niñas; porque niña fué lo que dió á luz la pastora.

IX

—Pero Ananías, dijo, no ha cumplido ningu-

no de los sagrados encargos del Rey: es avaro y le placia mucho guardar los sesenta mil maravedís del juro que le habia dado el Rey para tí: en cuanto á tu hermana, se ocupaba muy poco; pero ya lo sabes: no es tu padre. Tú le puedes hacer que junte la cabeza con los piés. ¡Que me pegue, sí, que me pegue, que me maltrate porque se me pegan las acelgas!

X

—Esto fué lo que me dijo Zephar. Habia mucho de extraño en su relato; sin embargo, podia ser cierto. Yo pregunté algunos dias despues á Ananías, que me llamaba hija, porqué nunca me habia hablado de mi madre, cómo se llamaba: Ananías pareció embarazado con mi pregunta; me miró fijamente, con una mirada de desconfianza, y luego reponiéndose me dijo:

—Se llamaba Dahilah.

—¿Cuándo murió?

—Al darte á luz, contestó visiblemente contrariado Ananías.

—¿Pasó por mi madre alguna desgracia? insistí.

—Sí, la muerte, que es la mayor desgracia que puede acontecer á un vivo.

Ananías se mostraba más y más contrariado.

—No me hables más de tu madre, añadió; me das mucho pesar.

Y se fué; ya no tuve duda de que mi nacimiento era un misterio: sin duda el que me habia revelado Zephar.

XI

—Ananías, que siempre me habia guardado con gran cuidado, me guardó mucho más desde el dia en que yo le hice aquellas preguntas. Nadie entraba en nuestra casa: á lo menos en la parte que habitábamos Zephar, yo y mis doncellas. Antes yo podia asomarme á las ventanas; mirar á la calle á través de las celosías: Ananías tapió las ventanas que daban á la calle; solo dejó libres las que correspondian al huerto.

En cuanto oscurecia, Ananías echaba en el huerto tres perros feroces y cerraba las puertas que sobre el huerto daban. Recelaba que alguien podia acercarse á mí saltando las tapias del huerto. Yo estaba, pues, completamente recluida. No podia ampararme de nadie. Era inútil decir á Ananías que yo sabia la historia de mi orígen. Ni Zephar ni mis doncellas salian de la casa. Aquello era un convento.

XII

Un dia dije á Ananías:

—He sentido son de trompetas y timbales, y que repicaban las campanas.

—Es que el Rey D. Sancho ha entrado en la villa, me contestó.

—Quiero conocer al Rey, le dije.

—Le conocerás, me respondió, pero desde lejos: el Rey D. Sancho es muy enamoradizo y tú muy hermosa, y te haría desgraciada.

—¿Y cuándo le veré?

—Pronto: vá á haber una gran fiesta en el Coso, en celebridad de que los moros han levantado el cerco de Tarifa. Habrá justas y torneos: mi sobrino Abacuh tiene una casa en el Coso: desde detrás de una celosía conocerás al Rey. Y os conocí, señor, y me enamoré de vos. Quise dominar mi amor, que me parecia imposible, y mi amor creció. Yo tenia el corazon comprimido dentro de mi encierro. Estaba desesperada. Mis megillas enflaquecian y palidecian.

—¡Oh! exclamó el Rey.

—El sueño huyó de mis noches.

—¡Qué cruel sois! exclamó D. Sancho.

—Esperad, esperad; aun no he concluido. Habia pasado un mes desde que os conocí. Un dia, Ananías me dijo:

—¿Me amas, Azefah?

El semblante del miserable estaba horrible al decir estas palabras.

—¡Que si te amo! exclamé: ¡pues qué! ¿no soy tu hija? ¿qué hija no ama á su padre?

—Pues tú sola puedes defender á este pobre viejo.

—¡Pues qué! ¿estais amenazado, padre mio?

—Sí, amenazado de muerte.

—¿Por quién?

—Por el Rey.

—¿Qué has hecho tú al Rey?

—Ser rico.

—¡Rico!

—Sí; el Rey es avaro.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Los cristianos aborrecen á los judíos, y para robarlos, los matan.

—Pero el Rey no se atreverá á ofender á Dios cometiendo una injusticia.

—El Rey se ha atrevido ha rebelarse contra su padre; le ha matado.

El Rey se extremecia siempre que recordaba ó le recordaban la maldicion de su padre.

XIII

Azefah continuó.

—Vos sois bueno, le dije, y nada teneis que temer.

—Me acusarán de traidor, dirán que soy amigo del Infante D. Juan.

—¿Y porque seais amigo del Infante D. Juan habeis de ser traidor al Rey?

—El Infante D. Juan es enemigo de su her-

mano: no puede olvidar que D. Sancho mató á su padre: Castilla no lo ha olvidado tampoco: aquello fué una rebeldía de grandes señores seducidos por el Rey D. Sancho.

—¡Ah! ¡nó! ¡nó! ¡no fuí yo!.. ¡Oh Dios mio!.. ¡fué mi padre con la ley de las Siete Partidas, descontentó á la nobleza: yo no seduje á nadie!.. El seducido fuí yo... me ofrecieron una corona... una tentacion de Satanás... yo ansiaba llevar las armas de Castilla contra los infieles, ganar reinos y gloria... ¡ah! ¡nó! ¡nó! ellos me perdieron.

—Calmáos, señor, calmáos; yo no quiero que mi relato os haga daño... yo os disculpo.

—¡Pero no me disculpo yo!... ¡nó! ¡nó!... ¡yo estoy maldito!

Y el Rey sufrió un ataque de tos más violento aún que los anteriores.

Azefah le contemplaba de una manera profunda.

—¡Señor, Señor! ¡vos os poneis malo!

—¡Ah! yo estoy herido por la mano de Dios; exclamó el Rey; mi vida se extingue.

—¡Ah! ¡perdonad, señor!... ¡si yo hubiera sabido!...

—Seguid, hermosa mia, seguid; os escucho con un gran interés.

—¡Señor!

—Yo os lo suplico.

—Os obedezco.

—No, no digais que me obedeceis, porque yo no os mando... ¿Decíais, que ese miserable á quien he matado en un momento de locura se confesaba amigo de mi traidor hermano?

—Sí señor.

—Continuad, os lo ruego, continuad.

—En una palabra, dijo Azefah, Ananías me reveló que conspiraba... que se trataba de mataros.

Podrá suceder, añadió, que esa conspiracion salga mal y me prendan... entónces, tú sola puedes salvarme y salvarnos.

—¿Cómo? le pregunté.

—El Rey tiene pasion por las mujeres... yo prevendré al Rey... le hablaré de tí... el Rey entrará en deseo de verte; si un dia gentes del Rey vienen á buscarte... toma.

Y me dió este pomo.

—¿Y para qué es esto? le pregunté.

—El Rey se olvidará de todo cuando te vea... se enamorará de tí... engáñale, sedúcele... pídele de beber en medio de su delirio de amor... vierte en su copa una gota... una sola gota del licor que encierra ese pomo, no viertas todo el licor, moriria el Rey inmediatamente... y es necesario que tengas tiempo de salvarte... con una sola gota que pongas en el vino que el Rey beba, morirá ocho dias despues de haber

bebido, como una luz que se apaga, sin que nadie pueda sospechar que ha sido por veneno.

No separes de tí ese pomo...

Y le guardé.

Tuve tentaciones de matar con él á aquel infame.

Pero me espantaba cometer un crímen.

—Dios me librará de él, me dije.

Y ya lo veis, señor: Dios me ha librado por vuestra mano.

Hubo un momento de silencio.

Al cabo el Rey se levantó.

—¿Os vais, señor? dijo Azefah: ¿me vais á dejar aquí?

—No, voy á conduciros á vuestra casa.

—¡Vos, señor!

—Sí; ¿pues no soy vuestro caballero?

—¡Oh! gracias, señor.

—Además, hay que registrar en la casa de ese hombre.

—En ellas encontrareis grandes tesoros.

Pasó una espresion de codicia por los ojos del Rey.

Pero la ahogó un sentimiento de generosidad ó mas bien de amor de un momento por Azefah.

—Esos tesoros son vuestros, dijo.

—¿Mios?

—Sí; ¿no pasais vos por ser la hija de Ananías?

—¡Oh! ¡sí! ¡pero yo soy cristiana! ¡yo no quiero continuar apareciendo judía!

—Ananías aparecerá mañana decapitado por traidor; sus bienes serán confiscados; yo os hago donacion de esos bienes, aunque valgan mas que todos mis tesoros.

—¡Ah! ¡señor, señor! yo os amo por vos mismo: yo os amaría aunque fuéseis el mas desventurado de la tierra.

—Y entonces, ¿á qué vuestra crueldad?

—Cuando me hayais entregado mi hermana, seré vuestra.

—¿Y qué hareis de vuestra hermana?

—La guardaré para su... esposo.

Pronunció Azefah la palabra esposo de una manera singular.

Su mirada profunda abarcaba al Rey.

D. Sancho no reparaba en nada de esto porque estaba ébrio de amor.

XIV

—¡Salgamos! dijo el Rey.

—Un momento, señor.

—¿Qué?

—Ananías tiene sobre sí las pruebas de mi nacimiento, las del de mi hermana.

—¡Ah! exclamó el Rey; es necesario que registren el cadáver.

—Nó, nó, señor; no debe registrarle nadie: sus pruebas son demasiado importantes para dar lugar á que nadie las vea.

—¡Oh! ¡yo! ¡poner yo las manos en un cadáver!

—¡Como querais! pero esas pruebas son muy preciosas.

El Rey escuchaba á Azefah y se enloquecia.

—Esperadme, la dijo.

—No, yo voy con vos para daros valor.

El Rey era á cada momento mas esclavo de Azefah.

Abrió la puerta del retrete.

Luego la de la cámara.

Llamó.

Se presentó el capitan de la gente de guerra del castillo.

—Llevadnos, dijo el Rey, á donde esté el cadáver de ese judío.

El Rey mostraba en su mano derecha la sangre ya seca de Ananías.

Azefah tenia asimismo cubierta de sangre seca su mano derecha.

El capitan reparó en esto simultáneamente y se extremeció.

Era buen hombre y buen cristiano.

Para él el Rey era un asesino y Azefah una parricida.

Al recibir el mandato del Rey se volvió y abrió la marcha.

Llevaba en la mano una linterna.

XV

El Rey y Azefah siguieron al capitan y bajaron á los subterráneos del castillo.

En ellos, en un espacio lóbrego y húmedo, estaba el cadáver de Ananías.

Rígido, rojo, repugnante, espantoso.

—Dejad ahí esa linterna y salid, dijo el Rey al capitan, pero no os retireis tanto que no oigais mi voz.

El capitan salió.

—Poneos en la puerta, adorada mia, dijo el Rey, á fin de impedir que ese hombre observe.

Azefah se fué á la puerta.

El Rey, dominando su repugnancia, se inclinó sobre el judío.

Le registró.

Debajo de su hopalanda encontró, en un bolsillo de su jubon, una cartera.

Aquella cartera contenia dos pergaminos replegados, á cada uno de los cuales estaba adherido un sello de plomo pendiente de hilos de seda de colores.

Aquel sello tenia por el anverso la efigie de

Alfonso X, armado con la espada en la mano y la corona real en la cabeza.

Por el reverso las armas de Castilla.

Era, en una palabra, el sello real.

Además, los dos pergaminos estaban rodados.

Es decir, tenian pintado en oro y colores, y ocupando una cara entera de una hoja las armas reales.

Eran dos albaláes en forma.

Por el uno se reconocia á María de la Paloma como hija bastarda del Rey D. Alfonso X.

Por el otro, á doña Sol, esto es, á Azefah, como hija del rico hombre Pero Diaz de Arévalo.

—Tomad, dijo el Rey levantándose sudoroso y lleno de horror de sobre el cadáver.

Y dió aquellos dos pergaminos á Azefah que se acercó.

La jóven guardó cuidadosamente aquellas dos pruebas.

—¡Salgamos, dijo el Rey: hola, capitan!

El capitan apareció de nuevo.

—Tomad vuestra linterna, dijo el Rey, y acompañadnos hasta la puerta del castillo.

El capitan obedeció.

El Rey se envolvió completamente en su manto.

Tenia frio.

Se habia apoderado de él la fiebre.

XVI

—¿Y no os vais á hacer acompañar de nadie? dijo con un acento singular Azefah.

—No, dijo el Rey: no quiero que nadie vea á dónde os conduzco.

—¿Y nada temeis?

—¿Qué peligro puede amenazarme á estas horas?

—¿Quién sabe?

—Muy cuidadosa os mostrais por mí.

—Es que os amo.

En esto llegaron á la arcada del rastrillo que á una voz del capitan se alzó.

Al mismo tiempo cayó el puente.

El Rey y Azefah salieron.

Poco despues se metieron por un callejon que hoy se llama la calle del Codo, en direccion á la Morería.

—¿Y mis doncellas? exclamó Azefah deteniéndose y como recordando.

—Vuestras doncellas están bien aposentadas en mi castillo de Guadalajara: mañana os las enviarán.

—¡Ah! exclamó Azefah.

Y aquel ¡ah! era inexplicable.

¡Tanto parecia expresar!

Al fin, el Rey y Azefah se perdieron descendiendo por el barranco de Segovia.

CAPÍTULO XXII.

EN QUE CONTINÚAN LAS EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE ESTA VERÍDICA HISTORIA.

I

Pero el Rey y Azefah no iban solos.

Los seguian, aunque á una buena distancia para no ser notados, dos hombres.

Estos dos hombres procuraban además no hacer ruido al andar.

Eran el Infante D. Pedro y Manrique de Lara.

Vamos á explicar por qué iban allí los dos.

Al explicarlo, diremos tambien otras muchas cosas.

Especialmente la conducta de Azefah respecto al Rey.

II

Manrique de Lara habia recibido aquel dia una carta enrollada y perfumada.

El pergamino estaba sujeto por una sortija con una riquísima esmeralda, é iba además envuelto por un paño de seda atado por una cinta roja.

Aquella carta la habia llevado una vieja judía. Zéphar.

La carta decia así:

«Cruel matador de mi alma: me has olvidado por otra: me has abandonado por otra.

¿Crees que la judía no tiene poder para vengarse?

¿Crees que Azefah se dejará despedazar el corazon sin morder de una manera mortal la mano que se lo despedaza?

Hace tres meses que no te veo.

Tres meses que agonizo.

Ven esta noche.

Es la última vez que te suplico.

A la media noche encontrarás encajado no mas el postigo del huerto.

Los perros estarán encerrados.

Ananías va á pasar la noche fuera con sus amigos.

¡Ay de tí si no vienes!

¡Ay de ella!—La desesperada Azefah.»

III

—¡Iré! dijo Manrique de Lara, á quien se le habia ocurrido un terrible pensamiento.

—Y Dios os lo premiará, señor, dijo Zephar, porque la pobrecilla está á punto de hacer una locura.

Zephar se fué.

Manrique buscó á su grande amigo, el Infante D. Pedro, y le dijo:

—Expedicion tenemos para esta noche.

—Expedicion, exclamó D. Pedro, ¿sucede algo nuevo?

Manrique le presentó la carta de Azefah.

—¿Y me guardábais este secreto? dijo el Infante.

—¿Y qué hombre no ha tenido historias de mozo?

—Cuando un hombre se casa con una mujer á quien ama con toda su alma, y es con su alma amado de ella, debe olvidar esas historias.

—Ya veis que Azefah dice que hace tres meses que no me vé.

—¿Y dónde habeis conocido esa judía?

—Al salir del Coso, al fin de las fiestas que se hicieron hace un año por el levantamiento del cerco de la villa de Tarifa por los moros.

—Qué costó su hijo primogénito al bueno, al heróico D. Alonso Perez de Guzman.

—¡El buen caballero! pero dejad que os cuente.

Salia de una casa, para entrar en una litera una mujer.

Era una judía engalanada como una reina.

Yo no tuve tiempo mas que para ver durante un instante su rostro.

Su hermosura me deslumbró, y despues, con mis pajes y mis servidores, seguí á lo lejos á aquella litera.

Me habia alentado la mirada decisiva que habia fijado en mí al verme la hermosa.

Me pareció que aquella mirada me decia:

—Os amo: quiero que me ameis: seguidme.

—¡Ah! ¡sí! dijo el Infante; cuando ellas no pueden hablar con la lengua, hablan mucho mas claro con los ojos: dentro de la mirada de cada mujer hermosa está Satanás.

—Yo habia llevado lo mejor de la fiesta, dijo Manrique: habia derribado seis caballeros en la justa, y en la lidia habia rejoneado ocho toros.

Aquellas fiestas me produjeron muchas aventuras amorosas.

Pero las fuí olvidando todas cansado.

Solo Azefah dominaba mi alma.

Pero hube de alejarme tambien de ella.

—Cómo ¿no era pura?

—Antes de conocerme á mí no habia amado.

—¿No es hermosa?

—Es una divinidad.

—¿No os amaba cuanto vos hubiérais querido?

—¡Oh! ¡demasiado! ¡con locura!

—Entonces...

—Azefah pretendia que yo hiciese traicion al Rey.

Su padre estaba en inteligencia con el Infante D. Juan y con el Infante D. Enrique, y con todos sus amigos.

Yo no tuve valor para denunciar al padre de una mujer que me adoraba.

Pero me retiré.

—Hicísteis bien: sois un buen servidor del Rey.

—En el valle de Espinosa de los Monteros no ha habido traidores.

—Y bien ¿á qué aventura quereis que vayamos esta noche?

—A casa de Azefah.

—¿Me dais palabra de que la conoceré?

—Sí.

—Entonces os acompaño: ¿pero á qué vais si habeis renunciado á ella?

—Me causa miedo esa mujer por Paloma: necesito oirla, adivinarla, engañarla; saber de lo que debo defender á mi esposa.

—¡Oh! ¡haceis bien! iremos.

IV

Aquella noche dirigiéndose á Madrid los dos caballeros, tuvieron ocasion en Maudes de salvar de una traicion al Rey.

Despues Manrique de Lara y el Infante, se dirigieron á la casa de Ananías.

Pero apenas hubieron llegado cerca de ella, oyeron pasos de muchos hombres.

Se ocultaron en un soportal inmediato.

Vieron que aquellos hombres llegaban á la puerta de la casa de Azefah, y que despues de cambiar algunas palabras, entraban.

Poco despues salian conduciendo á una mujer.

Aquella mujer no podia ser otra que Azefah.

—Sigámosla, dijo Lara.

La siguieron.

Pero hubieron de detenerse delante de la puerta del castillo de Guadalajara.

Esperaron.

Algun tiempo despues llegaron al castillo dos hombres escoltados por algunos ballesteros.

En el uno reconocieron al Rey.

En el otro reconoció Lara al judío Ananías.

Este reconocimiento pudo hacerse, merced á una linterna que llevaba un soldado que iba delante.

La poterna se cerró y todo quedó á oscuras.

Sin embargo, nuestros dos caballeros esperaron cerca del castillo protegidos por la noche.

V

Pasó todo el tiempo que trascurrió durante los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior.

Al fin salieron solos Azefah y el Rey.

Los dos, como hemos dicho, los siguieron.

Se detuvieron, en fin, cuando Azefah y el Rey entraron en la casa de Ananías.

—¿Sabeis que creo, dijo Manrique, que ahora está más en peligro el Rey que nunca?

—Yo lo creo tambien.

—Es necesario que á todo trance entremos.

—¡Que entremos! ¡No es fácil! ¿Pero y si no hay medio, si el Rey se irrita porque le hayamos soprendido en una aventura de amores?

—Yo conozco muy bien la casa de Ananías, dijo Manrique, como que he entrado muchas veces en ella á la media noche y he salido antes del amanecer: yo puedo llegar sin ser sentido á la cámara de Azefah.

—Veamos si el postigo está encajado como os decia esa mujer en su carta.

—Tal vez no, dijo Lara, porque las circunstancias han variado: tal vez cuando me escri-

bió Azefah, no supiera lo que preparaba su padre.

—Veamos, sin embargo.

VI

Manrique fué al pastigo y le encontró fuertemente cerrado.

—¿No os lo decia yo? dijo; por aquí no se puede entrar.

—Saltaremos los muros.

—Los soltaremos; pero siento á los perros: Azefah los ha soltado despues de haber entrado con el Rey.

—Los perros deben conoceros.

—A mí sí, pero á vos nó, y son feroces.

—Los amigos de nuestros amigos, son nuestros amigos, dijo el Infante.

Lo que prueba que este dicho no es de hoy, puesto que se usaba ya en el siglo XIII.

—No hay que fiarse en eso, dijo Lara; son feroces, terribles, enormes.

—Se conoce que ese judío guarda bien su terreno, pero no me intimidan los guardianes: los mataremos.

—Dejad, yo entraré primero, y procuraré acariciarlos; sino me obedecen porque os sientan, los mataremos.

—No, no, dijo el Infante: pueden ser mucho

los tres para vos, y á cada momento estoy más inquieto: me parece ver en gran peligro al Rey.

—Entremos, pues.

—¡Diablo! y estos muros son altos á maravilla.

—No importa; esperad: seguid por donde yo vaya. Aquí hay un lugar del muro muy áspero, y un agujero por donde algunas noches, con el fin de sorprender yo á Azefah, saltaba por él.

—¡Las mujeres, las mujeres! exclamó D. Pedro: ¡y esa habrá hecho creer al Rey en lo inmaculado de su pureza! Pero vamos, no perdamos el tiempo; escalad: yo os sigo.

Lara trepó con facilidad por el muro, y le montó.

Con no menos facilidad le montó el Infante.

Los dos eran fuertes y ágiles.

Pero apenas estuvieron sobre el muro, cuando por la parte de adentro se abalanzaron al pié de él algunos terribles animales, cuyo número no podia apercibirse á causa de la oscuridad. No ladraban, pero rugian sordamente: ó mejor dicho, usando del lenguaje de los campesinos, *regañaban* de una manera amenazadora.

Lo cierto es que llenaron de pavor al Infante.

—Os aseguro, dijo á Lara, que nunca he temblado al embestir contra un escuadron de lanzas; pero la sola idea de ser atarazado, despedazado por esos animales, me pone espanto.

—Dejad, dejad: aquí hay un árbol; yo descenderé por él y los mataré.

—Uno solo contra una legion de demonios.

—Dios me protejerá.

VII

En aquel momento salieron terribles voces de la casa.

Aquellas voces las producia el Rey.

El Infante y Lara le habian reconocido.

—¡Traicion! decian aquellas voces: ¡mis nobles: á mí, al Rey!

Y al mismo tiempo se oian crugir las espadas: indudablemente el Rey se defendia.

Los dos caballeros no esperaron más: se descolgaron á lo largo del árbol; pero apenas habian llegado al suelo, fueron acometidos por los perros; se trabó una lucha horrible: el Infante habia sido echado por tierra; Lara apenas habia tenido tiempo de ponerse en defensa.

Dos luchas á muerte tenian lugar en muy corto espacio: dentro de la casa, la del Rey con unos traidores á quienes aún no conocemos; fuera de ella, en el huerto, la de Lara y el Infante con los feroces perros de Ananías.

CAPÍTULO XXIII.

EN QUE SE VÉ LO PELIGROSO QUE ES SEGUIR DE NOCHE Y SOLO Á UNA MUJER HERMOSA Á SU CASA.

I

Entremos.

Anticipémonos algunos minutos á la situacion extraña en que se encontraba el Rey.

Estamos en una magnífica, aunque no grande cámara del gusto oriental.

Todo allí era bello y rico.

Lámparas, divanes, tapicerías, alfombras, pieles, pebeteros.

En el centro habia una mesa redonda muy baja.

Sobre aquella mesa, un ánfora bellísima de

oro cincelado y esmaltado, y dos grandes copas asimismo preciosas.

La cámara estaba alumbrada por una lámpara, cuya luz se dejaba sentir á través de las planchas de acero que cubrian los calados de la esfera que contenia la luz.

Sobre cogines, al lado de la mesa, estaban reclinados Azefah y el Rey.

Este rodeaba la esbelta cintura de la jóven, aunque siempre á costa de una lucha.

De tiempo en tiempo, y como á traicion, el Rey unia sus lábios á la garganta ó á las mejillas de Azefah.

—¡Ah! ¡nó! decia esta, cuando me hayais entregado mi hermana.

—Os la entregaré.

—¿Cuándo?

—Pronto.

II

Azefah miraba cada vez con más insistencia y de una manera singular al Rey.

—¿Qué mirais? dijo al fin D. Sancho.

—Que estais muy enfermo, señor.

—¡Ah! vos conoceis la ciencia que llaman de la vida y de la muerte.

—Sí, yo conozco muchas ciencias: yo quiero que vivais, señor, yo quiero que vivais para que me protejais.

En aquel momento Azefah se irguió y escuchó.

—¡Ah! dijo; estamos perdidos: alzaos y defendeos, señor.

—¡Qué me defienda!

—Sí; muchos de vuestros enemigos esperaban aquí á Ananías... esperaban que yo... yo me habia olvidado: los he sentido, se acercan.

—¡Ah! ¡traidora! exclamó el Rey.

—¡Traidora yo!... ¡nó, nó! yo no os amo, pero yo no os he hecho traicion... defendeos, señor, defendeos, que estan ahí.

—¡Ah! ¡qué no me amas! dijo el Rey, de quien se iba apoderando una terrible locura de exterminio, aquella locura de que habia dado la primera muestra feroz en Alfaro: ¡que no me amas! ¡miserable! ¡que me defienda! ¡la primera tú!

Y avanzó hácia Azefah con la espada de punta.

La jóven se aterró y retrocedió.

Se abrió en aquel momento una puerta y aparecieron cuatro hombres armados y enmascarados.

Azefah se arrojó entre ellos y el Rey.

III

El Rey, ciego, la hirió.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡siempre cruel! ¡siempre tirano! murmuró Azefah y cayó.

El Rey ganó entonces un ángulo de la cámara y se puso en defensa.

—¡Ah! ¡no sois más que cuatro! decia: ¡cuatro lobos contra un leon!

Pero el Rey estaba débil y enfermo.

Le sobraba el aliento del corazon, pero le faltaban las fuerzas.

Comprendia que no podia luchar solo con los cuatro durante mucho tiempo.

Entonces dió las voces que oyeron el Infante y Lara.

IV

Luchaban estos.

Pero los perros eran formidables.

Estaban los dos caballeros heridos en más de una parte, doloridos, estremando su esfuerzo.

Se oyó un ahullido agudísimo.

Luego otro.

El Rey continuaba dando voces.

Los cuatro le acometian cada vez con más furor.

Sin embargo, el Rey se reparaba con uno de los almohadones del divan y heria sin cesar.

Habia puesto fuera de combate á uno de los acometedores y habia herido á otro.

Los otros dos redoblaban su esfuerzo.

V

Azefah entretanto se revolvia en su sangre.

—¡Ah! exclamaba: ¡cruel, sanguinario, tirano! ¡yo no te habia vendido! ¡matadle! ¡matadle! ¡él me ha robado, matándome, mi felidad! ¡es mi venganza! ¡matadle!

Y Azefah continuaba escitando á los asesinos.

Al mismo tiempo, y con una mano ya débil, empapaba en su pañuelo, en su riquísimo pañuelo bordado, parte del contenido del pomo que la habia dado Ananías para matar al Rey.

Las escitaciones de Azefah á los asesinos, irritaban más y más á D. Sancho que hacia prodigiosos esfuerzos de valor.

Los asesinos no habian podido tocarle, y ya habia uno muerto y los otros tres estaban heridos.

No en vano era tan buen caballero el Rey D. Sancho.

No en vano le habian llamado el Bravo.

Pero se fatigaba.

Sus fuerzas se estinguian.

Y Azefah continuaba gritando con voz ronca:

—¡Matadle, matadle!

VI

De improviso dos de los asesinos cayeron con las cabezas hendidas para no levantarse más.

El Rey redobló su esfuerzo, y atravesó de parte á parte al último que quedaba.

En seguida el Rey se lanzó ciego de furor contra dos hombres mas que habia en la cámara.

Estos se hicieron atrás, y uno de ellos dijo:

—Mirad señor lo que haceis, que somos leales vasallos vuestros que hemos venido á socorreros.

Quien habia dicho estas palabras era el Infante D. Pedro.

El otro era Lara.

Habian podido en fin vencer á los perros.

Pero habian escapado gravemente mordidos, atarazados.

El Rey se recobró.

Miró profundamente á los dos caballeros y les dijo:

—¿Cómo estais aquí?

—Os hemos seguido, señor, respondieron.

—¿Que me habeis seguido?

—Sí señor, dijo el Infante: pero este no es tiempo de explicar... salgamos cuanto antes, salgamos... estamos muy mal heridos, y si sobrevinieran otros traidores no podríamos defenderos.

—Sí, sí, salgamos de esta casa maldita donde se albergan la alevosía y la infamia.

Y se dirigieron á la puerta.

—¡Señor, señor! exclamó con voz espirante Azefah; ¡no me abandoneis!

Se extremeció el Rey.

—¡Ah! exclamó: ¿quién os ha puesto así?

—¡Vos!

—¡Yo!

El Rey cuando le dominaba la embriaguez de su furor ni veia ni sentia; habia herido á Azefah en un momento de frenesí.

—¡Sí! ¡vos habeis creido que yo os hacia traicion! ¡me habeis muerto, pero yo os perdono, yo os amo!

Lara estaba aturdido, consternado.

Comprendia aquello.

Azefah le veia y no le miraba.

Azefah confesaba delante de él su amor á otro hombre.

Al Rey.

Y parecia como que queria retener su vida, que se le escapaba, para repetirle su amor.

El Rey volvió á caer en la fascinacion.

Se olvidó de que Azefah habia incitado á sus asesinos.

Se inclinó sobre ella anhelante.

—Yo muero, señor, yo muero, exclamó á cada momento con la voz más débil Azefah: no me olvideis, tomad, tomad en memoria mia este pañuelo manchado con mi sangre.

Y le dió su pañuelo.

El Rey le besó con delirio.

—¡Ah! exclamó concentrando toda su vida en aquella exclamacion Azefah: muero ven-

gada: vos me amais; mi amor os matará.

Y cayó inerte.

El Rey la besó frenético.

El Infante le alzó.

—Salgamos, salgamos de aquí, dijo: no debeis permanecer aquí; apartaos de esos cadáveres malditos.

El Rey no oia.

Besaba, siempre frenético, el pañuelo de Azefah.

Fué necesario al fin que los dos caballeros le arrastrasen consigo.

VII

Cuando llegaron al alcázar, en el que entraron por un postigo, pareció como que el Rey volvia de un letargo.

—¡Oh! ¡qué sueño tan horrible! dijo; ¡qué sueño de sangre! ¿qué haceis aquí? ¿quién os ha llamado?

—¡Ah, señor, no ha sido sueño á fé mia! contestó el Infante; que lo digan si no la mordedura que tengo en una pierna y esta otra que me imposibilita del brazo izquierdo; no está mejor parado vuestro lealísimo servidor Manrique de Lara; á él, señor, y solo á él, se debe el que esta noche no hayais sucumbido á la traicion.

El Rey recobró al fin de todo punto la razon extraviada y arrojó el pañuelo de Azefah.

—¡Oh! exclamó con extremecimiento; he estado esta noche en poder de Satanás.

VIII

Un magnífico perro de caza que estaba siempre en la cámara del Rey, cogió el pañuelo y le hizo pedazos jugando con él.

—Estoy fatigado, muy fatigado, dijo el Rey; me siento enfermo; me parece que corre fuego por mis venas: yo os agradezco lo que por mí habeis hecho: pero dejadme, dejadme; decid á mis servidores que llamen á mis médicos; curaos vosotros tambien.

Los dos caballeros salieron.

Poco despues, el Rey estaba en poder de sus médicos, que pusieron muy mala cara.

CAPÍTULO XXIV.

EN QUE SE DÁ FIN Y REMATE A ESTA CURIOSA HISTORIA.

I

Al dia siguiente se descubrieron en la casa de Ananías, en el huerto, muertos los tres perros; en un aposento, estrangulada Zephar; en la cámara de Azefah, á ésta muerta de una terrible herida en el pecho, y acá y allá los cadáveres de cuatro hombres: dos de ellos tenian partida la cabeza; otros dos el pecho atravesado: los cuatro tenian antifaces.

Cuando se los quitaron, se reconoció que eran cuatro caballeros principales del partido del Infante D. Juan: por consecuencia rebeldes.

En cuanto á Ananías, habia desaparecido.

No se sabia á qué atribuir aquello: unos lo creian un crímen, otros un castigo.

Todo ello estaba envuelto en un profundo misterio.

II

Cuando dieron parte de ello al Rey, se limitó á decir:

—Que se entierren esos cadáveres, que se confisque toda la hacienda de Ananías y lo que en su casa se encontrara, de todo lo cual hago donacion á mi lealísimo vasallo Manrique de Lara.

Esto confirmó el dicho de los que decian que Ananías habia sido castigado; pero como el Rey no habia dicho ni una sola palabra más, ni nadie se atrevió á preguntárselo, continuó el misterio.

III

Pasaron algunos dias.

La enfermedad del Rey se agravaba.

Los médicos dijeron al fin á doña María de Molina que no habia esperanza: que el Rey moria antes de que pasasen dos semanas.

Y que no le mataba la tísis, sino una enfermedad extraña que ellos no entendian.

La noble, la mártir doña María recibió aquel golpe con una valentía á toda prueba, y se dedicó á endulzar cuanto le fuera posible los últimos momentos de su esposo.

—¡Ah! muere de remordimiento, exclamaba anegada en lágrimas, inclinada sobre él cuando el Rey estaba entregado á un horrible delirio: ¡oh, sí! ¡Los remordimientos son una enfermedad que no conocen los médicos!

Estos, por su parte, decian:

—La enfermedad del Rey es muy extraña; pero es mas extraño aún que de la misma enfermedad que el Rey muere su lebrel valiente.

—Esto quiere decir...

—Que...

—Que el lebrel ha comido del sobrante de un manjar de que ha comido el Rey.

—Es muy posible.

—Pero no debemos decirlo.

—No, podrian creer que habiamos sido nosotros.

—Tales andan la traicion, el recelo y la cautela.

Los médicos se callaron.

No se supo que no habian comido de un mismo manjar el Rey y el perro, sino de un pañuelo bordado que habia pertenecido á una mujer hermosa y terrible.

Por lo tanto, la historia ha dicho que el Rey D. Sancho IV el Bravo de Castilla y de Leon, de Astúrias y de Galicia, de Andalucía y de los Algarves, murió de tísis.

Dejemos en pacífica posesion de lo dicho á

la historia, no vayan á creer que nosotros somos los envenenadores.

IV

Llegó al fin el momento de la agonía del Rey.

Todo lo ilustre, todo lo poderoso que habia en Castilla estaba en la córte.

Esta se habia trasladado á Toledo.

Los médicos, por aconsejar algo, habian aconsejado una mudanza de aires.

Fermentaban alrededor del lecho del Rey moribundo todas las luchas de todas las ambiciones.

Se preparaba la larga série de rebeldías, de calamidades, de desastres, que remarcaron la menor edad del Rey D. Fernando IV el Emplazado, y que constituye la aureola de gloria de la grande doña María de Molina, la viuda de Sancho el Bravo, la buena madre, la madre de la pátria.

En una palabra, la mártir del amor maternal y del amor pátrio.

V

Una noche, despues de un terrible delirio, el Rey mandó llamar junto á su lecho á Manrique de Lara.

—Vos habeis sido mi mejor montero, le dijo: vos no habeis velado únicamente mi sueño: ha-

beis velado siempre por mí. Yo necesito que me perdoneis.

—¡Ah, señor! exclamó Manrique cayendo de rodillas.

—Sí, perdonadme, dijo el Rey; quiero ir con una maldicion menos á la presencia de Dios: cuando yo os pido que me perdoneis, es porque tengo necesidad de vuestro perdon.

—Pues bien, señor, dijo Manrique; yo os perdono con toda mi alma.

—Dios os premie la caridad que me haceis; dijo el Rey; ahora oid: vuestra esposa...

—¿Qué, señor?...

—Vuestra esposa es mi hermana.

—¡Vuestra hermana!... exclamó asombrado Manrique, á quien se le quitó un peso del corazon.

—Sí, pero no lo digais á nadie, ni aún á ella misma, por la buena memoria de mi padre; basta para que lo creais con que os lo digo yo.

—Yo guardaré vuestro secreto, señor.

—Oid aún: en premio de vuestra lealtad, yo os hago infanzon...

—Señor...

—Más aún: para perpetuar en mi estimacion vuestra familia, que yo bendigo, si es que yo tengo alguna bendicion, quiero, y mis secretarios os darán el albalá de esto, que dejeis vuestro apellido de Lara.

—¡Señor!

—Para llamaros desde hoy más, vos y vuestra descendencia perpétuamente, Montero de Espinosa.

—¡Ah, señor! ¡señor!

—Ahora idos: orad por mí: que vuestra mujer ore tambien.

Manrique salió anegado en lágrimas.

VI

Algunos dias despues murió el Rey.

. . . . . .

Hé aquí la tradicion de los principios del apellido de Montero de Espinosa en España, en que se convirtió el de una de las ramas de los Manriques de Lara.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
I.—Un extraño personaje.	5
II.—De la conversacion que tuvieron Manrique y el bandido y de lo que cortó esta conversacion. .	14
III.—Una montería del señor Rey Don Sancho el Bravo	25
IV.—De lo que pasó entre María de la Paloma y Lara	47
V.—De cómo la hermosura tiene influencia hasta en los animales feroces	59
VI.—De cómo volvió terriblemente impresionado de su montería el Señor Rey Don Sancho el Bravo.	72
VII.—De cómo el nido de Arrogante se convirtió en una hospedería. .	79
VIII.—En que Murallon se engrandece convirtiéndose en personaje misterioso.	86
IX.—De la mala aventura que le sobrevino á Garcillán por seguir á Paloma	96
X.—La fuga	110
XI.—En que Sancho Goiñez cuenta una historia de misterios al Rey . .	119
XII.—En que se ve lo buen sugeto que era el alcaide de los escuderos del misterioso personaje que se llamaba Murallon.	134
XIII.—De cómo si tenia buenas entradas	

Capítulos. Páginas.

tenia tambien malas salidas el Infante Don Pedro de Navarra. 146
XIV.—Explicaciones. 158
XV.—De cómo se celebraron los desposorios de Lara y de María de la Paloma. 172
XVI.—De cómo el Infante era demasiado impaciente. 185
XVII.—De cómo el Rey Don Sancho excitado por sus pasiones, se olvidaba no solo de la prudencia, sino tambien de que era cristiano. . 201
XVIII.—En que tuvieron ocasion de hacer un gran servicio al Rey el Infante y el Montero. 209
XIX.—En que se vé la gran propension que el Rey Don Sancho tenia al amor. 220
XX.—De cómo encontró un nuevo enamoramiento el Señor Rey Don Sancho. 228
XXI.—En que Azefah cuenta una larga historia 251
XXII.—En que continúan las extraordinarias aventuras de esta verídica historia. 274
XXIII.—En que se vé lo peligroso que es seguir de noche y solo á una mujer hermosa á su casa . . . 284
XXIV.—En que se dá fin y remate á esta curiosa historia. 293

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN CASA DEL EDITOR

FRANCISCO PEREZAGUA.

HUERTAS, 40, BAJO, DERECHA.

LA MORAL DE LOS NIÑOS, libro de los proverbios de Salomon, se vende á 2 rs. en toda España.

EL JARDIN DE LOS NIÑOS, opúsculo de gran utilidad para las escuelas de ambos sexos, se vende á real.

EL RIO DE LAGRIMAS Ó RUSIA EN POLONIA, segunda edicion, por Cecilio Navarro, se vende á 4 reales y 5 en provincias.

PROVERBIOS EJEMPLARES, por D. Ventura Ruiz Aguilera, 2 tomos de 300 páginas cada uno, se vende á 16 rs. y 18 en provincias.

LA FILOCALIA Ó ARTE DE DISTINGUIR Á LOS CURSIS DE LOS QUE NO LO SON, se vende á 2 reales y 3 en provincias.

EL ESCLAVO, leyenda en verso original de D. Evaristo Silió y Gutierrez, se vende á 2 rs. y 3 en provincias.

DESDE EL VALLE, poesías por D. Evaristo Silió y Gutierrez, se vende á 2 rs. y 3 en provincias.

CANTARES, de D. Melchor de Palau, precedidos de un prólogo por D. Manuel Cañete, de la Academia Española, segunda edicion, se vende á 4 rs. en toda España.

EL DRAMA DEL ALMA, algo sobre Méjico y Maximiliano; poesía en dos partes con notas en prosa y comentarios de un Loco, por D. José Zorrilla. Un tomo en 8.° mayor, buen papel y esmerada impresion, de 256 páginas con un apéndice. Se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

DISTRACCIONES DE UN HAMBRIENTO, coleccion de renglones desiguales capaces de hacer reir á un inglés, por D. M. F. Flaco. Se vende á 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

GUIA DEL BAÑISTA en las fuentes minerales y mares de España, por el doctor Lopez de la Vega, sócio de mérito de la Academia médico-quirúrgica matritente. Un tomo de 188 páginas, se vende al precio de 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

DIAS EN EL CAMPO Ó PINTURA DE UNA BUEna familia, obra escrita en francés por Mr. Ducray-Duminil, traducida esmeradamente al castellano. Consta de tres tomos y se vende al precio de 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

ROBERTO FULTON Ó LAS DESGRACIAS DEL génio, novela escrita en danés por el profesor Hauch, version castellana por F. Cárlos Beltran. Un tomo de 267 páginas. Se vende á 6 en Madrid y 8 en provincias.

LOS PIRATAS DEL MISSISSIPI, por D. Federico Gesctaker, version castellana de D. Federico C. Beltran. Un tomo de 340 páginas se vende á 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

COPLAS Y QUEJAS, por D. José Puig y Perez. Se vende á 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

LEYENDAS NACIONALES.

EL MONTERO DE ESPINOSA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

4 rs. Madrid: 5 provincias.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

Unc.
9.C.7.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

EL ALJIBE DE LA GITANA.

Por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Un tomo de 304 páginas en 8.° mayor, con un magnífico grabado. Precio: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

EL GUAPO FRANCISCO ESTÉVAN.

Novela original de D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Un tomo de 280 páginas en 8.° mayor. Vendese al precio de 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

LA CRUZ DE QUIRÓS.

Novela original del mismo autor. Consta de un tomo en 8.° mayor de 370 páginas, y se vende en las principales librerías al precio de 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

Tambien se hallan de venta en dichos puntos, las siguientes:

¡PARA USTED!

Coleccion de artículos por D. Constantino Gil. Un tomo en 8.° mayor de 320 páginas. Precio, 6 rs. Madrid 8 en provincias.

¡DE DOCE Á UNA!

Coleccion de artículos por D. Ricardo Sepúlveda. Un tomo de igual tamaño. Precio, 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

CUADROS AL FRESCO

Obra humorística de Cecilio Navarro, de 370 pág. en 4.° con 39 viñetas. Precio, 6 rs. Madrid y 8 provincias.

Está en prensa, y pronto se pondrá á la venta al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, la preciosa novela original de Andrés Ruigomez,

SILVESTRE DEL TODO.

Los pedidos se harán á *D. Francisco Perezagua, calle de las Huertas, núm.* 40, *bajo derecha, Madrid.*

LIBRARY OF CONGRESS
Branch Bindery, 1903

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 540 9

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 540 9